

# **Caballeros de paso**

---

**UNIVERSIDAD NACIONAL JORGE BASADRE GROHMANN**

---

Dr. Javier Lozano Marreros  
**RECTOR**

Dra. Adriana M. Luque Ticona  
**VICERRECTORA ACADÉMICA**

Dr. Hugo Flores Aybar  
**VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN**

**Edmundo Motta Zamalloa**

# **CABALLEROS DE PASO**

Tacna, mayo de 2022



## Catalogación en Publicación - CIP

Motta Zamalloa, Edmundo, 1953 -  
*Caballeros de Paso* / Edmundo Motta Zamalloa.-- 1a ed.-- Tacna: Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann, Fondo Editorial Universitario, 2022. 160 p.; 21 cm

D.L. 2022-04944  
ISBN 978-612-48959-2-0

1. Cuento 2. Literatura latinoamericana 3. Obra literaria representativa 4. Tacna I. Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann

### ***Caballeros de Paso***

Autor:

© Hilario Edmundo Motta Zamalloa

Editado por:

© 2022, Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann.  
Fondo Editorial Universitario Av. Miraflores s/n, Tacna - Perú  
foed@unjbg.edu.pe

Primera edición, mayo 2022

Tiraje: 250 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-04944.

ISBN: 978-612-48959-2-0

**Versión digital disponible en:** <https://libros.unjbg.edu.pe>

**Revisión técnica:** El presente libro cumplió con el sistema de evaluación por pares (doble ciego)

**Evaluador:** Willard Marcelo Díaz Cobarrubias

**Jefe/Editor:** Efrén Eugenio Chaparro Montoya

**Coordinador editorial:** David Enrique Moisés Salamanca Tejada

**Cuidado de edición:** Luz María Isabel Huayta Enriquez

**Diseño de portada:** Imprenta Reynoso S.A.C.

**Diagramación de interiores:** Imprenta Reynoso S.A.C.

Se terminó de imprimir en mayo de 2022 en:

Imprenta Reynoso S.A.C.

Av. Coronel Mendoza N° 1026 – Tacna, Tacna

*Las opiniones expuestas en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan la posición de la editorial*

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

# Índice

Prólogo	7
Caballeros de paso	9
Un día sin luna	18
Vista del Abuelo al amanecer	26
Clavelinas huayta	38
Las tres margaritas	50
El extraño huésped de la calle Curibaya	59
Domingo después del pato	75
Carta hallada en una gruta	82
La noche del crimen	90
La esquiva paloma	98
Cómo matar al lobo	115
La herencia	128
Los Nicolás Zamalvides	138
Mi tío primo Heráclides Roldán	149



## PRÓLOGO

“Caballeros de paso” recopila el primer conjunto de cuentos del escritor Edmundo Motta Zamalloa, cuya vocación de narrador se inició, no obstante, hace décadas, ya en Arequipa, donde formó parte de los grupos culturales activos en los años 80 que transformaron el sentido de la creación literaria local al modernizar sus temas y sus técnicas. En ese contexto, Motta forjó su estilo y descubrió los temas de su interés. A partir de entonces, a lo largo de las décadas ha ido desarrollando la estética de su prosa con paciencia, prudencia y una severa autocrítica, hasta lograr una producción digna de publicarse.

Es pues el debut de Motta como narrador de cuentos. Sus trabajos en Ciencias Sociales son conocidos y reconocidos por la crítica y la academia. En 2002, publicó “Los sonidos del bronce y otras historias vueltas a contar”, una recopilación de relatos orales narrados por informantes de las zonas altas de Tacna, que la prosa de Motta embelleció. Ahora, ingresa en el mundo literario con un paso firme, mostrando los textos ficticios que ha ido creando y perfeccionando con rigor durante varios años. Es este el fruto de un trabajo largo y sostenido, que el buen lector podría rastrear en su evolución hasta llegar a los cuentos finales del libro que son de una maestría incuestionable. Todos muestran el enfoque que el autor ha puesto sobre la cultura popular andina y mestiza como una fuente de creación de nuestro capital simbólico nacional.

En estos tiempos, en que la literatura capitalina ha sido conquistada por las industrias culturales y las editoriales globalizadas, con unos temas y unas formas harto comerciales, lanzar desde las provincias propuestas que eviten el fervor de las modas y hagan aportes autóctonos relevantes es indispensable. De allí, la importancia de la promoción de “Caballeros de paso” desde Tacna, desde su universidad pública, como un auténtico don a la creación de un canon literario que represente a todo el país y no solo a su ciudad capital.

*Willard Díaz Cobarrubias*

## Caballeros de paso

Había prometido llevar a Jacinto nada más para dar un paseo. Briseida dice que Jacinto es su hijito y si no da una vuelta por el campanario empieza a repartir mordiscos y se pasa la noche aullando a los espíritus y entonces la tía Asunta no duerme y quiere salir a caminar a pesar de que tiene una pierna enmarrocada.

Eso hacía todos los días al atardecer, aunque a veces a Jacinto le daba por mover la cola antes del mediodía y entonces yo tenía que dejar a un lado cualquier cosa que estuviera haciendo.

Esta vez, ni siquiera le importó el rumor del río que empezó a subir y subir desde muy temprano como si hubiera llovido en la noche. Poco después me di cuenta que no era la crecida del río sino el ruido de un avión.

Yo me paraba cada tanto para avistarlo en el cielo.

Jacinto iba por delante trotando y calculando, se volteaba a cada paso para estar seguro de que yo estaba atrás y que no paraba de hablar mientras lo seguía.

¡Ah, Jacinto!, le iba diciendo, los antojos que tienes, todo porque tu mamá te consiente tanto que te da comida de su plato, te deja dormirte apapachado en medio de sus senos, esos senos que parecen dos montecitos cargados de leche, y hace cualquier cosa para darte tus gustos, como esto de pedirme que te lleve al campanario solo para que des una vuelta, justamente allá, y no en cualquier parte.

De pronto dejó de andar. Se hizo a un lado y otro como para morderse la cola. Alzó las orejas y estiró el hocico hacia el lado de los árboles de Efilia y se puso a dar aullidos como si avistara un espíritu.

Y es que el ruido del avión se había hecho todavía más fuerte. Tanto que ya no parecía que estaba volando por lo alto del cielo, sino que venía abriéndose paso por en medio de los cerros.

Jacinto dejó de aullar, se movía por los costados como buscando un hueco donde meterse y enseguida vino a enredarse a mis

piernas. No se estaba engriendo. Temblaba, gruñía y ladraba, escondía la cabecita. ¡Quieto, Jacinto! ¡no pasará nada!, trataba de calmarlo apretando su cuerpo contra el mío.

Yo estaba seguro que llegaría este momento.

Vi a los pájaros salir en estampida de los árboles, a los caballos encabritarse en la plaza; se agitaban los eucaliptos y hasta el suelo temblaba. Yo mismo sentía como si el avión se hubiera metido en mi cuerpo. Pero ¿por dónde volaba?, me preguntaba mirando a todas partes.

En eso sentí en el brazo los dientes de Jacinto como puntas de sierra afilada, pegó un salto y arrancó como una flecha. Traté de seguirlo tropezando con los arbustos, lo llamé varias veces cuando se perdió entre los matorrales. Me quedé parado sin saber qué hacer. Alcé los ojos en la dirección del Apu Niño y le pedí que protegiera a Jacinto. Se lo pedí por Briseida.

Fue en ese momento que vi el helicóptero por delante del nevado Yanakillka ya enderezado sobre la quebrada del Millo.

Hasta entonces solo había visto aviones a chorro pasar por el fondo del cielo jalando una larga nube de un extremo a otro del mundo. Yo corría donde Briseida para pedirle que levantara la cabeza, ¿ves?, apuntando con un dedo, ¿oyes?, y le prometía que de grande sería avionero y dejaría caer una piedrita cuando pasara por encima del Morro. Ella ponía su mano en mi hombro y sonreía. “Entonces pondré esa piedrita en mi cabecera”.

Pero este avión no dejaba atrás ninguna nube. Y en vez de cruzar el cielo, parecía un Cóndor con las patas estiradas que buscaba por los bajos de la quebrada un animal muerto.

Al comienzo sentí miedo. Era bonito cuando cruzaba el cielo, pero no cuando volaba dentro mismo de la quebrada. ¡Qué extraño!, pensaba. ¿Qué buscaba el helicóptero en el Millo? ¿Quizá lo venía manejando el general Lizardo Valdivieso? ¿Quizá venía por el Q'oritorio, justo ahora que lo andaban conversando en las noches? Puta, era emocionante. Incluso pensé que venía para llevarme.

Levanté mi sombrero y grité.

Grité hasta que me ardió la garganta. Boté el sombrero y empecé a mover las manos. Pero en vez de venir a Pumanchy, el

helicóptero giró hacia la derecha y siguió de lado rosando la ladera y los eucaliptos de Matara, el pueblo que está enfrente, río por medio, y poco después se detuvo en la plaza de Antabamba. Solo un rato, la hélice siguió dando vueltas y al parecer nadie bajó ni subió, aunque quizá dejó algo, quizá le dijeron que el prefecto de la provincia nunca está en la prefectura, y nada más eso, porque enseguida levantó vuelo, en un abrir y cerrar de ojos estaba volando por encima de las casas.

De todos modos, me moría de las ganas de estar allá. Nada más para estar cerca. Quería saber si eso que estaban viendo mis ojos era verdad.

Siguió marcando terreno por el lado derecho y yo estaba seguro que esta vez el helicóptero iría a Utupara, el Apu de donde salió el Q'oritoro, el toro que brillaba mejor que el oro, que se había escapado de los españoles por debajo de los cerros abriendo con sus cuernos un túnel. Cuando más pensaba que ahora era fácil llevarse el toro y el oro, el helicóptero en vez de seguir volando hacia Utupara, se hizo de lado esta vez para cruzar la quebrada del Millo, en dirección a Facusuri, justamente donde hay una salida por donde dicen que escapó el Q'oritoro. Todavía pensaba que allá lo habría avistado, brillando como el sol en la boca del túnel. Y eso tampoco porque el helicóptero giró a la izquierda en la dirección de Pumanchy, y pasó raspando el campanario.

Entre el campanario y la iglesia está la plaza. Allá son los cabildos, las corridas de toros y las carreras de caballos. Y desde el campanario vuelan como palomas negras los dobles de campana cuando alguien pone los pies por delante.

Tampoco se abajó en la plaza. Y volviendo a girar siempre a la izquierda el helicóptero se detuvo encima del Morro de las retamas que, visto desde Apu Niño, parece una cabeza pelada rodeada de un cerco de flores amarillas.

Me quedé arrimado contra el muro. Al pasar por encima de mi cabeza echó un aire caliente lleno de fuerza que por poco me tiró al suelo. Grandazo, las patas como garras gigantes y una cola larga. Un viento fuerte sacudió los eucaliptos cuando el helicóptero se abajó detrás de la casa del tío Benigno.

La nube de tierra que levantó envolvió al helicóptero y cubrió de polvo el Morro.

Se llevará al tío Benigno, pensaba, y a la tía Asunta. Él tenía un brazo muerto y ella una pierna enmarrocada que desde hace un año no le sirve para caminar. Pensaba, digo. Lo malo es que el tío Benigno no se encontraba en el pueblo y en su casa estaba nada más la tía Asunta. La acompañaban Briseida y Jacinto. Briseida doblaba las rodillas delante del batán y mecía el molino de alaymosca el día entero. Convertía el maíz en una masa a la que ella misma se agregaba a punta de escupitajos antes de hacerla hervir en una olla comunal. De ahí salía la chicha dulce que afanaba a los hombres. Jacinto hacía correr a los zorros que merodeaban el Morro y enseguida se ovillaba al lado de Briseida. A mí me tocaba llevar a Jacinto al campanario.

Uno tras otro los hombres fueron saliendo de una costilla del helicóptero, algunos se sacudían el polvo del saco y lanzaban salivazos, otros parecían moscas azules con las gafas negras que ocultaban sus ojos, y pisaban el pasto seco que se quebraba bajo sus pies. Todos vestían de negro igual que los difuntos. De pronto, como un aparecido, ya se movía en medio de ellos aquel hombre de casaca amarilla y cara pálida, los ojos jalados detrás de los lentes. Se cubría la cabeza con un chullo de indio. Apareció de improviso como si el helicóptero acabara de poner un huevo gigante.

Supongo que era el más importante de todos porque estaban al tanto de sus movimientos, se alineaban cuando él señalaba un atajo, lo rodeaban cuando se detenía. Le escuchaban en silencio e inclinaban la cabeza cuando dejaba de hablar. Le decían señor presidente. Estuvieron un rato en el Morro como encerrados en una jaula, probablemente cambiando de parecer por el lugar que habían escogido para abajar el helicóptero.

No sé cómo, cuando menos pensaba pasó por mi lado el tío Orestes, ¡carajo!, dijo, ¡es el Chino!

Yo lo hacía en la orilla del río, desyerbando su maizal. Saltó el cerco de piedras y avanzó saludando sombrero en mano hacia esa gente que no sabía por dónde salir. Como si fuera un amigo de toda la vida el Chino le apretó la mano, le preguntó algo y tras unas palmaditas en el hombro empezaron a moverse junto con todos los demás.

Se metieron a la casa de la tía Asunta. Uno después de otro.

Estoy seguro que ella tuvo el susto de su vida con ese helicóptero parado en el Morro y todos esos difuntos metidos en su

casa así sea de paso, porque no había modo de ir del Morro a la calle si no es atravesando su casa. A un lado de la puerta y aplacada por la sombra, Briseida había dejado de mecer el mortero. Se moría de miedo tanto como Jacinto, solo que era muy tarde para zafarse.

El tío Orestes dijo algo para calmarla.

¿Quiénes son y qué quieren? Creí escuchar a la tía Asunta mientras jalaba una manta para cubrirse su pierna enroscada con una faja de colores.

Todavía la escuchaba de lejos, ¿qué buscaban?, ¿a dónde iban? El aire estaba mudo desde que llegó el helicóptero. Por su parte el tío Orestes hablaba, movía la cabeza o levantaba la mano delante del Chino y los difuntos. Les iba diciendo cuidado con esto, cuidado con aquello, y ellos andaban cuidando no ensuciarse los zapatos con la plasta de los animales o meter los pies en la acequia que se alarga por la mitad de la calle, se cuidaban de no pegarse a la pared, de miedo que les caiga en la cabeza las tejas sueltas de los techos. Este pueblo parecía más solitario en el día y más oscuro en las noches, creí escuchar al tío Orestes. ¿Por qué?, quizá preguntó el Chino. El tío Orestes señaló con la mano el nevado Yanakillka, allá donde se apaga el sol. El Chino movió la cabeza a ese lado del mundo. Cuando llegaron a una esquina se detuvieron porque el Chino dijo vamos por acá y voltearon hacia San José entre las casas de Marcelino Castillo y de Manuel Guillén, alguaciles ya de la casa de San Pedro.

Yo me había acercado a los difuntos que rodeaban al Chino. Como no les amenazaba con arrojarles piedras me dejaron caminar junto a ellos.

El tío Orestes iba señalando las casas y mencionando los nombres de sus dueños, por puro gusto de mostrar que los conocía y el Chino escuchaba por el gusto de escucharle. Cuando el tío Orestes levantó la mano para señalar la casa de dos pisos que cerraba la calle, dijo “esa es la casa del general Lizardo Valdivieso”, el Chino se desachinó como si acabara de acordarse algo, ¿Cómo?, dijo, ¿de quién dijo?, insistió; y cuando el tío Orestes subió la voz pronunciando más despacio el nombre del general, el Chino se volvió incrédulo, viendo con asombro esa casa de paredes rajadas y el techo a punto de caerse.

¿En esta casa?, parecía decir. ¿Aquí? ¿En este rincón de la tierra?

Sin que nadie se lo pidiera, el tío Orestes empujó las hojas de madera que chirriaron al abrirse. Esa puerta daba a un corredor oscuro. De pronto el Chino y sus hombres se quedaron mudos. Al final del corredor apareció un pequeño patio y detrás del muro un hermoso manto con andenes sembrados de maíz que caían uno debajo de otro hasta tocar la espuma del río. El Chino seguía sin habla y moviendo la cabeza a los lados vio que su comitiva había sido hechizada por aquella visión. La casa era vieja y olía a muerto, pero dejaba pasar los ojos a ese bonito paisaje tejido por la mano del hombre. Al pie de los andenes se apresuraba el río Millo.

Interrumpiendo el asombro de los difuntos apareció en el corredor doña Migdonia Magín, flaca y vieja como un fantasma. “Es la amita del general Valdivieso”, dijo el tío Orestes, “le será fiel incluso en la muerte”. Doña Migdonia Magín había nacido en esa casa y con toda seguridad sería su tumba, si es que todavía estaba viva. Aturdida por la presencia de tantos difuntos, dijo: “Van a ver cuando se entere el general”.

—Mi mamá, alma bendita, recibió al general en ese cuarto-, y levantando la mano señaló un galpón ya vencido por arbustos y malas yerbas.

El Chino sonrió. Buscó en su bolsillo un billete de veinte soles que doña Migdonia guardó dentro de su corpiño.

—Tiempos, ¿no? —se animó a comentar el Chino.

Nadie se atrevió a responder. Quizá él mismo no esperaba que alguien respondiera. Estaba contemplando esa puerta vieja y el bonito paisaje tras el largo corredor. Los demás lo imitaron, miraban el suelo, o el paisaje, tal vez el río, solo por acompañar al Chino en su modo de callar y caminar. Quizá pensaban cómo alguien de este pueblo pudo llegar tan lejos hasta tocarle la puerta del gobierno, quizá, digo, a lo mejor no pensaban nada. El tío Orestes decía que lo único cierto en este pueblo eran las muchas preguntas que tuvimos, y nunca ni nadie supo responder. ¿Qué le pasó al general Lizardo Valdivieso cuando estaba camino justamente al palacio? ¿Por qué nunca más se supo nada de él?

El Chino dio unos pasos apresurados, metió el zapato en una plasta de caballo, ¡mierda!, dijo, sacando el pie de la mierda, ¡carajo!, dijo; el difunto que iba a su lado dejó el altavoz a un lado para limpiarle los zapatos, y recién el Chino se calmó. Siguió caminando despacio levantando los ojos por encima de los techos, los eucaliptos y los cerros. Todavía se detuvo en la esquina para mirar una vez más si era la casa del general Valdivieso o, más bien, su sepultura. Caminó hacia la plaza. El tío Orestes dizque la iglesia es de piedra, que el cura desapareció con el terremoto del año taitantos y nunca más tuvo este pueblo otro que predicara las cosas de Dios los domingos.

El Municipio se había dorado con el sol de la tarde.

A esa hora empezó la gente a llegar de a poco, hombres y mujeres entraban a la plaza sombrero en mano. Cuando el Chino preguntó por el alcalde del pueblo, éste salió de entre los eucaliptos y dijo ¡presente!, se quitó el sombrero para saludar. Cuando el Chino preguntó por el presidente de la Comunidad, éste se desprendió de los galpones y acudió presuroso ante el señor Presidente; y las demás autoridades fueron llegando desde el lugar que se encontrasen, por cerca o lejos que estuvieran; y así cuando el Chino preguntó por el juez de paz, el tío Benigno se presentó jalando su brazo muerto.

Cuando el Chino llamaba a las personas, las personas venían; cuando mencionaba a las cosas, las cosas aparecían. Era mejor que el campanazo. En poco tiempo el pórtico del municipio se llenó de andrajos, de miedos, de cabezas sin sombreros, de ojotas, de miradas extraviadas.

En este pueblo faltaba todo o no faltaba nada. Hay más penantes que presentes, se animó el tío Orestes, y el Chino no entendió, o parece que no entendió, ¿cómo?, preguntó, no sabía que cosa era ser penante; al cabo sonrió porque alguien dijo en este pueblo no hace falta morir para estar muerto.

Sus ojos se pasearon por la iglesia sin fieles, la torre sin tejado, las muchas casas sin techo, y visionando los cerros se detuvieron en Utupara, ¿todavía estaba el Q'oritorio?, capaz venía corriendo si el Chino lo llamaba, pero no lo llamó; se llevó los dedos para enderezar sus lentes, quizá pensaba en Facusuri, el túnel donde se perdió el Q'oritorio.

Fue en aquel momento, creyéndose un Apu acabado de llegar sabe Dios de dónde que el Chino dijo, para comenzar, “Hágase la luz eléctrica” (a su lado el difunto levantó el altavoz y habló: dentro de seis meses tendremos potente luz que alumbrará bonito en las noches y en el día dejará mirar televisión). Los incrédulos mostraron una sonrisa desportillada, ¿luz eléctrica? ¿Televisión?

Después el Chino dijo, “hágase el camino” (y otra vez se alzó el altavoz: en un año llegará a Pumanchy, vadeando el río, una ancha carretera por donde subirán duraznos y manzanas de la quebrada y de esta tierra llevarán papas rosadas y maíz de tres colores). Y otra vez la risa sin dientes, ¿cómo? ¿Tan rápido? Si ya tenía cosa de veinte años la carretera subiendo a poquitos desde Aparaya y cuya cabeza agonizaba en Yanakillka.

Otra vez, ya más erguido que un Inca dijo, “hágase el trabajo” (y de nuevo el altavoz: en siete días llegará en el mismo helicóptero picos y azadones, para cada uno de los comuneros del pueblo). Y eso ya parecía una cosquilla en la planta de los pies que hacía salir espuma por la boca.

Y siguió diciendo, por qué el pueblo no tiene colegio, por qué los niños no tienen cuadernos, por qué los cuerpos visten andrajos... (y siempre el altavoz: en pocos días tendremos ropas, libros, chocolates, que irán cayendo en la plaza como si las arrojaran).

El entusiasmo del Chino era tan grande que el Apu Utupara parecía un cerrito. Hablaba sin parar hasta que las palabras se le acabaron y solo entonces él y los difuntos volvieron a paso rápido al Morro de las retamas.

En el pasaje de la casa de la tía Asunta una chomba gigante los detuvo. El Chino y los difuntos estaban asombrados, no sé si por el tamaño de la chomba o por Briseida, la chola más linda del pueblo que estaba triste porque su hijito había desaparecido.

“Seremos pobres, pero en este pueblo hay cariño”, dijo la tía Asunta, mientras Briseida se multiplicaba con los jarros de porcelana que ponía en manos de los difuntos, turbándose por la mirada ansiosa de cada uno que le pedía repetición sólo para darse el gusto de tocarle la mano cuando recibían el jarro.

El Chino probó un sorbo y agradeció con una sonrisa diciendo que la chicha estaba tan buena como la muchacha que las

repartía, que no se esperaba un gesto así de la señora. Se le acercó para darle una palmadita en el hombro, preguntó su nombre y hasta se interesó por su salud. Lo que no se me olvida son sus ojitos que brillaron tanto como los de Briseida, tan encendidos que parecían el Lucero del amanecer, y esa boquita hinchada como pulpa de la tuna colorada.

Enseguida subieron al helicóptero.

Se estaba yendo el sol. La hélice empezó a barrer las retamas del Morro, y su ruido volvió a espantar a los pájaros.

Y esta vez lo vi encima del pueblo buscando zafarse de los cerros.

Al pasar junto a Yanakillka se inclinó hacia el lado izquierdo como quien se saca el sombrero para saludar al gran Apu.

Lástima nomás que se fuera también Briseida. ¿Cómo? La tía Asunta dizque el Chino le parloteó bonito levantando un dedo, “tu hijito está corriendo arriba de Apu Niño, vayamos a darle alcance”. Y ella no tuvo miedo de entrarse al helicóptero.

Cuando el helicóptero se volvió pequeñito y el ruido fue otra vez como el rumor del río, sentí muy cerca el gruñido de un animal asustado. Lo busqué por los alrededores del Morro.

Allí estaba frotando su cuerpo contra el tronco de un eucalipto como si quisiera entrarse en el árbol. Pasé el lazo por su cuello y quise llevarlo al campanario antes que empezara la noche.

Pero Jacinto se abrazó al eucalipto y allí mismo se puso a ladrar a los espíritus.

## Un día sin luna

Están hablando, orando, dándose consejos en la habitación de al lado. A veces ríen. Hasta que alguien dice que es el medio día y ya no se oye ruido alguno ni dentro ni fuera de la casa, ni cerca ni lejos del anillo de eucaliptos que la rodea.

Ese alguien dice también que ha llegado la hora y entonces mi madre empieza a cantar con su voz de hilo, una voz delgada que el aire la estira lejos de la casa. Ella no ha cambiado. Cantar era su manera, cantaba cuando alguno de mis hermanos se marchaba de casa, así sea solo para ver los bofedales de Maure, y cantaba cuando lo veía regresar. Eso es lo que se nos ha grabado para siempre, y mis hermanos lo contaban con lágrimas en los ojos. Ahora debe haber sentido mis pasos, acercándome despacito a su corazón, y se ha levantado del banco y su mirada ha girado hacia el corredor. También mi padre hace un gesto al tocarse una rodilla, se frota los ojos y los eleva al mundo decorado en el muro, y figonea entre las cosas que hay allí como si intentara ver la presencia de alguien que acaba de llegar. Y Esther, ¡ah, Esther!, había esperado aquél instante en que todo es posible como la lumbre de cera que se aviva y muestra la sonrisa del retrato.

Las ceras alumbran los arreglos que esa mañana salieron del horno y ahora están colgadas alrededor de mi retrato ante un fondo negro desplegado en el muro. Sobre una mesa de tres niveles cubierta con una funda blanca, sobresalen en un largo vaso de madera claveles, rosas rojas y gladiolos amarillos, y en el nivel más bajo una tela blanca envuelve las gratitudes. Luego están las ceras más cortas y más delgadas engarzadas en cuellos de botella. La gente contempla la forma de la lumbre y dicen que las cosas están saliendo bien.

A través de la puerta puedo distinguir la silueta de la octavina y una mano que rodea su delgado cuello. El muchacho que la custodia aguarda impaciente sobre un banco de piedra, pero no se atreve a

entrar. Ahora entiendo. A mí tampoco me gustaba quitarme el sombrero dentro de una habitación oscura con ceras encendidas.

Esther termina de cantar mi canción favorita en voz muy bajita para que la oiga solo quien está dentro de ella, coge un clavel y lo introduce en el agua de iglesia que han traído en un vaso, los esparce sobre mi retrato y las flores, enseguida se despide con rápidos abrazos. Apenas se aleja por esa puerta abierta al ruido del mundo, se anima el perfil del muchacho cuya impaciencia llega a su fin, se pone de pie, levanta la octavina y la sigue.

A medida que oscurece las ceras hacen resaltar aún más cada cosa que hay en el muro. El sol y la luna de maíz brillan por encima de las cosas, las estrellas de centeno se encienden en cualquier punto. La montaña Yunga con su collar de andenes se levanta como un templo cuyo vértice hinca el cielo, a los costados florecen los frutos de la tierra. Los animales de crepé están atrapados en un salto de mata. Los danzantes y músicos bailan o tocan la flauta desde la eternidad del lustre.

Apenas se pinta una línea celeste sobre las cumbres el zorzal pasea su canto entre los eucaliptos. Mi madre se acerca al jardín para hacer el dúo y entonces su canto es un cuchillo afilado que penetra el alma. Mi padre está derrotado tras haber permanecido la noche en la banca vigilando la lumbre de cera. Y Esther que decía amarme todo lo que durase el cielo y la tierra no ha regresado.

Entonces me acuerdo de aquél amanecer en que el zorzal abría el pico, cantaba y sufría sobre la rama de un queuña y bajo sus patitas la rama temblaba. Era el instante en que la noche se separaba del día.

Ni siquiera supe si había dormido. Siempre tuve los ojos abiertos y hacía un tiempo me oía, no tengo memoria para el sueño. Aunque era bajo el brillo del sol que se veía el río, los animales, los árboles, era de noche que se oían sus voces. Y era en la noche que tenía los pies más livianos. Estoy listo, me oía ya no sé por cuanta vez, y levantaba la cuerda por un caso, listo para cortar el aire y enlazar el caballo. Podía aparecer en el momento menos pensado, temía. ¿Si me duermo? ¿Si el laso se traba en el instante preciso?

Hace ya tantas lunas que sentía el mismo consuelo pensando que podría encontrarlo ese día quizá cuando despuntara el sol o quien

sabe al atardecer cuando los vientos retornaran del Barroso. Pero el sol venía solo y los vientos traían el frío de la cordillera. A veces pensaba que no tenía remedio, que mi destino era caminar subiendo cerros y bajando quebradas, con frío o lluvia. No me daba por vencido y seguía buscando, siempre hacia adelante. ¿Cómo iba a vencer el río Ticalaco?, me angustiaba, ¿cómo cruzaría Loriscota o pasaría la barabunda de truchas y parihuanas que la custodian? ¿Con qué sortilegio llegaría a la montaña de mis ancestros?

Alguna vez sentí una gran emoción al encontrar caballos en Chuñabepampa. Fue como un sueño verlos en la tranquilidad de un llano arrancando a dentelladas la yareta fresca. Habían nogales, alazanes y hasta un blanco había, pero negro, ninguno. Y lo que yo buscaba era uno negro. Mi abuelo que ya debe haber llegado a la morada del picaflor de fuego decía que el caballo negro tenía la mirada del Amaru y podía atravesar el agua sin mojarse y el fuego sin quemarse.

De todos modos me acerqué atraído porque eran caballos y dejé volar el lazo al cuello del alazán, sólo por probar mi destreza. Sin alejarse los demás se quedaron quietos, los belfos apretando la yareta, alto el pescuezo y las orejas en punta, y se pusieron en punto de corcovear a pesar de que eran caballos de montar, acostumbrados a la espuela y al látigo.

Abracé al alazán y seguí mi camino sin que me importara si ese día tendría su noche o sería como ya me iba pareciendo que era, una noche de sol sin día de luna.

A veces me arrimaba solo por un instante a la sombra de un ciprés como a un viejo recuerdo y volvía a emprender la marcha. ¿Adónde?, preguntaba desde que supe que estaba hecho para caminar, sabiendo que mi pregunta era la única verdad. Allí donde la quebrada se hundía en la neblina era el lugar de donde venía y otro día sería mi nuevo destino. Pensaba, soy mientras camino.

Durante un crepúsculo me detuve en el paso del inca para ver a la muchacha que recogía campánulas en su huerto de la montaña Yunga, nada más por verla, cuando noté que ella dejaba de empinarse en los pies intentando alcanzar la rama más alta y sus ojos empezaron a rotar por los alrededores, y acabó corriendo a buscar refugio en su casa.

De noche me alejaba de los pueblos o de algún caserío lo más que podía porque no soportaba el aullido de los perros.

Subía del valle hasta donde se terminaba la pendiente y enseguida desandaba el camino para volver al punto de partida. La primera vez que subía por el pedrerío de Tarucachi supe que el mundo había cambiado. Me di cuenta de las maravillas que me fueron sucediendo como esto de caminar sin fatiga, que no se me secaba la lengua pese al calor ardiente del día. El viento pasaba por mi lado sin tocarme. Pero algo más había cambiado. Llevaba puesta una camisa blanca y pantalón negro, y pese a que no calzaba sino unas calcetas de lana no sentía que las piedras o los espinos me lastimaran los pies. En una mano apretaba una rama de arrayán y en la otra sostenía un lazo enrollado.

Había dejado atrás la orilla del río Estique, huyendo del torbellino de sus aguas. Al comienzo pensaba que había vuelto a San Benedicto, feliz de regresar a casa, pero cuando más cerca me parecía la torre del templo más lejos estaba yo del pueblo y en vez de entrar por la calle del Cacique hice un rodeo por las terrazas de Lupaja, pasé por debajo de la Piedra del Descanso y poco más allá salí al camino de Chacavira. Curioso. Quería entrar al pueblo pero huía de él. Cerrando los ojos crucé el puente espantado otra vez por el torbellino de agua que la atraviesa. Pero al llegar al río Ticalaco me detuve, su corriente de espuma me obligó a regresar al Retén, la casa de las voces perdidas. Ascendí la montaña Yunga, hasta donde más podía, buscando cómo vencer el río y luego retornaba por donde había ido.

Desde entonces evitaba el río y sus cascadas, los acueductos que llevan agua a los campos de maíz, el puquio de Cano, la represa de Jarumas tan grande que parece una laguna, o sitios alejados como el lago de Loriscota. Varias veces me he detenido solo porque había tropezado con un acueducto por donde discurría agua, o me he visto obligado a dar un largo rodeo para vencer una pequeña laguna o he retrocedido jornadas completas hasta encontrar un punto en el que creía estar a salvo. Si acaso llovía, por suave que fuese, un temor repentino me obligaba a permanecer debajo de una roca o al pie de un árbol, pues nunca se sabe en qué lugar podía formarse una corriente de agua antes de discurrir pendiente abajo.

Tenía que volver al monte Calvario, solo para comenzar de nuevo en otra dirección. Elegía un cerro cercano que me guiara, un día era Mocara, y otro Yunga o Chacavira. Y echaba a caminar. Guiado por el cerro Mocara, andando siempre arriba, entraba hacia la estepa y aligeraba los pies al pie de la cordillera del Barroso. A fuerza de caminar, buscando vencer las aguas, me di cuenta que estaba encerrado. Por más que caminaba por este lado o por el otro, allí había un río, un acueducto, una laguna que me hacía retroceder.

En ese ir y venir por los altos y los bajos de la tierra había aprendido a conocer a los animales. Del miedo que sienten cuando alguien les perturba el instinto de las cosas. Una perdiz se espantaba de la amenaza del zorro, el zorro huía como si lo persiguiera el puma y el puma le escapaba al cazador. Solo el zorzalito de pelaje gris, a buen recaudo en la rama de una queñua, imperturbable, soltaba su lamento.

Era música para un errante como yo. De muchacho cogía una piedra para apartarlo de la casa lo más lejos que podía pensando que el zorzalito tenía un pacto con la muerte, hasta que un día vi a mi madre acercarse al jardín y escuché agregar su voz para acompañar al zorzal, y desde entonces aquél canto a dúo siempre me parecía que hablaba del amor. Obedeciendo un lejano impulso levantaba el pie sobre una piedra y echaba de menos la octavina que tuve. Hacía como si fuera a tocar sus cuerdas. De muchacho había intentado ser músico. Y más tarde prometí que sería músico de todas maneras. Un sueño, como todos los sueños. De todas formas me hubiera gustado llevar la octavina. No habría estado tan solo como ahora. Siempre supe que la música abre sonrisas. Y la octavina era la dulce voz de la mujer que más amaba.

Mientras caminaba por la estepa contemplando la nieve de la cordillera en sus picos más altos oí el ruido de unas aves que venían de las alturas de la estepa kiw kiw, el aire aclaraba enseguida kiwuya kiwuya, y entonces irrumpió en el cielo despejado un Kiwla macho rodeado de un cinturón de hembras. El macho mantenía el vuelo parejo y las hembras lo escoltaban aleteando, subiendo o bajando a los costados sin llegar a chocar con el kiwla. Llegó un momento en que las hembras cayeron en picada sobre la estepa. El macho se había quedado solo y estaba claro que no era costumbre en él quedarse solo. Frenó en seco y movió el aire con la cabecita, buscándolas. Cuando giró hacia abajo vio a las hembras alineadas con las alas plegadas

sobre una piedra plana. El Kiwla cayó como un rayo sobre la primera de las aves. La abrigó con sus alas por unos segundos. Saltó sobre la segunda y tembló sobre ella abrazándola con la misma fuerza que prodigó a la primera y con el mismo entusiasmo que daría a la tercera.

Después de cubrir a la última, el Kiwla batió las alas como un guerrero victorioso y dando pequeños brincos alcanzó la altura. Cuando estaba a punto de lanzarse en vuelo extendido, las hembras despertaron de su letargo y le dieron alcance con su cuerpo en paz y sin aleteos.

Desaparecieron en el lejano cielo dejando en la estepa el eco de sus chirridos, como un regalo para mi propia suerte. Había voces para mí que brotaban desde el fondo de mi memoria. Mi madre cantando a dúo con el zorzalito en el huerto de flores cuando mi abuela falleció. Voces de mi padre animando al arador. La de Esther prometiendo amarme hasta que se acabaran el cielo y la tierra. Me estremecía cuando alguno de ellos despertaba en mitad de la noche preguntándose por qué aquella tarde de los kusillos tuvo que ser distinto.

Al cabo de un tiempo una fuerza superior a mi voluntad me hizo retornar a la orilla del río Chacavira. A pesar del terror que me provocaban sus aguas, alargué la rama de arrayán para separar la saliva que un día echara en sus aguas sin propósito alguno. Todavía después busqué los harapos que cubrieron mi cuerpo y la llevé a los pies del Cristo de Calvario. Busqué mis cabellos entre los árboles si acaso los árboles habían arrebatado al viento su cargamento inútil. Pruebas que debía pasar si quería alcanzar la Gloria.

He estado atento a todo lo que se movía en el día y a todo ruido que salía de la noche. Me he recostado en la montaña para contemplar la luna, y cubrirme de la penetrante mirada del sol. Tras haber pasado el tiempo seco el viento empujó una nube del otro lado del Barroso. Hacía ya una media luna que los árboles habían empezado a hincharse y los campos a poblarse de flores, el río se fue llenando de truchas y el viento trajo voces aún más extrañas. Quizá había pasado el último aliento de octubre. Alguien que dormía detrás de una peña se puso de pie, se acomodó el sombrero y echó a andar; otro abandonó el árbol donde había hallado refugio, otro más que parecía conocerme dijo algo, se sacudió el polvo del saco, y me adelantó con paso ligero camino del pueblo.

Por primera vez en todo este tiempo que llevo caminando tuve el presentimiento de que alguien me esperaba. Y no en cualquier sitio, sino en San Benedicto. Y no en cualquier casa, sino en casa.

Al pasar junto a la Piedra del Descanso me sobrecogió el recuerdo. Hijos despidiendo a su padre. Hermanos en el punto de partida sin retorno. La Piedra del Descanso apareció allí mismo, a la salida de San Benedicto, en el sitio donde el camino se abre en dos brazos, uno que sube a Yunga y el otro a Lupaja. Dueño de mi destino entré por la calle del Cacique y no me detuve sino en la puerta donde colgaba la cabeza del puma, y sobre él pendía un crespón.

Pronto el sol llegará al centro del firmamento y se acabará el mundo que me construyeron atrayendo al manto negro del muro, al sol y a todas las luces de la gloria, al cóndor y a todas las aves del cielo, al zorro y a todas las criaturas de la tierra, y a todos los frutos y animales del valle, a los antiguos danzantes atrapados en las piedras de Tasabaya y a sus músicos de flauta y tambor de piel.

Al medio día empieza la desolación.

Han vuelto parientes y amigos para despedirse. Hablándose unos a otros, sombrero en mano, los ojos lagañosos, apretándose en un abrazo, “que sea en buena hora”.

Al igual que en la víspera los labios se deshacen en plegarias y entonan cánticos de salvación, piden misericordia al Cristo de Calvario, que tenga piedad San Benedicto, que nadie ni nada impida mi paso a la gloria. Se abrazan sin dejar de pronunciar mi santo y seña.

Le han dado a mi madre el trabajo de desarmar el muro. Ella reserva el sol y la luna en una bolsa de tela para la familia. Las estrellas son condenadas a las bolsas de regalo. Las gratitudes fueron repartidas en mi nombre. El manto oscuro que servía de cielo es el último en ser retirado y doblado cuidadosamente. En acto final, mi padre es el encargado de honor que pondrá el mundo al revés y haciendo un esfuerzo coge con ambas manos los soportes de la mesa y de un impulso la invierte colocando el tablero contra el piso.

Hace un día habían hecho exactamente lo contrario, dejando puertas y ventanas abiertas de par en par, salvo la resguardada por el puma en cuya cabeza se limitaron a colocar el crespón. Habían

esparcido cenizas en los pasadizos de la casa para registrar mis huellas. Hoy, en cambio, han asegurado las puertas con candado y cerrado las ventanas.

El ramo de flores que reposaba en el jarro de madera es retirado con el propósito de darle otro destino.

Y otra vez el canto del zorzalito se deja oír desde el brazo de un eucalipto.

Creo que esta vez atravesaré el río Ticalaco, sin problemas, que pasaré las aguas del Salado y acaso la laguna Loriscota, sin temores. Acabo de ver el caballo negro junto a la Piedra del Descanso, erguido como una estatua, oscuro como la noche, sin riendas ni estribos, con el manto que estuvo en el mundo que me construyeron, ahora doblado sobre su lomo.

¡Aguarda, potro!, digo, dispuesto a salir a su encuentro.

Antes de partir vuelvo los ojos al pueblo de San Benedicto. Todas sus calles desembocan en el camino que se encorva al camposanto. Bajo el cielo rasgado por una nube se desgranán sobre el pueblo los sonidos de un bronce que lastima el corazón. Dolientes y amigos avanzan aliviados del peso de su alma al encuentro de la última verdad.

Adelantándose a mi madre, el zorzalito vuela hacia el sauce silencioso de la puerta donde abre el pico y se estremece.

Después de contemplar un momento la Piedra del descanso, mi madre aligera el paso y atraviesa el pórtico llevando el cuello de madera con las flores que estuvieron en mi altar, como un presente para mi cuerpo.

## Vista del Abuelo al amanecer<sup>1</sup>

Cuando llegue a la montaña Comaile me quitaré el sombrero, agacharé la cabeza en señal de humildad y pronunciaré su nombre con respeto.

*Dame tu licencia, Achachila, para bajar al pueblo.*

Será en la madrugada, cuando haya salido el lucero del amanecer.

Don Santos me lo repite cada tanto como si yo fuera un desmemoriado; cada palabra que debo decir, cada cosa que debo hacer.

Todavía faltan unas horas para eso, ni siquiera he salido de la Casa del Agua. Ahora me arrodillo junto al aguayo, en espera de que el hermano don Santos me entregue la ofrenda para llevar al Achachila. Sobre el aguayo ha puesto la sangre del sacrificio, vino rojo y pisco en pequeñas botellas de coñac, aparte de las especias que ayudan a vencer los malos espíritus y el mal viento. Al lado están los demás aguayos que contienen aytos para los hermanos del Comaile.

Don Santos los va nombrando.

Para ti Jilata Tangane que cuidas la sangre del sacrificio; para ti Achachila Caparaja que mantienes la nieve permanente; para ti Santa María Calvario que devuelves el carnero perdido; para ti Mallcu Yucamani que alimentas el agua de la sementera. De ustedes San Pedro Tacora y María Chupequiña que nos miran desde lejos no me he olvidado.

A mi lado está arrodillado el enano Hermógenes. Los demás allchis que irán a su turno llevando aytos a las otras montañas que don Santos ha nombrado, miran hacia abajo, de rodillas alrededor de la gran mesa.

---

<sup>1</sup> Publicado en Ediciones Copé, Petrop Perú, Lima.

El hermano don Santos me había señalado con su dedo para subir al Comaile, y al enano Hermógenes para que acompañe como Allchi. Quién soy yo para que don Santos me envíe al Achachila, todavía me sigo preguntando. No soy de este pueblo. Pese a que han pasado los años me siguen diciendo forastero. Me lo recuerdan cada vez que me quieren humillar. La otra vez el Gobernador del Agua quiso hasta quitarme la mita de agua. Tú eres de Moho, me dijo, de las mismas nevadas de la cordillera, no quieras tener derechos como nosotros que somos de la tierra desde el tiempo de nuestros abuelos. No le dije nada, preferí callarme para no desafiar su cólera. No lo niego. Un día, hace tantitos años, dejé mi pueblo Moho en busca de porvenir en los valles de la costa. Ni siquiera había pensado entrar a este pueblo. Me quedé en Ticaco por Martina y porque la gente de este pueblo dejaban sus tierras a quien quisiese cultivarlas. Qué bueno, dije al comienzo, y así me convertí en partidario de unas parcelas que me dejaron en préstamo con su mita de agua. Yo tenía que sembrar, regar, cuidar los brotes y los frutos hasta el tiempo de la cosecha, que es cuando los dueños de las parcelas subían de allá abajo para llevarse en camiones la mitad de la cosecha. Años de eso. Y sin quejas.

Quizá por eso el hermano don Santos me ha señalado para subir este año al Achachila. Era de madrugada cuando me encontré con él, justo en la plaza y delante del templo. Yo venía de regar el terreno, candil en mano, y muerto de frío. Sólo quería llegar a mi casa lo antes posible para encontrar tibieza en las polleras de mi mujer. Tú subirás este año, me dijo de sopetón como quien enlaza a una presa. Recuerdo que me quedé atrapado, sin saber qué responder, viendo la estatua del pastor Santo Domingo y el fiel perrito a sus pies; casi por encima de su sombrero el triángulo de la fachada del templo parecía apuntar a la cumbre del Comaile, allá lejos, y al costado la torre se hundía en la oscuridad. Reaccionando por las ingratitudes de mi memoria le dije que el Gobernador del Agua me había quitado el otro día tres topos de agua en mi chacra de Molliguaya, que me hizo recordar que era serrano, y que la mitad del pueblo me miraba de medio lado. ¿No sería mejor que un lugareño subiera al encuentro del Abuelo? Me di cuenta que el hermano don Santos no me estaba consultando. Soy yo el que dice quién debe subir y quién no, dijo. Don Santos era el mallku del pueblo, no daba órdenes, era el orden; tendría ochenta años y los ticaqueños decían que no moriría como un

hombre cualquiera, sino que llegado su momento subiría al Comaile para no regresar nunca más.

Quien se puso contenta es Martina, apenas se lo hice saber me abrazó. Dice que ella se siente como la hija del Achachila, puesto que todos los varones de su familia, de apellido Siles, desde su abuelo Benedicto, que vivió cien años, su padre Antonio que estaba llegando a los ochenta, y su hermano mayor Obdulio, subieron al Comaile. Sólo faltaba yo, y llegado el caso subiría también nuestro chamaco. Martina es la que tiene fe que todo saldrá bien. Y que todo saldrá bien significa que lloverá el día que suba al Achachila. Pero a mí me da una corazonada distinta. Que no saldrá bien, y no digo con eso que saldrá mal. Lo que he sentido, cuando le escuché al hermano don Santos decir que a mí me tocaba subir al Comaile, es ¿y si no sale nada? Seguramente dirán que por ser forastero lo hice mal a propósito, y acabarán teniéndome más ojeriza. ¿No estará queriendo el hermano don Santos que me echen del pueblo? Casi estaba convencido de esto. De no ser por Martina habría buscado al hermano don Santos ese mismo día para decirle que me había desanimado, que mejor pensara en un lugareño.

A los pocos días el enano Hermógenes me buscó, muy contento del río, pues acababa de hablarle el hermano don Santos, que se había dado la molestia de buscarlo en la quebrada Mucho donde el enano reparaba el cerco de su chacra. Tú también subirás al Comaile, irás como allchi.

Ah, ya tenía compañero de viaje. Faltaba una semana para la ascensión, ¿será por eso que al Cristo que subió a su Padre, sus discípulos le llamaron el Señor de la Ascensión?, con todo respeto digo yo, no vayan a pensar que me estoy comparando, ni atrevido que fuera, dispensen si ando diciendo barbaridades. En la Casa del Agua estaba fermentando la chicha en botijas de barro, habían subido de la ciudad vino en damajuanas, en una despensa se alzaba un muro hecho con sacos de papas y maíz; cada comisión había cumplido su labor; los llamos llegarían de los bofedales de Mamaraya el mismo día del sacrificio.

¡Allchi! ¿Estás a mi lado?, lo tengo que llamar por si acaso se ha dormido. Desde que hemos partido de la Casa del Agua no le he escuchado pronunciar una palabra; anda muy metido en sus adentros,

pero tal vez se ha dormido y tengo que estarlo animando para que mantenga los ojos abiertos. ¿Qué hora va siendo, Allchi? El enano mira el cielo salpicado de estrellas y dice poquito menos de la medianoche, estamos bien, cuando llegemos al Abuelo empezará el celeste mañanero. Y vuelve a quedarse callado. Para estar seguro que va despierto tengo que invitarle una copita del pisco que me han puesto en el aguayo, unas hojas de coca para ahuyentar el cansancio y tengo que escucharle decir aunque sea gracias.

Este camino es como subir al cielo, ¿adónde estamos yendo, si no? Y no a cualquier parte del cielo, estamos subiendo al Alajpacha, donde el Cóndor pasa su vida cuidando al Achachila como su fiel guardián. Ahora estamos todavía encima de Tangane. En los dominios del Amaru los pies se vuelven lentos, los árboles abren sus brazos como si quisieran atajarnos; de la tierra salen unos aires que amenazan hacernos dormir.

Conforme vamos escalando altura el viento se vuelve frío, y cerca del Comaile es helado como el filo de una navaja. Y allá arriba se va el sueño y el cansancio que ha juntado el cuerpo. Ahora que levanto los ojos creo que estoy viendo el lucero del amanecer. Se lo digo al Allchi, y él me responde, creo que sí. Desde lo alto veo la noche como una frazada negra que lo cubre todo, tierra, animales, chacras, casas, extendida a los pies del Abuelo.

Este lugar al que hemos llegado se nombra Salla y es uno de los ojos del Comaile; el otro, llamado Cano, está más arriba. Dicen que una vena interior conecta la laguna de Cano con la de Salla, y juntándose las dos aguas bajan dando pequeños saltos hasta Istañani, cerca del pueblo, de donde se reparten hacia los campos de cultivo.

La luz del amanecer acaba de alumbrar Salla. En la orilla que está junto al Comaile borbotea el agua. Me dieron ganas de llorar de la alegría que sentí. El enano Hermógenes estaba con los ojos mojados. En esa parte de Salla, la Virgen de las Nieves lavaba los pañales del Niño. Y a unos pasos se alzaba la peña blanca donde quizá la Virgen depositaba la ropita del Niño. Ha llegado la hora, pensé, con tal fuerza que el enano Hermógenes movió la cabeza. Seguía tan triste como al comienzo. Y con algo de miedo como si nuestros pies estuvieran tropezando tierra sagrada. Es el tiempo que pide la obra del hombre, volví a pensar. Y el enano volvió a mirarme. Es que aquí, tan arriba y

delante del gran ojo que era la laguna de Salla, no hace falta siquiera abrir la boca para hacerse entender. Caí de rodillas. Sombrero en mano. Y miré hacia lo alto, al gran Achachila. Poderoso y mudo amenazaba al cielo. Hincado de rodillas, a mi lado, el enano lloraba. Por algo será que la Virgen escogió este lugar para descansar y lavar las ropitas del Niño. Avanzamos de rodillas hacia la peña. Pedí la sangre del sacrificio. Allchi haz lo que tienes que hacer, digo, y el enano extiende el aguayo sobre la piedra y dispone las copas sobre el manto. Cogiendo las copas avanzo hacia la montaña y me pongo a hablar, justo las palabras que debo decir, y en el tono que debo pronunciar, para ti, Achachila, la sangre del sacrificio, digo, taita para ti el pisco de la tierra buena, taita, para ti el ayto de la fortuna, acéptate con voluntad. Digo y levanto el ayto, digo y disperso la sangre del sacrificio, digo y echo fuego a la mesa, digo y sigo diciendo, y el Achachila arroja sobre mi cabeza algo de su aliento frío, y el viento me rodea la cabeza, baja por mis hombros y todo mi cuerpo hasta los pies, como un látigo que amenaza se va por los lados a espantar la noche, y a poco el Achachila se va abriendo como quien se quita su traje negro. Cuando ya el fuego ha consumido la mesa el celeste abraza al gran padre y se arroja sobre el mundo. Es como si el Abuelo pusiera los ojos en la tierra y echara a andar el agua, la tierra, los vientos; pone los ojos en la Pachamama como diciendo, despierta mujer, es hora de levantarse.

Tuve que dejar al Allchi en Salla, y caminar solo en busca del otro ojo del Abuelo. Te quedarás, le había dicho al Allchi, en una hora estaré de regreso. Cuidarás el fuego hasta que se haga ceniza.

Avancé de costado, pegando el cuerpo contra la montaña, ya que desde esa parte se levantaba como una pared y donde ponía los pies era tan estrecho que un mal paso podía llevarme al despeñadero. Un viento helado me golpeaba la cara. Cuando había caminado cerca de una hora apareció la laguna Cano y una inmensa alegría invadió mi corazón. En la orilla me quité el sombrero y poniéndome de rodillas alcé el vino y el sacrificio y eché una parte sobre sus aguas, y otra parte a la montaña diciendo “Achachila, danos lluvia, danos vida”. Le imploraba con tanto sentimiento que mis ojos se mojaron. En los bordes de la laguna brotaba verde y abundante el llachu. Me agaché con veneración para acariciarlas, luego tomé un manojo aquí y otro allá para arrancarlas con sagrado respeto, sabiendo que el llachu eran

las barbas, las pestañas y los cabellos del Abuelo. Cuando había hecho un atado lo puse en el aguayo y lo apreté a mi pecho.

Regresé a Salla cuando el sol se hizo alto. Sentí algo de temor al ver al allchi recostado, ¿dormido o tal vez muerto?, a un costado de la piedra donde habíamos encendido la ofrenda. Cuando abrió los ojos lo recriminé; podrías haberte muerto, le dije. Fíjate, el sol ha caminado bastante. El enano miró el cielo, alarmado. Llegaremos con las justas, me dijo.

Cuando el sol ha pasado un poquito el centro del cielo, nos hemos ocultado detrás de los cheros en Tangane. Como es de suponer, nosotros lo vemos todo. Empezando por lo más abajo, sobre el promontorio los techos del pueblo, el templo de espaldas y la torre con su campana dormida, hay gente apurada en el camino que pasa por un costado de los eucaliptos que lo separan del cementerio; el camino se dobla al pie de Tangane con dirección a Istañani. Han levantado dos arcos con alisos, raquirakis y flores rojas de clavel. Uno a la altura del cementerio y otro al pie de Tangane. En un momento cuando creo que sigo mirando a las catogeres que se juntan en el arco de Tangane, se oyen voces y algarabías. ¡Allchi! ¡Allchi!, dicen, y enseguida ¡Achachila!, ¡Achachila! Es que ya nos han visto. Nosotros pensábamos que estábamos ocultos, pero no ha servido de gran cosa. Además, si uno levanta los ojos no hay forma de negar que ha llegado la hora.

Entonces nos dejamos ver. Hay un griterío. Manos que levantan en lo alto sus sombreros nos saludan. Los ojos del enano Hermógenes brillan de alegría. Mientras avanzo envuelto por el griterío, siento de verdad que me voy volviendo el Achachila, la gran montaña, temido y adorado desde las lejanías; honrado para que haya lluvia en el año y las sementeras puedan humedecerse y madurar el fruto de la tierra, ¿qué puede haber sin agua?, ni esa poca agua que corre por el acueducto.

¿Qué puede haber sino nada?

Veo la bijuala blanca ondear en el aire caliente del mediodía, la algarabía de las cantoras que visten sus colores nuevos atraviesa el arco de alisos.

Cuando me acerco al arco levanto mi mano derecha para mostrar el ramo de llachu. La agito con energía para llamar a la nube

que acaba de aparecer en lo alto de Caparaja. La gente me rodea. ¡Achachila! ¡Achachila! Oigo con fuerza sus voces y siento de verdad que soy el Achachila, porque vengo de la cumbre, su aliento que habla, su espíritu que anda, entre los hombres y las mujeres y traigo en las manos el llachu que es como el cuerpo del agua que moja los pies del Comaile. El llachu es la prueba de que el Comaile está aquí en el Arco de alisos.

El hermano don Santos viene hacia mí para entregarme la bijuala roja, la que solo puede portar el Achachila. Se ha quitado el sombrero para darme el primer abrazo. Sus cabellos son blancos y muy ralos, sus labios balbucean con humildad palabras que apenas oigo. El hermano don Santos se ha inclinado ante mí como yo había hecho ante la gran montaña en la orilla de Salla. A un costado, detrás de las catogeres veo la bijuala blanca y quieta arriba de un mástil que sostiene el Gobernador del Agua. Seguro que no querrá acercarse, aunque él sabe que la bijuala que él sostiene deberá estar junto con la que acaba de entregarme el hermano don Santos. En cambio, los demás, sean hombres o mujeres, se abren paso para llegar a mi lado. Para mí bastaba que la gente me abrazara, y no como un hombre cualquiera, sino al mismo Achachila. Cuando estoy a punto de atravesar el arco siento un cuerpo que me corta el paso. Casi rozando con su puño el nudo del aguayo amarrado a mi pecho, veo al Gobernador del Agua. No se saca el sombrero ni se molesta un poquito para darme la buena hora. Ni siquiera me ha mirado. No importa, digo. Me pongo detrás suyo para que las bijualas vayan juntas. Cuando levanto los ojos al cielo, le doy la razón al Gobernador del Agua. No veo ninguna nube, no lloverá. La nube que había visto hacía un rato encima de Caparaja se ha ido. Después de todo ya tengo pensado irme a cualquier sitio, menos a Moho, y no porque no quiera a mi pueblo, sino porque mi raza es de los que no regresan al lugar de donde salieron. Apenas pueda se lo diré a Martina, “creo que mejor es que vayas a la casa y anda haciendo los atados, si no llueve hoy mañana mismo nos iremos”. Pero viene otro sombrero en mano y con los brazos extendidos y el mismo gozo que recorre su sangre. “En buena hora”, dice, y se queda a un lado como si lo hubieran destinado a guardar mis pasos o la integridad del aguayo que llevo en la espalda. Viene una mujer para darme el abrazo pero no se atreve a mirarme a los ojos, balbucea las mismas palabras aunque por ser mujer por poco

rompe a llorar, “que tengamos bastante lluvia, Achachila”, dice, “que este año sea bueno para nuestros campos de maíz, taita”, en su menuda y temblorosa mano veo un puñado de hojas de coca que recibo con alegría, gracias digo, como si eso fuera un pago por la esperanza que ha depositado en sus palabras. Las mujeres son las que conmueven más, abrazan sin atreverse a mirar a los ojos de uno, sus palabras parecen lastimeras, de ruego, empuñan hojas de coca como pago por el favor que recibirán cuando el cielo se llene de nubes y se rompan en relámpagos y truenos.

Entre las mujeres viene Martina jalando de la mano a nuestro chamaco; me abraza igual que las demás, aunque he visto sus ojos brillar de orgullo, me aguanto las ganas de decirle lo que llevo pensado y la aprieto a mi pecho un poco más, pero no le digo nada de irnos si es que no llueve, más bien se me entreveran las palabras cuando siento el olor de sus trenzas de solo pensar, porque mañana, Martina, pueda ser que estemos en el camino, a un pueblo que no conocemos. Cuando abrazo a mi chamaco, lo levanto bien alto como si fuera el llachu del Comaile y al encontrarme con sus ojitos felices me hago a un lado para que no me vea llorar.

Después del convite en Istañani he quedado como el cóndor que se ha comido una alpaca entera. Cómo iba a negarle el asado de alpaca a doña Roberta Siles junto con su papa huayro y ese ají de huacatay que destapa el apetito; cómo decirle no a la comadre Matilde Condori que viene con su platito caliente de chicharrón y mote; cómo cerrar los ojos a ese costillar sabroso acompañado con su copa de vino que me ofrece con tanto cariño doña Rupertina Chupaca, a todas recibo y agradezco, y cuando ya no puedo comer los junto en una bolsa, menos la carne que tengo que comerla despacio sin malograr los huesos, le saco la última fibra de carne hasta que el hueso queda blanco, porque después, cuando termine el convite, hay que armar el esqueleto de los llamos y ponerlos bajo la tierra para que sigan su viaje al Alajpacha.

Hace rato el charango se ha puesto en guardia. ¡Agua! ¡Agua! Tengo que agitar la bijuala y mover los pies por delante, no importa si el regreso al pueblo empiece por la subida de Istañani. Me adelanta solamente el Gobernador del Agua que lleva la bijuala blanca. En el Arco de Tangane esperan las catogeres, para hacer el primer pase de coca y clavel mezclado con pétalos de geranio. Mientras hierve el

charango animando los pies en la tierra, las mujeres cantan Rosa rosa, la canción del agua. Se callan de pronto en el Arco del Cementerio. Se han quitado el sombrero y sus miradas han caído sobre las cruces de los muertos. Empiezan a llamar a los ausentes, pero tan luego que pronuncian sus nombres dirigen la mirada a las montañas como si los muertos ya estuvieran morando allí, en cada cerro y en cada nevado.

Pero enseguida soy yo el que siente esas miradas, como si hallaran en mi presencia al muerto y a las montañas juntas, en medio de ellos, con ellos. Me han mirado como a un muerto y al mismo tiempo han visto en mi cara a la montaña que les da la vida. ¡Agua! ¡Agua!, me piden, y las catogeres vuelven a cantar la Rosa rosa con más entusiasmo.

Al pasar por el atrio de la iglesia me he sentido como otro templo; no como un hombre ni como un espíritu, sino como la montaña. Oigo la campana, su tañido de regocijo, quizá también unas esquilas que penden del cuello de la llama fantasma. Antes que yo, el viento ha pasado por las calles del pueblo.

—Lloverá más tarde—, se alegra el enano Hermógenes.

Es que ha visto una nube nueva arriba del Caparaja que esta vez el viento la va empujando hacia el cielo del pueblo.

—Sí, lloverá—, dice el hermano don Santos, la cabeza descubierta, poco más tarde cuando la nube se ha puesto encima de la torre de la iglesia.

El charanguista y las catogeres también han levantado la cabeza, dicen que no tardará en llover, a pesar de que la nube se ha alejado de la torre y el viento la va arrimando hacia Paramarca.

El enano Hermógenes se ha quedado triste y el hermano don Santos se anuda los cabellos blancos. Agito el llachu para hacer que regrese la nube, y la nube no solo no se ha detenido, sino que se ha ido al otro lado de Paramarca. Que se vaya al infierno, digo. Ya no me importa que llueva, mañana mismo tomaré a Martina y a mi chamaco y nos iremos valle abajo o quizás de vuelta a Moho. Para colmo he visto al Gobernador del Agua, que no gobierna nada, contento porque la nube se ha ido del pueblo. Sin darme cuenta he apretado el llachu contra mi pecho, para guardarla en mi corazón.

Otra vez me muevo sobre la tierra. De todas formas hay que cumplir en la Casa del Agua. Me dejo llevar por la música y el baile. Si ya no llueve será la despedida. Me da cosa de llamarla a Martina, pedirle que vaya haciendo los atados en mi casa, pero ella se ha entreverado con las catogeres y es su voz la que mejor conozco en la Rosa rosa. Por allí cerca está nuestro chamaco, de verlo nada más me entra un sentimiento.

Estoy bailando con Rupertina Machaca, que es la prima de Martina. Mientras voy pensando que me llevaré a su prima y a su sobrino, cosa que debí haber hecho hace taitantos años, ella dice que le duelen los pies, pero que debe seguir bailando hasta que ya no le duela. Veo al enano Hermógenes que se ha dado a bailar con Matilde Condori. Le ha agarrado ambas manos para acercarla a su cuerpo, la aparta después de haberle olido la cintura y otra vez la acerca. El enano goza. Después de todo el enano es lugareño del pueblo. Y llueva o no mañana dormiré aquí mismo.

No pasa mucho tiempo cuando oigo la algarabía en el patio de la Casa del Agua. La mujer que está bailando conmigo sale corriendo. Enseguida vuelve.

—Está lloviendo, Achachila—, dice.

Yo también he escuchado las gotitas que repicaron en el techo de calamina. Solo un rato. Nadie esperaba una fuerte lluvia ni que mojara los campos ni enlodara los caminos. Nadie esperaba relámpagos ni truenos. Ha llovido hoy día que no le tocaba llover.

He depositado el llachu en el altar del agua, al pie del tronco de eucalipto he puesto el aguayo. También el allchi ha puesto su aguayo. Humillado en su orgullo el Gobernador del Agua entrega la bijuala blanca y la coloca junto a la otra. Hace apenas un rato no había dejado de buscarme la mirada para hacerme saber que yo había fracasado. Ahora que ha llovido a él le toca esconder los ojos.

Ha llovido. La montaña ha enviado agua. Poquita agua que será mucha dentro de un mes. Debe ser la misma agüita que toqué con mis dedos en la laguna de Cano, fría y purita agua de la montaña.

Le había hablado:

—Agüita pura de Comaile, esta misma tarde estarás conmigo en el pueblo.

—Estás llorando, Achachila—, me despertó la mujer que bailaba conmigo.

—No estoy llorando —respondí—, ha llovido.

No querían dejarme solo las catogeres.

—Te cuidaremos hasta que regreses al Alajpacha.

Dormitaban a mi lado por turno, un ratito cada una. No podían quedarse dormidas del todo. Las que no dormitaban bailaban y cantaban. El charanguista no tenía reemplazo y dormitaba sin dejar de tocar.

A la noche siguiente otras catogeres retozaban a mi lado. Me di cuenta porque tenían la voz fresca y movían los pies como si recién empezara el día. Yo, en cambio, estaba cansado. Por más esfuerzo que hacía para tener los ojos abiertos, se me cerraban. Por más que quisiera mantener el cuerpo levantado, la cintura se me quebraba. Cuando me sentaba y los ojos se me cerraban, unas manos me volvían a la luz del día.

—¡Achachila!, ¡Achachila! Tú que cuidas al pueblo y vives en la eternidad...

Me hacían recordar que era la montaña. Yo mismo me resondraba. Cómo pues te cansas si eres piedra, si eres tierra, si eres árbol, si eres agua...

A la hora de entregar la bijuala, también devuelvo el poncho y el chullo. El hermano don Santos estaba con la cabeza descubierta para coger en sus manos cada cosa que yo le iba entregando. En un mantel de algodón blanco, igualita a la que había llevado a Salla, amarró las hojitas de coca recogidas en los arcos. El hermano don Santos los fue tomando con tanto cuidado como si quisiera evitar le cayera un relámpago. *Todo justo tiene que ser*, le escuché otra vez. Justo en su sitio, justo en su tiempo.

Sin el poncho, sin el chullo, sin la bijuala ¿qué era yo?

Nada. No era nadie.

Cuando el hermano don Santos prendió fuego a la ofrenda de despedida detrás de la Casa del Agua que mira hacia la quebrada Mucho, sentí que algo mío ardía en ese fuego. Una lengua tibia pasó por mi cara. Las catogeres habían desaparecido de mi lado. Yo estaba

solo y no tenía sueño. Estaba amaneciendo. Al fondo, muy arriba, veía al abuelo Comaile.

*Dame tu licencia, Achachila, para bajar al pueblo.*

Le había hablado la otra noche.

Me encontraba solo. Mi mujer y nuestro chamaco se habían ido a dormir. Yo quería que estuviesen conmigo para decirles que ya no me sentía el forastero que vino de Moho.

## Clavelinas huayta

Tras un corto recorrido la carroza se desvía de ruta para evitar los numerosos huecos que han dejado los funerales de los últimos años. Elvia respira con un alivio imprevisto, levanta la mirada y se encuentra de golpe con el paisaje de su infancia.

Un muro de sillar rodea la colina verde en medio del cual asoma el tejado amusgado del establo. Por el flanco derecho se alinean las terrazas de alfalfa que perfilan el camino que lleva a las casas de Cerro Colorado.

Elvia abre su bolso y extrae el pañuelo con que retira el vaho de la ventana y observa el establo sobre la colina. Siente los pálpitos de su corazón al ver a la señora Olinda que, alarmada por el insólito espectáculo de la caravana fúnebre, deja caer el recipiente y yergue el busto cubierto de impecable delantal, se lleva la mano como visera, otea incrédula el horizonte y termina trazando la señal del crucificado. Las vacas dejan de rumiarse alertadas por el paso del cortejo.

“Aquí veníamos en las tardes”, dice Elvia, “eran tardes pálidas en que yo retozaba asida de tu mano. ¿Recuerdas? Como si fuera ayer. Querías convencerme que mamá había emprendido un largo viaje, que tardaría en volver, un año o dos, quien sabe, y te volvías repentinamente a mirar el volcán. ¿Dirás ahora que has partido para traer a mamá?”

—¡Por Dios! —reniega el chofer de la carroza, dándose un golpe en la frente—, estamos rodeando la colina Bustamante.

El ayudante de chofer abre la ventana y comprueba esa larga y sinuosa hilera de carros del cortejo fúnebre que los sigue.

“Siempre fuiste obediente”, murmura Elvia, mientras contempla la carroza que trastabilla bajo el peso de los arreglos florales. Está segura de que no es solo coincidencia porque acuden a su memoria todas las veces que ha ocurrido. “Te pedí que esperaras

mi retorno de Madre de Dios”, dice, “y no solo te habías repuesto en uci durante mi ausencia, sino que te habían bajado al primer piso del hospital y días después regresaste a casa. En una silla de ruedas, es cierto, pero volviste. Y ahora mismo parece leer mi pensamiento, ojalá no llegemos nunca al Parque de la Esperanza”.

El establo y la colina quedan atrás y los ojos de Elvia vuelven a humedecerse cuando aparece la columna de cipreses y el pórtico del Parque de la Esperanza. A ambos lados de la pista de ingreso se extiende una alfombra verde inundada de flores que sobresalen del césped donde personas vestidas de negro deambulan pensativas bajo el sol de la tarde. Un viento suave hace inclinar los cipreses del lado este.

La carroza se detiene en el atrio de la capilla. Elvia sigue los pasos de los hombres de negro que trasladan el féretro hacia el altar para el ritual de rigor. Es una ceremonia breve. Tras pronunciar una plegaria el sacerdote se dirige al ataúd: “has partido al encuentro del Creador, sin nada en las manos, desnudo como has venido al mundo”. Abre los brazos con la mirada puesta en el cielo e implora al Creador que perdone los pecados del difunto y acoja su alma. Después el hombre de Dios se pone a la cabeza del cortejo y se moja los zapatos en el césped salpicado de rocío. El trayecto es corto. A un lado del toldo verde la fosa aguarda a su nuevo inquilino.

—Cristo fue crucificado para salvarnos de la muerte— dice durante el responso.

El sacerdote camina con lentitud como si no quisiera dirigirse a ninguna parte. No solo él, todos quisieran que el tiempo se congelase por un momento. Un tipo se gafas oscuras se acerca al micrófono. La mano le tiembla y sus palabras son inseguras. Dice: “Qué difícil es despedir a un querido maestro y amigo, y más triste todavía despedirlo lejos de su pueblo”. Dice, ahora mismo estoy oyendo los dobles de campana bajo el cielo azul del pueblo. Le llamábamos simplemente Juan Patuco”. Dice, Juan Patuco era músico, dominaba la mandolina como pocos lo habían logrado, hacía hablar la flauta, y no se diga de la armónica, oírlo nomás era una fiesta. Dice, fue mi maestro en la escuela, por él sabía leer y escribir, y no solo fue un maestro sino un gran amigo y lo siguió siendo después de la escuela, Juan Patuco nunca dejó de enseñar y cuando enseñaba jamás dejó de ser amigo. El hombre se deja vencer por la emoción y calla repentinamente, se pasa el pañuelo por debajo de las gafas, y

cuando se anima dice que es una gran pena que en ese momento no estuvieran en Pumanchy. El hombre mira en la dirección donde se encuentran las hijas del maestro, esperando un gesto que afirme su deseo. Como no percibe una señal, posiblemente porque ellas no han prestado atención a su discurso, el hombre lanza un par de hurras que es coreado por un grupo de personas. Enseguida se sobrepone el silencio.

Es la eternidad de un minuto. Elvia avanza unos pasos y se inclina para depositar un par de clavelinas sobre el féretro, y musita algo. Cuesta decirle adiós. Aunque varios años de haberlo visto pasar temporadas en el hospital le habían acostumbrado de a pocos a la idea del fin, es distinto a la hora de enfrentar la verdad.

Cierra los ojos cuando el ataúd desciende a la fosa. Hubiera querido taparse los oídos para no sentir el insoportable crujido que produce la caída de tierra sobre la madera, devorándolo, o mejor aún, devolviéndolo a su origen.

Sobreponiéndose al ruido de la tierra derramada y al murmullo que lo rodea, se oye la voz acongojada de una mujer que despide a Juan Patuco con una canción en quechua. “*Maitan jamuranqui huañunapaj/ huajchachu karanqui, urpicha jina manay wasichayuj*” (¿Dónde has venido a quedarte? / ¿Acaso eras huérfano, igual que un pajarillo sin nido?). Es una mujer que ha venido seguramente de Pumanchy, sabe Dios cuándo ni cómo. Sus trenzas son gruesas y la pollera fucsia: sus ojos son dos lagunas de tristeza y su boca un manantial de recuerdos. “¿Quién es?”, se pregunta Elvia.

Después del sepelio intenta buscarla, sus pasos dudan hasta la proximidad del césped de donde lanza una mirada en elipse. Aquella mujer se ha hecho humo.

A esa misma hora los dobles de bronce continúan batiendo el cielo de Pumanchy. Desde que alguien dijo, “Juan Patuco está cabalgando por un camino sin retorno”, la gente deambula sin haberse convencido. Piensan que algunos hombres no pueden morir. Y ese alguno es Juan Patuco. Piensan que los están engañando. Otros que no lo querían tanto se preguntan, ¿cómo? ¿recién? Y piensan que los están engañando también. Estos son dos o tres. Pero cualquiera sea la verdad, nadie ha puesto en duda que el lamento de las campanas cuyos ecos repiten los cerros y los hacen retumbar en pueblos

alejados parecen confirmar lo que ha anunciado Oreste, el hijo de Juan Patuco. “Su espíritu está aquí, ha regresado a nuestra casa, a su pueblo; podemos verlo en el vuelo del halcón, está en el aire fresco que mueve las retamas”. Están de acuerdo, los que creen que ha muerto y los que piensan que no, pero que ya no volverá.

El cortejo atraviesa el pasacalle del solar. La cabeza descubierta y a pasitos cortos, llevan en hombros al difunto ausente en una angarilla de chachacomo, orillado de gladiolos blancos y clavelinas huayta. Cuando pasan por la torre los dobles de bronce caen sobre ellos como lluvia de retamas.

En la travesía del barrio Champine se les unen las quenas de Braulio Luna y Narciso Nina, cuyas melodías sobrecogen aún más el lento paso de los cargadores y el lamento de las mujeres que se desbordan en *ayataquis*. Agudas y prolongadas esas melodías parecen atraer el viento de las tierras bravas de altura, el espanto de los caballos cerreros o la belleza inalcanzable de las vicuñas. Alguien que recuerda a Juan Patuco por esas alturas gobernando la mandolina tararea a la oreja del quenista, *clavelinas huayta*, Narciso, tócale esa canción que hacía llorar a la mandolina.

La puerta del camposanto cede paso con gran estrépito de óxido al río de cánticos. El cortejo avanza entre tejas rotas y cruces de madera arruinadas por el tiempo y las gramíneas secas. Es una visita a la familia. “Tarde o temprano aquí hemos de llegar”, piensa Oreste, “y aquí nos quedaremos”. Habían preparado una fosa de poca hondura al lado de los padres de Juan Patuco, Juan Crisóstomo se fue del mundo a los cuarentaitantos y Presentación Mercedes cerró los ojos a los cientoipico. Por el lado opuesto los maderos en cruz señalan a los hermanos Miguel Grimaldo y Benigno Benjamín que habían retornado, los pies por delante, uno del Cusco y el otro de Abancay. Ahora han venido cargando a Juan Patuco. Dejan reposar la angarilla a un costado de la fosa sobre una alfombra de retamas, gladiolos y clavelinas huayta. Claudio, el sobreviviente cuyo cuello escapó al machete de los senderos que visitaron el pueblo una noche de luna menguante, se encarga de los arreglos finales. Alisa con ambas manos el terno del difunto, las solapas del saco enmarcan la camisa blanca de cuello duro y corbata negra, sobre la cara ausente se inclina el sombrero sampedrano, a los pies las botas de montar, y para completar los atuendos del viajero extiende por el hombro el poncho

de vicuña. El machete a un costado si acaso hará falta abrirse paso en los queñales de Coropuna. Cigarros Inca que le gustaban tanto, un cuarto de cañazo para el frío eterno. Otra manta de flores cubre el traje del ausente. La mujer de Narciso Nina se acuerda: puñado de coca para que no sufra su espíritu. La tierra vuelve a su lugar dejando una montura en cuyo extremo han plantado una cruz.

—Apu Coropuna, descánsalo en tu aposento— ruega Narciso.

Ese era el final que soñaba Juan Patuco, recuerda Elvia, reposar al lado de papá y mamá y de los hermanos, como antes, cuando eran niños y nadie pensaba que las cosas se acababan y la vida tenía un fin. “Llévame a Pumanchy”, hija, había implorado meses atrás cuando sintió un ligero alivio, “allá quiero morir. Ahora que me siento mejor podría viajar. Quisiera reunirme con mis padres. De Abancay nos llevaremos a tu mamá, ella me está esperando desde hace veinte años”. Elvia estuvo de acuerdo y dijo que pronto viajarían, “apenas te mejores un poco más te llevaré”. Aunque bien sabía que la próxima vez donde lo llevaría con seguridad sería nuevamente al hospital. ¿De qué sería esta vez? No había modo de saberlo. Juan Patuco se había vuelto caserito del hospital, médicos y enfermeras lo reconocían al momento y le brindaban su afecto, “estarás bien, estarás bien”. La primera vez fue por una fractura de brazo tras una caída en el patio de la casa, que no cicatrizó y a causa de ello llevaba un cabestrillo para sostenerlo. Poco después regresó por la próstata, a tiempo menos mal. La última semana estuvo en cuidados intensivos a causa de una hemorragia que le vino a la hora del desayuno. Eran úlceras al esófago. De paso descubrieron que tenía cirrosis en el hígado. El vientre se llenaba de líquido, los riñones drenaban con lentitud, “podría sobrevenirle un infarto en cualquier momento”, dijo el médico. Era el mediodía del jueves. Cuando Elvia preguntó si podría ver a su padre a las cinco de la tarde, el médico respondió: “sólo Dios sabe”. Le había pronosticado un par de horas de vida, en el mejor de los casos llegaría hasta la puesta del sol. Había recomendado llamar a un sacerdote. “Cuando la ciencia no puede hacer nada por su cuerpo, hagan algo por su alma”. Elvia escuchó con resignación el consejo del médico, aunque en lo más íntimo de sí imploraba la voluntad del todopoderoso. Estaba en las últimas con sondas que entraban a su cuerpo, tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. A un costado de su cama un monitor marcaba su ritmo cardiaco.

—Fuerza, Juan Patuco—le susurraba Elvia al oído, conteniendo la emoción.

Juan Patuco abría los ojos con tal esfuerzo que enseguida volvía a cerrarlos.

Poco después Elvia llamó al padre Josué Mendiola.

El viernes por la tarde, mientras atravesaba el puente del río Tunabamba, Oreste sintió el aire infestado por el zorrino, anuncio inequívoco de que el fin de Juan Patuco estaba cada vez cerca. Arrojó un par de piedras pretendiendo alejar el mal augurio de la bestia. Por toda respuesta una nueva inyección de pestilencia inundó el aire. “Será tu destino”, pensó con amargura y se puso sentimental. El ojo izquierdo cuya luz se la habían quitado a puntapiés los abigeos de Qucchapata en una trifulca por asunto de linderos, empezó a llorar.

No le habían llamado por teléfono, pero podría ocurrir en cualquier momento. Para estar en el tiempo preciso le había dado una propina a la hija de Ensislao, el tendero que custodiaba el único teléfono de Pumanchy. Que le avisara el mensaje no importa a la hora que fuese y donde sea que estuviere. Quizá ya no faltaba nada. La vieja Semiramez se quejaba del maíz desgranado que se alzaba en remolinos de viento. Mariposas gigantes sobrevolaban en el barro podrido del patio. Las moscas azules surcaban el cielo del solar como aviones a chorro. La Opa vio en el patio de la casa al desaparecido mauk'acaballo descargar un cargamento de ponchos negros. La Opa que ya no oía el batir de las campanas juraba haber escuchado el mugido de un toro en el cobertizo del tejado. Un aire cargado con aroma de rosas hacía inclinar los eucaliptos del solar.

Elvia se fijaba en los telegramas que enviaba Oreste. Noticias de la tierra, del agua, de los animales. La naturaleza no se equivocaba nunca cuando hablaba del destino. “Si supieras, Juan Patuco, Palca procrea gusanos que se comen las papas de tus enemigos. Los Aroni querían tomar chicha en tu cráneo, recogerán con sus manos el agua del río Palca. Los Ancco andan ya por las raíces del chachacomo, arreando hormigas hacia potrereros de agua, temidos abigeos en el mundo de los muertos”.

Hasta los honorables del pueblo se habían empeñado en jugarse el destino. Víctor Ávila partió una madrugada de junio el año pasado. Cinco meses después Hover Ávila ensilló su potro castaño

una noche de estrellas. El viejo Ensislao lo vio galopar por el manantial de Chanta, jinete de poncho terciado y machete al cinto, camino del Coropuna. Iba solo, contra su costumbre, lamentando que su mujer no siguiera a su caballo. ¿Quería darle alcance a Víctor Ávila? Octavio Castillo siguió la inspiración de su bastón al finalizar carnavales. En un solo año los principales de Pumanchy se habían convertido en fantasmas.

Lo peor podría ocurrir cuando ella no estuviera al lado de Juan Patuco. Después de permanecer en vigilia al pie de su lecho, en el hospital, atenta a su menor movimiento, regresaba a casa, tomaba una ducha tibia, bebía un café cargado en la clavelina. Era una taza de color marfil, dentada por el borde, en el vientre ligeramente elevado tenía una flor de clavel morado con sus hojas y el tallo verde pálido. Era de las últimas que quedaban en el aparador, tras cincuenta años de haber recorrido mundo desde que Juan Patuco lo viera por primera vez en una vitrina. Su flor favorita estampada en cada plato grande y pequeña, en la superficie de las tasas. No lo pensó dos veces y pidió al japonés que empacara el juego completo de lozas inglesas. Embalado en cajas de madera habían recorrido gran parte del camino a lomo de mulas sin sufrir estragos hasta su destino en Pumanchy. No solo era parte del ajuar de comedor de Julia, esa clavelina encerrada en la loza además de expresar el amor de Juan Patuco, era el testimonio vivo de una familia que reunía a sus hijos en diciembre. Julia desplegaba sobre la mesa el juego de clavelinas con lo mejor de su arte culinario durante las vacaciones como una muestra de celebración permanente.

El último lunes, mientras sorbía café, se distrajo en los retratos colgados de la pared. Ya era el marco donde estaban papá y mamá, todavía en la edad de la primavera. Ya el otro donde mamá posaba sus manos en los hombros de sus hijas mayores. Cada recuerdo arrancaba un suspiro. Pero había uno, el que estaba al medio, en un marco grande, a colores, donde Julia y Juan Patuco sobre sus cabalgaduras vadeaban el río Kujchi. Julia iba en el blanco y Juan Patuco la seguía en el tordillo, atrás iba el manso de la tropa con las alforjas en las costillas. Cortado por las lágrimas de Elvia esa foto cobraba vida. La corriente de agua golpeaba el paso de los caballos. ¿De dónde venían?, ¿a dónde iban? Ya no era tan fácil decir que iban de Pumanchy a la hacienda Yurac Rumi, sino algo más que

andar sobre la tierra, esos caballos iban del día a la noche, marchaban desde el instante en que los jinetes se conocieron hasta el día en que quizá volverían a encontrarse.

Venían de Huancaray, pensó Elvia, recordando la primera vez que Juan Patuco murió. “Recién te habías casado y ninguno de tus hijos habíamos nacido”.

“Quizá deban avisar al campanero”. Esa es la noticia que llegó de Huancaray, el pueblo donde asistía como preceptor de escuela. Por causa de un extraño mal se encontraba postrado en cama. “Había preguntado por su esposa y por sus hermanos y enseguida perdió el habla”. Dijeron que tenía los ojos cerrados, el semblante pálido, que no respiraba bien. Viéndole en ese estado las mujeres se habían reunido para cantarle *ayataqui*, el dulce lamento de despedida.

En Pumanchy se habían movilizado de inmediato. Julia, Miguel Grimaldo, el mayor de Juan Patuco, y un guía se pusieron en camino. Aparte de los caballos en que iban los jinetes, trotaba tras ellos una mula castaña aparejada con ajuar negro por un caso había que regresar a casa con Juan Patuco. Habían partido al amanecer y por la tarde de ese mismo día atravesaron las estrechas calles de Huancaray como fantasmas de un pueblo deshabitado.

Un curandero indio acabado de llegar de la cordillera trataba de animar al enfermo. “Es la última esperanza”, hizo saber con trémula voz. Los anteriores curanderos habían hecho lo imposible. “Un rayito de luz queda, mamá”, volvió a decir el curandero indio, “podría ser que la sangre de un cordero negro le devuelva la vida”.

Algunos voluntarios habían partido a las estancias más alejadas en busca de un cordero negro. Había que hacer cualquier cosa por imposible que parezca para salvar la vida al maestro del pueblo. Para ayudarlos en su travesía, el curandero indio invocó a los dioses de la montaña ofreciendo un *alcanzo* de licor e incienso.

Aguardaban impacientes cruzando los dedos y apretando los dientes en una angustiada lucha contra el tiempo sabiendo que cada minuto, cada segundo, que pasaba podía ser el último. Hacia el amanecer se había desvanecido toda esperanza y el rostro sereno del curandero indio se turbó ante la ausencia de gestos del enfermo. El campanero aguardaba una señal para echar al viento los dobles de

despedida. Fue entonces, cuando el sol asomó sobre los cerros, que llegó un emisario llevando un pequeño recipiente conteniendo la sangre de un cordero negro. Ya no llevaba al animal. Dijo que había preferido cortarle el cuello para aligerar el camino. “No hay tiempo que perder”, dijo el curandero indio y acercándose al moribundo roció la sangre en sus labios. “Si a las doce del día no da señales de vida, entonces será almita, y si acaso mueve la cabeza vivirá muchos años”.

Poco después Juan Patuco regurgitó una mancha de caldo gris y al cabo inclinó la cabeza pesadamente sobre la almohada. Dijeron entonces que había muerto.

*En sueños empecé a caminar; dejé sucesivamente la cama, la casa y el pueblo y caminé sin prisa con mi ponchito de vicuña terciado al hombro, como si fuera de viaje a un pueblo vecino. Hacía un día muy claro, con una luz blanca, como si fuera el medio día, pero sin ese calor que quema el cuerpo. Caminaba sin fatiga por la quebrada de Jauro. Durante un rato fui orillando el escaso caudal de agua, crucé el puente y andando por la otra banda, me alejé del río. Al voltear una pequeña loma, me di cuenta que venía, en sentido contrario, un hombre acompañado de un animal que pensé era su perro. Al acercarnos un poco más lo reconocí. Ese hombre era el Varayoc del pueblo de Huancaray y con una sogá delgada jalaba del cuello un cordero negro.*

*—Es para ti—me dijo el Varayoc—, llévalo tú mismo, regresa al pueblo.*

*Y tomando la cuerda con que sujetaba al cordero negro, di media vuelta y empecé a desandar el Jauro hacia el pueblo de Huancaray.*

El sol había llegado al centro del cielo cuando Juan Patuco movió la cabeza y soltó un fatigado ¡Ahhhh!, casi inaudible.

Era la señal que habían estado esperando. El corazón de Julia se iluminó de alegría.

El moribundo demoró en reponerse, le dieron de beber una infusión de yerbas y poco después se mostró con gratitud. Su habitación estaba llena de gente, los niños que no querían perder a su

maestro tenían los ojitos llenos de lágrimas; los padres se mostraban profundamente tristes. Como estaban seguros de que iba a morir habían colocado el Altacruz y el ajuar funerario junto a su cama.

“Eso fue antes de llegar al río Kujchi”, pensó Elvia. Se llevó a la boca pequeños sorbos de café ya tibio. A partir de la otra orilla el camino se acentuaba con el ichu y la queuña, desaparecía en una pequeña quebrada y volvía a salir al frío de Sajuarapampa donde los monolitos de piedra sobresalían por encima de las matas de ichu, mudos guardianes de los muertos. Esos monolitos colocados a la cabecera de los enterrados custodiaban la eternidad de su sueño. Juan Patuco y Julia se habían detenido ante los monolitos de Faustino y Pascual, invocando sus nombres, y posando las manos con afecto sobre la memoria de los amigos. Después volvieron a picar sus cabalgaduras. Antes que empezara la lluvia y los relámpagos incendiaran el cielo. Ya faltaba poco para llegar a su destino a pesar de la oscuridad. Llegar a Yurac Rumi al paso del Tordillo y el Blanco era volver a la sangre.

Cuando Oreste vio correr a la hija de Ensislao pensó que había llegado la hora. Era viernes y el sol acababa de salir. Oreste volvía de su establo de Chayñahuire a donde había madrugado para ver sus animales, nada más por el deseo de verlos, y quizá distraer esa conmoción de su alma que le espantaba el sueño en las últimas noches.

Ahora estaba de regreso cuando escuchó a la hija de Ensislao.

—Te llaman de Arequipa.

Entonces le temblaron las rodillas y el ojo que no miraba empezó a llorar. Caminó a la tienda de Ensislao con el rostro ya desencajado. Cuando se puso el auricular a la oreja, no escuchó una voz. Escuchó un llanto. Del otro lado del teléfono quería hacerse entender que era Elvia.

“¿De dónde era su papacito?”, preguntó la enfermera en el hospital, junto al cuerpo todavía caliente de Juan Patuco, después que el doctor ensombrecido por la evidencia de otra vida perdida se volvió hacia Elvia, “ya está en paz”. Apenas unos segundos atrás Juan Patuco había hecho un esfuerzo para mirar a su hija. Esa sería su última mirada. Elvia se había aferrado a sus manos para evitar que la tibieza de su sangre terminara por congelarse en sus venas; se

aferraba tanto como hacía de niña camino al establo en la campiña. “Así está mejor, dijo la enfermera, es preferible la muerte al sufrimiento. Ahora está tranquilo como las aguas de aquella laguna que mencionaba en sus canciones, ¿de dónde me dijo que era?”. “A Juan Patuco le gustaba decir soy hijo del Señor que Habla”, respondió Elvia. “Ahora entiendo, recordó la enfermera, se daba ánimo cantando en quechua canciones tristes. Cuando estaba en uci los doctores habían asegurado que no duraría dos horas, quizá hasta la puesta del sol, pero las tristezas que cantaba no solo le ayudaron a vencer el crepúsculo de ese día sino atravesar esa noche y las siguientes; cerraba sus cansados ojitos a la salida del sol. Yo entiendo algo de quechua, lloró la enfermera, *ya me estoy yendo, dónde están tus ojos que me miraban tanto, dónde tus labios que decían quererme*, me contagiaban... “La enfermera se secó los ojos.

Clavelinas huayta, pide Elvia a la florista, solamente clavelinas, por favor. La florista hace un ramillete con las clavelinas rojas y azules que la señorita Elvia coge con ambas manos, se la lleva a la nariz y absorbe su aroma, inclina ligeramente la cabeza y cierra los ojos para sentir los pétalos frescos. Tras unos pasos una mano extiende un cono de vainilla, siempre vainilla. Son las doce del día y el sol se desploma sobre la explanada verde del Parque de la Esperanza. Uno que otro sufriente acomoda rosas y nomeolvides a su ser querido. La cuidanta recorre el césped rastrillo en mano en busca de flores marchitas; y el toldo verde, en cualquier lugar de la explanada, aguarda un nuevo inquilino.

Elvia retira las clavelinas del día anterior, las besa antes de cortarles el tallo, humedece los dedos en el agua del recipiente, luego desliza la escobilla sobre la loza y dibuja alrededor un collar con los pétalos de las clavelinas antiguas. Al pie del florero se derrite el helado de vainilla y un cigarrillo encendido humea sobre labios invisibles. “Sabe muy bien, Juan Patuco”, murmura Elvia acercando su aliento a las clavelinas como si ellas fuesen las orejas que acogen su pasión secreta. Con el paso de los días, Elvia ha observado que las clavelinas de Juan Patuco, son las únicas frescas. En el vecindario las flores se asfixian en los bordes del florero. Elvia siente un vuelco de tristeza. “No te pasará a ti, Juan Patuco”, dice. “Por lo menos no mientras yo viva”. El tiempo que demora en derretirse el helado de vainilla y de extinguirse el cigarrillo es el tiempo que Elvia ha

demorado en hablar: “Padre mío que estás en mi corazón, santo es tu nombre, ven a mí ahora y siempre”. De rodillas. El mundo se ha nublado una y otra vez en sus ojos. El aire fresco que se desprende de los sauces la ayuda a ponerse en pie. Se acomoda el bolso al hombro izquierdo y alarga la mano derecha, y sin despejar la mirada de las clavelinas dice: *vamos, Juan Patuco, que se hace tarde.*

La cuidanta del Parque de la Esperanza detiene el rastrillo ante el cúmulo de pétalos marchitos y observa: “la señorita Elvia conversa con alguien y al despedirse lo abraza con ambas manos”.

## Las tres margaritas

No quería acabar sus días sentado en el banco de madera viendo cómo se va el tiempo, ni mucho menos cortarse la mano o el cuello con un vidrio de botella. La primera víctima lamentable fue su padre que estuvo diez años en un rincón del patio, sin movimiento en los pies, hasta que un día, agobiado por la vida que llevaba, se cortó el brazo. La segunda víctima fue su hermano mayor Godofredo que pasó ocho años en el mismo banco que ocupara su padre. Y al igual que él acabó cortándose el cuello con un trozo de vidrio.

Hermógenes Gil pensó que había llegado su turno. Era el inevitable destino de los Gil. Condenados a un banco de madera a partir de los treinta años. Sus temores aumentaron cuando se aproximaba a esa peligrosa edad, y en vez de celebrar su aniversario con el entusiasmo de otras veces rodeado de amigos y parientes, terminó atrapado en la más profunda aflicción. Estaba convencido que, en pocos meses, o quizá días, quien sabe en unas horas, empezaría el cansancio de sus pies hasta que se volvieran tan pesados que ya no podría caminar, y se vería condenado a ocupar el banco donde estuvieron su padre y su hermano.

Renegó de la maldición que acompañaba a los Gil y en lo inútil que habían resultado las conjuras y pócimas imbebibles a los que recurrieron sus antecesores, y pensó si no había otra forma de vencerla. Estuvo cavilando igual que un gato que da vueltas tratando de morderse la cola. Tenía que haber alguna. A lo mejor era cuestión de buscar y preguntar y otra vez buscar. Y antes que terminara el día que cumplió los treinta no tuvo mejor idea que empezar deshaciéndose del banco, cómplice sin duda de la desgracia de los Gil. Cogió el banco, lo puso a un metro de distancia y lo redujo a leña de dos furibundos golpes de hacha; enseguida lo arrojó al fuego.

A la mañana siguiente se levantó muy de madrugada, se vistió de prisa para ir al potrero sin otra intención que ver al caballo. Estuvo de regreso con los primeros rayos del sol, desayunó con el

mismo apuro con que fue de visita a los barrios Huajcha y Champine, todavía después cogió el hacha para ir a la quebrada Fauso a cortar algunas ramas de chachacomo. Cuando regresó al atardecer curvado por el peso de las ramas se rehusó a tomar asiento, permaneció de pie marcando el paso hasta la cena y entonces consintió en doblar las rodillas, pero a condición de seguir moviéndolas. Incluso a la hora de acostarse seguía moviendo las piernas hasta quedarse dormido, y despertaba ya trasponiendo la puerta. En todo este afán había nacido en Hermógenes Gil las ganas de no darle reposo a sus pies y mantenerlos en movimiento todo el tiempo que fuera posible, y si fuese rápido mucho mejor.

Cuando creyó que ya no quedaba sitio donde ir y que había recorrido tantas veces los interiores del pueblo y sus exteriores más cercanos, Hermógenes Gil se despidió de su mujer y de sus hijas.

—Caminaré hasta que ya no pueda caminar— dijo.

Y emprendió el camino yendo a lugares cada vez más distantes de donde tardaba en retornar un día, dos días, y apartándose más lejos de Pumanchy, demoraba en volver una semana, quince días, un mes. Sus tardanzas tomaban tanto tiempo que su mujer empezaba a contar por lunas la ausencia de su marido.

Tras una de sus largas ausencias Hermógenes Gil estaba más flaco y su cuerpo cubierto de andrajos que parecía haber sido atacado por perros salvajes. Tenía la barba abundante y los cabellos recogidos en una larga y espesa trenza que la había enroscado debajo del sombrero.

El hombre compartió con sus hijas el calor de la hoguera mientras que su mujer remojaba sus harapos y reparaba las costuras. Les contaba historias de sus andanzas, de su visita a pueblos que tenían nombres extraños. Las niñas imaginaban aquellos pueblos y lugares como si fueran cosas de otro mundo. Una vez contó la historia del pastor que atravesó la nieve de la cordillera cargando a su mujer herida en busca de un curandero, pero al cabo quien perdió la vida fue el pastor debido a una caída en que él llevó la peor parte y en cambio la mujer fue socorrida a tiempo. Otra vez contó acerca del perro mudo que tenía los ojos colorados y que recuperaba sus ladridos en las noches. Y entonces ladraba sin cansancio hasta que volvía a quedarse mudo. Mientras contaba historias fascinantes, Hermógenes Gil movía incesante las piernas. “Pobrecito”, decían las niñas y se abrazaban a él.

Repuesto de sus rasguños y reparado sus harapos, el hombre volvió al camino echándose a la espalda una bolsa conteniendo comida. Al verlo partir, a la esposa se le nublaron los ojos, “cuándo te veré de nuevo”.

Y el tiempo volvía a hacerse largo, inacabable. En la cuenta de Margarita las lunas se fueron acumulando. Después del verano lluvioso que casi aniquila los cultivos, Hermógenes Gil regresó diciendo esta vez que había explorado las proximidades de la selva, donde había conocido a hombres y mujeres que andaban desnudos cubriéndose sus partes íntimas con hojas de bellaco. Se llamaban Campas, los hombres eran diestros en manejar flechas, podían detener con un solo disparo un jabalí en carrera.

Se había librado de los Campas abordando los restos de una balsa que naufragó en el río, nadando a ratos y andando por la orilla oculto por el bosque hasta que emprendió la cordillera caminando y reptando a dos manos y dos pies.

Habían pasado dos años. No solo estaba más delgado que una hoja de maíz, sino que parecía un cadáver con el semblante pálido. Sobre los harapos que cubrían el pecho colgaba una pequeña cruz. En la mano portaba un bastón de apóstol que le servía para ahuyentar a los perros y defenderse de los animales salvajes.

Esa fue la última vez que estuvo en casa. Margarita pensaba que el próximo viaje sería al mar seguramente, o sabe Dios adonde. Supo entonces que ya no contaría su ausencia por lunas sino por soles. La vida de todos se estaba yendo. Las hijas no dejaban de crecer.

Ella hubiera preferido que se quedara con su familia, renegando o maldiciendo su suerte, sentado en el banco, no importa, pero en casa, antes de andar por el mundo convertido en un ermitaño.

De nada valió decirle que aceptara su destino, cualquiera fuese el que Dios le había dado. Si acaso tenía que acabar como su padre o su hermano, allí estaban ellas, su esposa y sus tres margaritas: Margarita Victoria, Margarita Celeste y Margarita Julia. Pero el hombre estaba contra su destino, no concebía la idea, ni la más pequeña idea de que sus hijas, ni nadie, lo vieran sin movimiento en el banco donde estuvieron dando lástima su padre y su hermano.

En una ocasión Margarita tuvo que poner firmeza a su reclamo y le salió al encuentro en la puerta decidida a cambiar por la fuerza la mala sangre del andariego.

—¿Te habrás olvidado que estas niñas son tus hijas?

Por única vez Hermógenes Gil agachó la cabeza y tropezó con las niñas embarradas en tierra que venían tras los pasos de la madre. Pero no se detuvo. Su casa era el camino; su oficio, vencer la mala suerte.

—Está bien —dijo—, son tuyas, no más te acuerdes que son mías también.

El tiempo y los años corrieron. La última vez que doña Margarita despertó con la mejilla húmeda fue cuando vio en sueños a Hermógenes Gil montado en un cerdo blanco en la travesía de una estepa.

—Algún puquío se lo comerá— dijo el viejo Esteban.

Doña Margarita acabó por encogerse de hombros. Ahora la ocupaban las hijas de Hermógenes Gil, nada más. Desde que se hacían trenzas ya eran unas señoritas. Sabían cocinar, coser, moler maíz, tejer poncho.

—Mañana más tarde las agarra un hombre y tienen que saber cómo se mata un cuy.

Victoria, la mayor, tejía para los Ponce, y sus hermanas ayudaban a torcer los hilos. Las tres cantaban y tocaban el tamborcillo en carnavales. La gente hablaba con admiración de doña Margarita, decían que en su casa estaba floreciendo un jardín de rosas.

—Solita las hice— se enorgullecía doña Margarita—. Miraba a los muchachos que manejaban novillos o enlazaban chúcaros en el potrero. Todo lo que pedía era que no fuesen viajeros ni repartidores de la suerte.

La casa de don Nicanor Ponce se estaba llenando de vistosos paisajes, mejores de los que había en la montaña, árboles celestes y pájaros amarillos que las margaritas atrapaban en la urdimbre de ponchos, frazadas y mantas. Don Nicanor Ponce calculaba. Sus pequeños ojos se movían en los paisajes de la urdimbre desplegados en la feria de San Juan.

Como si adivinaran los deseos de don Nicanor las margaritas desconocían la fatiga. Antes que pintara el sol ya estaban sentadas sobre sus talones, el telar sujeto a la cintura con una ancha faja de cuero que tiraban hacia atrás para contemplar cómo iba avanzando el paisaje sobre la urdimbre, descansaban un rato a mediodía con un loco de papas. Todavía más tarde la música de los grillos las encontraba sobre el telar.

De no ser porque en el balcón un raro hechizo carcomía el corazón de la señorita Elisa Ponce, que se exacerbaba solamente de ver cómo las margaritas, con su natural alegría de vivir, doblaban un manto sobre otro. Don Nicanor hubiera juntado tantos tejidos como para cumplir su sueño. El hecho es que la señorita Elisa Ponce pasaba los días sentada en el balcón por recomendación de quienes pensaban que era por su bien, y del propio don Nicanor que pensó estaría mucho mejor la vista y acompañamiento de las margaritas, cuando en realidad fue para acelerar las visiones que la atormentaban por el mal de ansia que sufría. La vez que don Nicanor entró en el patio y aduló a las margaritas con peritas de colores y enseguida se fue sin dignarse con su atención a la señorita Elisa, empezó el fin. Una lluvia de insultos cayó del balcón y un afilado cuchillo enarbolado por la mano de la señorita Elisa, paralizaron a las margaritas. El cuchillo se paseó por los paisajes como una llama encegueda vomitando caminos y quebradas que hundieron a los árboles y flores celestes que venían desde los recuerdos de Hermógenes Gil.

Doña Margarita se mordió los labios como la última vez que despidió a Hermógenes Gil, y el abuelo Esteban que estuvo de visita movió la cabeza meditando una condena que pesaba más que la ofensa. Aunque fueran unas llamas, ¿no serían más bien vicuñas?, estaba convencido que sus nietas se merecían mejor destino. Y no demoró en darse cuenta de la manera como más temprano que tarde iba a ser para las margaritas nada más que un recuerdo, pues mucho antes que se calmaran del susto que les dio Elisa Ponce el viejo Esteban ya estaba pensando en ellas y en los hijos de don Nicanor que por algo eran tres y andaban lejos del pueblo buscando fortuna. ¿Por qué no?, rio con gusto desplegando las manos con desacostumbrado interés como quien atrae las cosas lejanas. Después de todo las nietas, aunque pobres, eran buena mozas, ¿no eran acaso unas vicuñas? Y continuó riendo ya más convencido que antes.

El viejo Esteban tenía razón como todos los viejos que han vivido cien años. Las margaritas se calmaron lo mismo que la madre. Sobre sus trenzas recorrió la mano comprensiva del viejo. Sin saber por qué, tal vez sólo porque el abuelo infundía confianza, las tres margaritas miraban el horizonte.

El viejo Esteban pensaba en las nietas y en los hijos de Nicanor Ponce, en los hijos de Nicanor Ponce y en las nietas. Con ese pensamiento cerraba los ojos al amanecer. Pasaba los días sentado en el Arco del pueblo hasta que el crepúsculo borraba el perfil de su cuerpo. Dicen que hablaba solo, igual que la señorita Elisa Ponce. Mientras a ella le daban de beber caldos de valeriana para aplacarle los nervios, el viejo Esteban hablaba y rezaba a los tres santos que tenían el mismo apellido: Víctor, Hover y Benigno Ponce.

Pasó un invierno seguido por una primavera y en los días previos a la Navidad hizo conocer su promesa.

—Quiero que los Ponce me lleven sobre sus hombros a mi sepultura.

Nadie le hizo caso, salvo doña Margarita que conocía tan bien los secretos de su padre que era capaz de hacer regresar los animales perdidos y torcerle el destino al mejor pintado. Aunque no había podido precisamente conseguir que Hermógenes Gil volviera a su dominio, rio de todos modos sabiendo que las margaritas ya mataban y horneaban cuyes con destreza de mujeres adultas y sabían sazonar guisos como pocas en el pueblo a fin de que nadie se quedara con el estómago vacío. Ellas también rieron con ganas porque el abuelo mientras hablaba les había mirado los senos.

Ese mismo año los hombrecitos fueron cayendo de regreso al pueblo igual que las torcazas que sabían cazar los muchachos para tenderlos en la brasa y comérselos con papas y ají.

Víctor Ponce llegó de Arequipa diciendo que sólo venía por un rato, que ya le faltaba poco para ser preceptor de escuela y no podía dejar pasar los carnavales del año, pero se quedó encariñado a su alazán diciendo después que ese caballo era mejor que los corredores del hipódromo de Porongoche. No habían terminado los carnavales todavía cuando una noche el alazán de sus amores se equivocó de camino y dejó que el jinete borracho, adornado con misturas y serpentinas, se apeara con las justas en el corredor de doña Margarita.

Amaneció tarde como todas las veces, pero cuando el día se aclaró en sus aturvidos ojos se sintió más contento que nunca al saber que no estaba en su casa sino junto al cuerpo caliente de Margarita Victoria y sólo pidió que lo dejaran seguir durmiendo y, por favor, le echaran algo de forraje a su caballo si es que estaba en el patio.

Así es como los Ponce empezaron a querer más a su tierra, a descubrirla de nuevo como si fueran extraños recién llegados, a multiplicar su apellido para que las tierras de Pumanchy no fueran nunca más campos sin cosechar.

Hover Ponce estaba en Lima, aprendiendo carpintería, seis meses le faltaban para sacar licencia y abrir taller que de ahí en adelante labraría madera mejor de los que tenía el altar del patrón Santiago. Cuando estaba empezando los primeros relámpagos y se animaban las canciones para celebrar al Niño Dios, cayó por el pueblo, dijo de vacaciones, pero ya no pensó volver a Lima. En la noche del mismo día que había llegado se arrastró al corredor de doña Margarita y llamó con guitarra a la segunda hija como si hubiera encontrado a la única mujer que había en la tierra.

Sólo faltaba Margarita Julia. Como era la última hija tuvo que esperar unos años, los mismos que necesitaba para ser hombrecito el tercero de los Ponce, no importa que no terminara sus estudios en Andahuaylas, donde ya estaba haciendo prácticas de ordeñador. *Para eso no se necesita estudiar*, decía el viejo Esteban, *no más hay que tener las vacas*. Llegó un atardecer como si volviera de hacer el servicio militar y antes de saludar a su padre se fue derecho a la casa de doña Margarita que lo recibió como si ya fuera su yerno desde hace mucho tiempo.

Como era de esperar, ese verano, cuando había caído el primer relámpago, el viejo Esteban se quejó de la vida. Y las nietas que ya habían dado a luz o llevaban en el vientre el apellido de los Ponce, fueron a cerrarle los ojos acompañadas de sus maridos.

Han pasado tantos soles y un río de lunas que ya nadie se acuerda de doña Margarita, ni del viejo Esteban. No se ha vuelto a saber de Hermógenes Gil. Sobre la memoria de Elisa Ponce creció esa yerba punzante que renueva sus espinas cada primavera. Sólo quedaban los Ponce, hijos y nietos de don Nicanor.

Los que tenían memoria no se cansaban de levantar el dedo para señalarlos.

—¿Ven ese par de ancados en burro que van a Huayllán? Ese es Benigno Ponce y su mujer; morirán juntos, no se sueltan ni cuando van a orinar.

—¿Ven aquel jinete que gusta llevar machete al cinto cuando va en tordillo de paso? Ese es Hover Ponce y la que sigue de cerca, hilando rueca, con perro fatigado al lado, sin quedarse nunca atrasada, esa es Celeste, nada menos.

El mayor, don Víctor Ponce estiró los pies hace un año. Dejó viuda y varios hijos que se fueron a Lima o Cusco, siguiendo los caminos que soñara su padre. Margarita Victoria eligió vivir sola, quizás por puro capricho, desoyendo los reclamos de sus hijos y tratando de convencerlos que la dejaran tranquila, que no quería alejarse de los huesos de su difunto que reposaban en el cementerio del pueblo. El luto de su cuerpo ensombreció el balcón de su casa. Ya no miraba las ruinas de la vivienda de Elisa Ponce, ni los galpones en que vivieron con su madre y sus hermanas, sus ojos anochecían en un solo sitio: la carretera que, por fin, ha llegado a Pumanchy. Acaso un día llegaba por esa carretera una carta, y tras la carta su hija enfermera. En ese balcón morían las estaciones.

El atardecer de un martes una sombra parpadeó en el camino, venía despacio acercándose al pueblo. No era un carro, ni un animal y menos un hombre. Sólo era una sombra. Cuando había atravesado el Arco del pueblo pudo distinguir la inmensa cruz de huarango que lo curvaba.

La sombra fue a las ruinas de lo que fuera la casa de doña Margarita, dio unas vueltas moviendo su bastón. Luego salió con el mismo ánimo que había entrado a esos galpones. Entraba y salía, ¿buscaba algo o a alguien? Enseguida atravesó la acera hacia la casa de don Víctor Ponce. Se detuvo un instante bajo su balcón.

—¿Todavía vive doña Margarita?— preguntó la sombra.

—Murió— se inquietó Margarita Victoria—hace tanto tiempo, ¿la conoció?

—No importa—dijo la sombra—, estoy apuradito.

Un antiguo impulso atravesó el corazón de Margarita

Victoria. Cuando se puso de pie para llamarlo, la sombra desapareció tras una esquina. Estaba cerrando la noche. Arreciaron las cigarras y el ruidoso laberinto de los grillos.

## El extraño huésped de la calle Curibaya

Rita lo había mencionado en más de una ocasión bajando la voz como quien revela un secreto, está y no está, así de simple, sin explicaciones. Luego se quedaba en silencio esperando mi reacción, una sonrisa o un gesto que hiciera entender que la estaba juzgando. Yo deseaba que siguiera con los detalles de eso que sin más llamaba, está y no está, pero acabó diciendo que a lo mejor era el juego del aire que rosaba las hojas de la cucarda el que producía aquellos sonidos un tanto extraños que repercutían en la habitación vacía de la casa.

Tiempo después tuvimos una discusión, Rita se marchó y no volvió más.

Pensé que demoraría poco, como todos los disgustos este que tuvimos se resolvería pronto. Esperé su regreso una interminable semana durante el cual no dio señales de vida. El octavo día no pude más, me armé de valor y bajé al Venecia. Alargué el índice y giré el disco varias veces. Conocía de memoria el número del teléfono de Rita. Aunque no había necesitado alguna vez, ahora en cambio era la única manera de poner fin a mi angustia. Escuché el timbre del otro lado, casi enseguida una mano descolgó el auricular. Me dijo de golpe: Rita no está. Y colgó.

Te lo mereces, escuché una voz interior, saben por anticipado que eres tú. Guardé silencio. Qué caso tenía volverse atrás para lamentarlo. Contaba el futuro. La esperaba, la seguía esperando, creo que eso era lo más importante. Tenía la dirección anotada en una libreta, y, a decir verdad, tampoco la había necesitado. Ni el teléfono ni el directorio. A Rita la había conocido en la calle, en el momento de cruzar una calzada el semáforo nos detuvo, y, claro, nos miramos y sonreímos. Fue un encanto, me dijo después. Y creo que fue por eso que ella pensaba que, después del taller, el lugar más romántico para nosotros era una esquina, cualquier esquina.

Bastaba acordar una hora y un lugar para encontrarnos. Nunca había fallado.

Mientras demoraba en coger sueño, esa noche pensé en lo mucho que me costaría acostumbrarme a la ausencia de Rita. Luchaba contra la idea de volver a la rutina que tuve antes de conocerla, volver a transitar sin ella por lugares que había caminado solo.

Ya en sueños, esa noche, fui en busca de Rita. Mientras caminaba por la calle Curibaya tuve la impresión que me era familiar, y no recientemente sino de mucho tiempo, y sin necesidad de preguntar a nadie llegué a una puerta de metal corrugado. Respiré hondo varias veces antes de levantar el índice. En el momento en que iba a presionar el timbre algo ocurrió y desperté.

Me volví a un lado y otro de la cama, buscando repetir el sueño. Esto tiene que ser premonitorio, pensé, recordando otras experiencias que tuve en las que la realidad acababa siendo una copia del sueño, considerando incluso los detalles. El que más recordaba era aquella tarde en que la hija menor de Prudencio Paruri, de apenas doce años, desapareció de la casa donde ellos se hospedaban y donde yo vivía. Tras una infructuosa búsqueda el resto del día, esa noche en sueños me lavaba la cara en el patio cuando vi asomar una cabecita feliz tras la esquina del pasadizo. A la mañana, a la misma hora y circunstancia que había soñado, algo me hizo levantar la cabeza y vi la carita sonriente de la niña.

Supuse que esta vez sería algo semejante. Y no dudé en romper la promesa que hice a Rita de no buscarla en su casa. Me puse en camino a la calle Curibaya, corriendo el riesgo de las consecuencias.

Después de recorrer las dos cuadras de la calle me detuve ante la puerta de metal corrugado, levanté el brazo, pero cuando estuve a punto de tocar el timbre, me arrepentí. En el instante en que dudaba, en lugar de despertar como en el sueño, se abrió la puerta y apareció una mujer cuya belleza me dejó sin aliento. Rita no se encuentra, dijo de buenas a primeras, irá a verte en la tarde. Yo no había pronunciado una sola palabra ni preguntado por Rita, y sin embargo la mujer dijo sin equívoco lo único que yo deseaba escuchar. Agradecí de todo corazón y me fui aliviado con la idea de que Rita, por fin, iría a verme. Solo entonces supe que estaba realmente despierto.

En el trayecto compré una rosa amarilla pensando que ese era el color favorito de Rita. Retiré de la mesa la paleta, los pinceles, la espátula. Quería que Rita viera solamente la rosa. De ser posible habría hecho desaparecer todas las cosas de la habitación para que estuviésemos nada más la rosa y yo, pero acabé ordenando el estante de libros, puse el caballete en el pasadizo, los cuadros a un costado del estante y desplegué el edredón sobre el sofá, recordando que a Rita le disgusta el desorden. Me di esa pequeña molestia pensando agradecerla, después del disgusto que tuvimos y los tantos días sin verla.

No recuerdo exactamente de qué discutimos, pero estoy seguro que fue por una cuestión de fe. Nada la irritaba tanto como una crítica a sus creencias por suave que fuese. Y no habré tenido memoria ni suficiente tino para frenar mis fobias contra la sermonería, pues ella, la dulce Rita de *ojos de capulí* (todas las Ritas tienen ojos de capulí) asistía a una iglesia donde le prohibían el café, el cigarrillo, el vino. A ella le habían arrancado la vida. Tan cierto era que le habían arrancado la vida que una tenue palidez se fue acentuando en su rostro. Algunas veces le preguntaba si se sentía mal y ella me devolvía una sonrisa. Sospechaba en una posible causa, la habitación vacía que no dejaba de mencionar, está y no está, y la ineludible cucarda que, con sus aires y sonidos indescifrables, asomaba por la ventana. Desde el día que ella conoció el taller, me veía obligado a esconder los cigarrillos en el maletín, la botella de vino debajo del sofá, y dejaba que el café durmiera durante todo el tiempo que estaba con Rita.

Además de la rosa amarilla había comprado Coca-cola. Estaba preparado. Recordando otras tardes, fugaces e indelebles. Conforme pasaban los minutos cada vez con más lentitud me fue ganando la ansiedad. Cuando sentí que alguien rozaba la puerta, me arrojé del sofá.

¡Vaya una sorpresa! A veces me ocurrían cosas sencillamente fuera de lo común. Y ésta era una todavía más extraordinaria. En lugar de Rita a quien vi enmarcada en la puerta de mi apartamento fue nada menos que la mujer que conocí en Curibaya. Dijo que se llamaba Mónica. Yo estaba confundido, sin saber qué decir, si preguntar por Rita o algo tan estúpido como a qué debía su visita. Mi feliz instinto la invitó a pasar, sabiendo que una íntima satisfacción

invadía mi cuerpo. ¡Qué mujer! Era tan alta como Rita, esbelta como Rita y el color de su piel, al contrario de la palidez de Rita, era algo más parecido al caramelo. Rita no pudo venir, dijo lacónicamente.

Mónica se dejó impresionar por el vigor de la rosa amarilla.

—La amabas— hizo un gesto mientras acercaba la nariz—, ¡deliciosa!

Reparé en el pasado de la palabra con cierta inquietud. ¿Por qué dijo “la amabas”? Me quedé callado pensando que en otro momento diría el mensaje completo.

—Esta rosa es como la cucarda— añadió.

Supuse que era la cucarda amarilla que se agitaba ante la ventana del dormitorio vacío. Ahora la recordaba Mónica, auscultándola con detenimiento. Me preguntaba cuánta importancia tenía esa cucarda que ambas mujeres la mencionaban con frecuencia. Iba de una sorpresa a otra tratando de seguir el hilo de su pensamiento y comprender sus largos silencios. Pronto descubrí que no le hacía ascos al cigarrillo, al vino y al café. Lo celebré frotándome las manos, y con gran regocijo liberé de sus escondites aquellos insumos de la civilización. Yo estaba feliz. Después de todo fue Rita quien envió a Mónica. Y no se me ocurrió preguntar esa tarde ni después, por qué Mónica vino en lugar de Rita.

Serví una copa de vino. Mientras bebía pequeños sorbos, Mónica se interesó en los cuadros que tenía ordenados. Era la primera vez que ella venía al taller y, sin embargo, lo conocía tan bien que podía desplazarse con los ojos cerrados y andar por el laberinto sin tropezar con los objetos. En poco tiempo nos hicimos viejos amigos que se cuentan hasta las intimidades. Así pude enterarme de las cosas que hacía Rita que en realidad las hacía Mónica. Allí estaba, envuelta en el placer de mis ojos la verdadera chica que escribía versos. Y era Rita la que se hacía de los premios en los concursos. Mónica prometió que explicaría alguna vez.

Dijo que estaba feliz, tenía planes para el mañana con su chico Florentino. Dijo que no dormía tan bien como en las últimas noches desde que regresó a casa de sus padres.

—Al amanecer entra la luz por la ventana y el aire trae el aroma de la cucarda.

Dijo que se había instalado en la habitación vacía. Para ella era el lugar más pacífico de la casa, pero era pacífico sólo para ella.

Dijo que Rita no le había mencionado una sola palabra acerca de esa habitación cuando refaccionaron la casa. La ventana daba al jardín y en medio de las flores resaltaba la cucarda. Sencillamente una habitación preciosa. “Cuando elegí para mi dormitorio mamá se opuso, se mostraba confundida, pero acabó ayudándome con el arreglo advirtiéndome en todo momento que mantuviera el lamparín de noche encendido y la puerta sin el pestillo de seguridad. Me preguntaba sin cesar, ¿estás segura de quedarte aquí? Y al momento de retirarse seguía haciéndolo. Quizá pensaba que yo saldría disparada de esa habitación en apenas unos minutos. Eso le había ocurrido a ella, a Rita y a papá”.

“Conmigo no pasó nada. Es decir, nada que les haya pasado a ellos. Ni en los minutos que siguieron ni en toda la noche. Papá estaba orgulloso, dijo que yo le había heredado la fuerza moral que se necesita para estar bien”.

“Mamá trataba de encontrarme rasguños en la cara o que simulaba estar serena cuando en realidad me moría de miedo. Pero la sorprendida era yo. Ellos decían que en las noches esa habitación se recargaba de una extraña energía que terminaba poniéndote la piel de gallina. Después habían pretendido convertirla en depósito; por último, la dejaron vacía sin plazo definido al comprobar que las cosas amanecían desordenadas o se caían al piso a media noche causando un estrépito como si las tiraran con fuerza, y hasta daban la impresión de haberse roto pero sin romperse jamás”.

“A mí, en cambio, me sentaba muy bien. Apenas daba un paso tras la puerta me invadía un inesperado sosiego, incluso tenía la sensación de que una mano amiga se posaba sobre mi hombro”.

Una mano amiga que la inundaba de paz. Aquella que necesitaba cuando vivía y estudiaba lejos de casa y que fueron agravándose con los días. Habían sido fatales desde que apareció en su camino aquel compañero inevitable que se llamaba Rogelio Reyes, el tipo que llevaba un pasamontaña en la mochila y juraba haber nacido para ser libre. Había salido de la nada, igual que un fantasma, la buscaba sin motivo aparente, caminaba a su lado diciendo muy quedito que jamás dejaría de buscarla. No lo olvides,

dijo, mi nombre es Rogelio, Rogelio Reyes. Poco después aparecieron los *tiras* que pretendían darle caza a Rogelio Reyes, y empezaron también a asediarla a ella.

No le había quedado otra alternativa que regresar a casa de sus padres. Aunque eso significaba abandonar sus estudios.

Ese mismo día hacia el atardecer abrazó a su familia y pasó su primera noche en la habitación que decían erizaba la piel, donde un desconocido está y no está, como decía Rita, con quien Mónica y solo ella podía entenderse en un diálogo sin palabras.

Hasta que tuve aquél sueño en que fui a Curibaya y en la vida real Mónica vino a buscarme.

Como si todos hubieran anunciado su acuerdo, alguien, desde el lugar donde se encontraba compartía, a su manera, los palpitos del corazón de Mónica. Ella no sólo dormía en la acostumbrada paz de los últimos días, sino que después de conocerme la última noche tuvo en sueños una escena erótica conmigo.

Al despertar notó que la cucarda parecía aún más impresionante.

Era feliz. Me dijo esa tarde que ya no hablaba de planes con Florentino, pero seguía saliendo con él nada más por consideración; lo más importante era que no se dejaba besar la boca como antes, ni se estremecía cuando se tomaban de la mano.

Fue como anticipar la boda que viene pocas veces cuando todo el mundo, personas, animales y cosas, en su particular lenguaje, expresaban su acuerdo. Y hasta los muertos encontraban la manera de decirlo. Sólo que en este caso el muerto no era uno cualquiera, es decir cualquiera que está muerto, sino uno que quería y buscaba estar precisamente como cualquier muerto.

Sonreí pensando en los misterios de la muerte anunciados ahora desde los sueños de Mónica. De las cosas que ya fueron y sin embargo están ahí. De las personas que han muerto y tal parece que no lo estuvieran. La mano amiga sobre los hombros de Mónica era una señal inequívoca de que ella era una persona especial para ese *alguien*, y es que ¿podía entenderse aquello como la expresión de una simple amistad? Y si Mónica era ese alguien especial por sabe Dios

qué o quién ¿qué razón había detrás de esa muestra de amistad? ¿Acaso buscaba ayuda? Si así fuera ¿cómo podrían ayudarlo? ¿Esperaría que se revelara en el sueño y le dijera lo que alguien debía hacer? ¿Pensaba que Mónica cogiera un revólver? ¿O quizá este modesto pintor hiciera algo por él? Y yo no sé hacer otra cosa que pintar y no podría ayudarlo si no es con una paleta, pero quizás necesitaba otra ayuda más importante que llevarlo al lienzo, ¿pretendía aquél muerto que yo empuñara un puñal o presionara un gatillo en la cabeza de su victimario cuya sobrevivencia en este mundo lo turbaba en la muerte?

Cómo saberlo. Ya no inspiraban tanto, al menos por ahora, los paisajes pálidos del desierto, ni los mojinetes del Callao, ni los rostros agrietados de los campesinos, ni siquiera el hecho de que todavía Mónica se dejaba coger la mano con Florentino, sino aquel personaje que yacía en las profundidades de la muerte, muerto de alguna manera, que clamaba desde el sueño de Mónica a que lo ayudaran a liberarse de una tortura que no lo dejaba morir por completo. De modo que apenas sentía rozar la puerta y veía a Mónica, le hacía la misma pregunta, ¿lo viste? ¿cómo es el tipo o tipa si es mujer?

Como había supuesto, como debí habérmelo imaginado que podía ser alguien desde las oscuridades del sueño, y como la propia Mónica había sospechado que podía ser, una noche lo vio con tal realismo que podía recordarlo en sus mínimos detalles. A saber, por la chaqueta y el pantalón de bayeta de color blanco, aquel personaje era un soldado de los tiempos de la guerra, plantado en sus dos pies con la postura desafiando al horizonte. A un costado de su cuerpo caía un morral del mismo color de la chaqueta donde guardaba las especies de salvamento y tal vez algún mensaje escrito para la amada esposa. Una mano ausente desde el puño de la camisa sostenía un derrotado Winchester apoyado en tierra, y quizá una aflicción infinita embargaba el rostro también ausente. En lugar de causar espanto aquel cuerpo que terminaba en el cuello de la chaqueta y en los puños de la camisa, despertaban compasión.

Tras esa visión Mónica abría los ojos y terminaba diciendo pobrecito. Lo que no podía saber era si aquel soldado era un mozuelo o un adulto y peor aún si era blanco, negro o indio. Sólo podía estar

segura de una cosa, aquel estado del cuerpo correspondía al momento final de su derrota.

Yo la escuchaba entusiasmado por esa revelación. Entre los libros de historia de mi desordenado estante encontré la imagen de un soldado con un atuendo similar al que llevaba aquel combatiente anónimo. Ambos nos quedamos contemplando la foto del libro. Así era o es, dijo ella. Pero en mis sueños no tenía cabeza ni manos, corregía. Llevaba o lleva un Winchester, y este de la foto sólo tiene una bayoneta.

Desplegué uno de mis lienzos en blanco y ensayé con leves trazos a lápiz el perfil del soldado semejante al de la imagen del viejo libro, pero añadiendo detalles que iban brotando de los sueños de Mónica, ya la manga ancha de la chaqueta, ya la basta del pantalón alto si se lo comparaba con el de la foto o aquél estado de conservación del morral. Imaginé un fondo pálido interrumpido por el vuelo de una gaviota a la que quizá miraba el soldado en el instante final.

Al cerrar la tarde, extenuados los dos por la memoria y los cigarrillos, Mónica proclamó su acuerdo con la imagen obtenida, pero sólo en lo que concierne al cuerpo; tomó la almohadilla y borró el perfil de la cabeza y las manos.

—Así era o es—, dijo.

Los sueños se repitieron una y otra vez, Mónica despertaba a mitad de la noche y sentía el ambiente pacífico y agradable. Hasta que hubo una suerte de segundo capítulo del sueño que se relacionaba de alguna forma con el combatiente sin cabeza y sin manos.

—Inmediatamente después de ver al soldado—dijo, tuve otro sueño en el que yo subía a tu apartamento.

Olvidaba decir que vivo en el cuarto piso de un viejo edificio de la calle San Martín.

Sonreí con inquietud por esta nueva revelación, no puedo negarlo. Pero se trataba de un mensaje evidente, la confirmación de aquello que venía sospechando en mis prolongadas vigiliass. “Subía las gradass del edificio con urgencia temiendo no encontrarte, decía Mónica. A Dios gracias siempre me esperabas con la puerta abierta”. Sin duda, se estaba revelando la certeza de que a ese soldado había

que restaurarle la cabeza y las manos. Celebré con otro vaso y volví a encender un cigarrillo. Pero ¿cómo devolverle las manos y el rostro al soldado de los sueños de Mónica? ¿Bastaba dibujarlo y ver cómo salía, más o menos proporcionado al resto del cuerpo? ¿Bastaba que la mano ausente cogiera el cañón del Winchester? ¿De qué color era el rostro, qué mirada tenía aquel soldado en el momento final en que perdió la luz?

Por ahora sólo estaba convencido de que a ese soldado había que encontrarle la cabeza y las manos.

Era exactamente lo que había que hacer si queríamos que aquel soldado tuviera sosiego. La idea me sobrevino junto con el grabado, borroso ya en mi memoria, colgado en el muro de la Catedral de Lima y que ahora parecía encontrar una explicación como si revelara de pronto una verdad largamente olvidada. La primera vez que vi aquel lienzo me había preguntado por qué el último rey no había sido retratado, qué razón detuvo la mano del pintor encargado por el párroco Alonso Cueva Ponce de León para no concluir aquél grabado donde había pintado a los catorce incas y a los reyes de la madre patria, dejando vacío solamente el último medallón, como sarcófago abierto que aguarda la llegada del rey Felipe III. ¿Qué había pasado? ¿Debía esperar que ungieran rey a Felipe III o, convertido ya en rey, hacerse de infinita paciencia y esperar su muerte, y mientras que ese acontecimiento, muy mal deseado, ocurriese, fue el pintor quien le tomó la delantera en el inevitable camino a las catacumbas? Me inclino por la segunda teoría por el simple hecho de que concuerda mejor con el espíritu de la época. Una vieja idea habría acabado con la paciencia del pintor o la del cura Alonso Cueva: estando en vida el rey no podía ser retratado por una razón muy simple y a la vez arcaica, podría adelantarle el pasaje a la muerte. Como si el grabado fuese un cementerio y cada medallón una lápida, allí estaban retratados los anteriores monarcas sean incas o reyes, y el último también debía estar muerto para entrar en él. Avinagrado en una sala de espera, imposibilitado de cumplir con el deseo del párroco Alonso Cueva, y el suyo propio, de ver a todos los monarcas juntos en un solo lienzo, contra toda expectativa, el pintor fue vencido por la juventud y la larga salud de Felipe III. Y no se trata después que no hubo pintores que terminasen el lienzo, sino que el interesado cambió de idea o murió, de modo que el cuadro

inacabado terminó confinado en un rincón del viejo templo de San Francisco de Huamanga antes de ser copiado y llevado, corriendo el río del tiempo, a la catedral de Lima.

¿Por qué este soldado no aparecía en el sueño de Mónica con su rostro? ¿Por qué no mostraba su ira, su temor ante la muerte o quizá su sonrisa? ¿No estaba muerto acaso? Se parecía al rey ausente de la pintura, o el rey ausente se parecía al soldado sin cabeza de los sueños de Mónica. Uno no estaba retratado en la pintura porque aún estaba vivo, y el otro no estaba completo en el sueño de Mónica porque no había alcanzado la paz de la muerte, es decir, aún estaba vivo de alguna manera, o no estaba muerto como saben estar los muertos.

Es la única manera, me repetí por enésima vez convencido de que el soldado sin rostro y sin nombre alcanzaría la paz solo si conseguía ser reproducido en un lienzo, el único lugar donde podría recuperar la cabeza, rostro y manos, pues con toda seguridad fue decapitado y su cabeza, al igual que sus manos, arrojados lejos del cuerpo.

Vinieron después continuas visitas a los museos de la ciudad. El más frecuentado era el museo de Campo de la Alianza y el cementerio de los héroes Anónimos extendido en una planicie calcinada por el sol, mismo escenario de la batalla final, a unos siete kilómetros de la ciudad. Los atuendos de la guerra expuestos tras los cristales agregaban cada detalle al soldado de la pintura, sea por la forma de los zapatos, la curva de la bayoneta o el tipo de Winchester. Y aquel uniforme blanco, raído en los hombros y arruinado por el sol, que había detenido la mirada de Mónica parecía más bien extraído de los sueños de ella. Aunque por el uniforme se sabía que el soldado del sueño era peruano, ahora queríamos saber de qué raza era, qué edad tenía cuando le cercenaron la cabeza. No eran suficientes las pocas fotos halladas en los museos. Y los periódicos amarillentos del archivo público, al igual que los viejos libros decían muy poco sobre estos detalles. Podría haber sido indio si era un peruano de la sierra, o mestizo y ¿acaso blanco? Con la mirada ante la muerte todos los soldados se volvían idénticos. Indio, mestizo, blanco, ¿por qué no negro?

Por las tardes no hablábamos de otra cosa que del soldado y de los hallazgos que hacíamos en el día. Entre el amor y los pinceles,

el vino y los cigarrillos, aquel soldado se había convertido en una obsesión.

Una tarde, sin embargo, Mónica no vino al taller. No es que me pareciera extraño que una novia faltara a la cita sin la gentileza de un previo aviso y que esa ausencia se prolongara el fin de semana. Llamé por teléfono. Una voz de mujer me puso en autos, dijo que unas amigas convencieron a Mónica pasar el fin de semana en la playa, y fue de una manera tan imprevista que no le dieron tiempo siquiera de recoger la ropa de baño. Ese día tuve mi primera amargura con Mónica, y no me pareció convincente la extraña excusa. Al fin pensé que así son las mujeres.

Si para Mónica el fin de semana fue de sol, mar y playa, para mí, en cambio, fue una sucesión de horas y pinceles buscando el tono de color que podría corresponder al soldado anónimo. Se me había ocurrido que aquel soldado fue mestizo, y así fue en efecto, mestizo el viernes hasta las doce de la noche, el sábado pensé que el mestizo tenía sus tonos, dependiendo si era más acentuado el blanco sobre el indio o el indio sobre el blanco. El domingo había acentuado el indio y tracé una mancha más cobriza para resaltar los pómulos, los ojos fueron ligeramente rasgados, la nariz quebrada como la de un halcón. Una pañoleta de algodón de color negro, semejante al que vimos en el museo de los héroes, rodeaba la frente. Sí, pensé, encendiendo el undécimo cigarrillo, así debió ser.

El lunes esperé ansioso con una botella de vino y un paquete de cigarrillos dispuesto a celebrar con Mónica, ¿con quién más?, aquel cuadro que suponía haber concluido.

Apenas sentí los leves toques en la puerta, me arrojé del asiento. Mi ansiedad recibió de pronto el golpe de un aire frío, demasiado frío. Era Mónica, sin duda. Pero era otra Mónica. La expresión serena como no la había visto antes y la mirada extraviada como si hubiera dejado en la playa una parte de ella misma. Una naciente palidez en su rostro me recordó a Rita. Lo primero que hizo fue extraer la llave de su cartera.

—No volveré— dijo lacónicamente.

Me dejó perplejo, sin salir de mi asombro por tan repentino cambio solo atiné a hacerme a un lado como quien invita a trasponer la puerta.

—Está bien—dijo ella, y entró.

—No preguntaré por qué no avisaste que ibas a la playa.

—Es mejor.

Pasó un silencio recíproco, cada uno escuchaba la respiración del otro y a los dos nos latía el corazón con fuerza.

—Hazme un favor —pidió Mónica—, ve por la calle si no hay alguien que viene siguiéndome.

Más confundido aún, yendo de una sorpresa a otra, pensé de pronto que Mónica había sido calibrada por un delirio de persecución.

Bajé las gradas y desde la puerta del edificio miré hacia ambos lados de la avenida. El verano era perfecto. Y en verano todo el mundo se iba a la playa. Nadie en definitiva ni cerca ni lejos de esa larga y empinada avenida San Martín. Regresé pensando en una posible reconciliación con Florentino o quizá en un decisivo cambio de opinión del padre de Mónica que empezaba a cuestionar la relación que su hija sostenía con este mísero pintor.

—Nadie en absoluto— dije.

La observé con detenimiento y supe que no era presa de ningún delirio, salvo un naciente enigma que ensombrecía su mirada. Quise tranquilizarla. Temiendo ser rechazado invité un vaso de vino que ella bebió de un sorbo. También aceptó un beso, y otro, y volvimos a rodar por el piso, pero en todo ello Mónica parecía distinta y distante como en una danza en la que ella no bailaba, sino que se dejaba llevar por la inspiración de su pareja.

—Tienes la piel escamada por el sol y la sal del mar— dije.

—Es sólo la apariencia—repuso Mónica.

Otra vez, pensé, ¿qué quería decir con eso de que era solo apariencia? Nada era tan real como esa piel lacerada por el rigor del sol y las dos franjas que cruzaban la espalda, signo sin duda de que se había insolado tirada de vientre sobre la arena. La expresión de su mirada inundada por una lejana sombra, el tono de su voz sin entusiasmo y los marcados y profundos silencios no correspondían al goce que viene después de haber estado como una lagartija feliz sobre la candente arena.

—¿Qué fue del soldado, lo viste en sueños?

—No—dijo ella—, pero está allí.

Sin embargo, no mostraba entusiasmo por el cuadro que días atrás se empeñaba en corregir los detalles, sugerir los cambios y aprobar los aciertos. Ahora el soldado estaba cubierto con una tela, acabado el retrato con el rostro y las manos restauradas como suponía yo que podía haber sido, aguardaba el momento oportuno que ella lo pidiera para ser develado como en una ceremonia de exposición. Ella no miraba los lienzos, cuando no alzaba la copa de vino o succionaba el cigarrillo, se volvía ensimismada hacia la ventana a contemplar la colina de arena y el delgado camino que la marcaba con destino al desierto. Sin duda, pensé, algo grave atormenta el alma de esta mujer. Tan en lo cierto estaba que no se percató en lo mínimo cuando retiré la tela que cubría al soldado de nuestros sueños.

—¿Te preocupa algo? —, pregunté.

Mónica empezó a vestirse sin prisa

—Debo irme—dijo.

Sentí un nudo en la garganta. Pensaba en las cosas que me ocurrían de manera imprevista.

—No quiero que pienses que he vuelto con Florentino o que hay otro hombre que me hace tomar esta decisión—dijo Mónica.

Se detuvo y dejó vagar la mirada sobre mi rostro. Una profunda preocupación envolvía ahora sus ojos. Se animó a interrumpirme con un beso, vencida quizá por la necesidad de liberar la carga que llevaba en su interior, de soltar algo que estaba obligada a callar, como quien deja entrar un poco de luz a la oscura habitación en que había puesto su alma desde el último viernes. Pidió disculpas por la desconfianza, cosa que atribuyó a la inspiración que tuvo en la playa.

El viernes a medio día Mónica salía de la universidad con la única ilusión de verse conmigo en la tarde y pintar juntos el soldado de sus sueños. ¿Qué otra cosa más importante había para ella esos días? Nada que valiese la pena cambiarlo o posponerlo, pues no sólo sentía el amor que aceleraba los latidos de su corazón, y ese misterio que nacía desde muy adentro de la historia que le hacía entender que no era nada en los libros, comparado con el que venía en la sangre y

confundido en los sueños, que era capaz de hablarte de una manera que podías escucharle y acaso verle. Cuanto más feliz estaba con la idea del soldado anónimo, mientras avanzaba hacia la puerta de salida en medio de chicos y chicas, creyó verlo enseguida, saliendo de la nada, con su mochila de fugitivo renovado, y luego, como quien se quita de encima un manto de niebla, mostró su perfil de águila y su mirada inabarcable. Se vieron uno al otro de modo que no podían evitarse. Junto a él, otro joven algunos años menor, miraba a los costados en actitud vigilante.

Fue todo rápido. El destino de la persona puede cambiar en un minuto. A Rogelio Reyes le bastó mover la cabeza con la rapidez de una cobra que deja paralizada a su víctima. Sin reproches, sin quejas, sin palabras, se acercó a ella decididamente. La tomó del brazo y la condujo a una vieja camioneta. Tenemos una misión importante, fue todo lo que le murmuró al oído. Como si eso fuese suficiente, sin explicaciones ni con los modales que obligan a crear una atmósfera, ella se dejó llevar sin hacer una pregunta y mucho menos elaborar una idea diferente.

La camioneta dio algunas vueltas por las calles de Alto de la Alianza, hizo contactos rápidos en una carrocería, se detuvo en una panificadora humilde en cuyo ingreso esperaba un hombre con los ojos vendados que después supo era un médico.

Hacia el atardecer la camioneta enrumbó a Boca del Río. Todos iban en traje de playa, llevaban una carpa, mesita de plástico, pelotas de goma, instrumentos de música. Iban a divertirse al igual que la demás gente que se desplazaba a la playa a pasar el fin de semana.

Cuando armaron la carpa sobre la arena, la camioneta desapareció con destino a otra playa. Se habían quedado Mónica, Rosa, Rogelio y el médico que, por fin, había aceptado la misión. A la hora en que los bañistas se recogían a sus casas y se habían encendido las luces y la música bullía a todo volumen, las parejas de enamorados se escabullían tras las carpas diseminadas sobre la arena, Mónica y los demás compañeros entraron al patio de aquella casa en ruinas y habitaciones oscuras, iluminado en el fondo por una débil luz, la necesaria para no tropezar, pero que no fuese distinguible desde la playa.

Sobre colchones tirados en el piso estaban postrados los heridos en orden de gravedad. Sin más demora el médico entró en acción. A uno tuvo que extraerle una bala alojada en el brazo, a otro cerrarle una herida de varios centímetros en el cuero cabelludo. En un rincón yacía un cuerpo acabado de fallecer. Cubriéndose el rostro con las manos, Mónica tuvo que ver cómo le seccionaban las manos y la cabeza. Estos no son compañeros, oyó a Rogelio Reyes a quien le decían *el mando*, ahora estos soplones ya no podrán perseguirnos.

Después *el mando* habló sobre la necesidad de que las misiones empezaran a trabajar en la zona. Los hijos debían abandonar sus hogares, las novias a sus novios, los esposos a sus mujeres...

El domingo hasta la hora del retorno fue dedicado a correr las olas, confundidos con la gente del verano, algunos se echaban sobre la arena, otros lanzaban la pelota de goma, o reían simplemente con franca alegría (era una obligación, compañero), o bailaban atrapando algo de la música que se regaba en la brisa. Habían venido a la playa en misión y tenían que regresar de la playa. La verdad para los demás no era la verdad para los compañeros.

Mónica probó otro sorbo de vino. Siempre admiré en ella esa disposición de aprobar sin reparos las cosas que le ocurrían. A Dios gracias yo era una de esas cosas que le había ocurrido. Y acaso le seguía ocurriendo.

Antes de retirarse se detuvo en la puerta, la mirada en el caballete. Yo esperaba que dijera algo, pero nada en absoluto. Se limitó a ver el cuadro como a un objeto cualquiera. Enseguida giró el manubrio.

La seguí con el oído. Sus menudos pasos apresurados por el pasadizo y luego, uno a uno, bajar como gotas de agua las gradas.

El motivo era evidente. El combatiente anónimo se mostraba completo, mirada decidida y una mano firme sosteniendo el Winchester apoyado en la tierra húmeda del valle en lugar de la arena de una playa. Y en vez de un cielo brumoso interrumpido por el vuelo de las gaviotas, como corresponde al litoral, era un fondo celeste pálido y acaso polvoriento, arriba de unos trazos señalados por tallos de cañabrava que andando los años daría lugar a la calle Curibaya.

El cuadro parecía perfecto, quizá como correspondía al escenario en que el soldado luchó cuerpo a cuerpo y sucumbió ante la estocada del enemigo; luego decapitado y cercenadas las manos para que no persiguiera a su victimario. Y su rostro acabado, indubitable, aindiado y rebelde era probablemente semejante al perfil del tipo que dijo haber nacido para ser libre.

Di un paso atrás complacido como pocas veces después de haber terminado un cuadro. Encendí otro cigarrillo y eché bocanadas de humo como en un velatorio.

Al día siguiente bajé al Venecia con el único deseo de llamar a Mónica. Deseaba escuchar su voz, y saber, no está demás decirlo, que estaba en casa.

Sonó el teléfono y escuché una voz de mujer. Se fue a la playa, dijo, no sabemos cuándo volverá.

## Domingo después del pato

Qué voy a salir tan temprano si a esa hora están caminando en el mercado sólo gallinazos y atrás va el Cara'ehuayno espantándolos, levanta ambas manos y dice chuuss, chuuss, chuuss. Alguna vez le escuché decir que no se podía quitar del coco la costumbre de levantarse en la madrugada y andar por un camino largo cuando iba en busca de su burro, y entonces pasaba por la orilla de una laguna donde cientos de parihuanas hundían el pico en el agua helada. El Cara'ehuayno pasaba en medio de ellas alzando las manos y diciendo chuuss, chuuss, chuuss. Por eso se va en la madrugada porque le gusta asustar a los gallinazos, y luego es el primero en abrir el negocio. Qué huamán digo yo, ¿acaso piensa venderle camisa a un señor gallinazo? Yo prefiero estar en mi cama, aunque es verdad que estoy despierto desde la media noche porque soy de poco dormir. No me levanto porque me gusta quedarme echado y envuelto en frazadas escuchando noticias y así estoy siempre al día, minuto a minuto, fíjense lo que uno se pierde mientras duerme, con toda seguridad que más tarde sabrán por los periódicos todo lo que ha ocurrido en la noche y en la madrugada, pero no es lo mismo que enterarse en el momento que lo están pasando y el locutor te dice ¡último minuto!, en este instante se está produciendo un incendio de grandes proporciones en el centro histórico... uno siente la emoción cuando el reportero dice que las llamas empezaron en el primer piso probablemente porque hubo un corto circuito y ahora ya están lamiendo los muros del segundo piso, avanza el fuego, señoras y señores, esto es verdaderamente impresionante, se oye la sirena de los bomberos cuando llega, se oye al capitán que dice carajo para que le dejen estirar la manguera, se oye el chorro de agua y el locutor le pone el micro en la boca del herido que se lo llevan sangrando en una camilla. Ya después me levanto cansado como si regresara de aquel incendio, tomo mi chocolate con sándwiches mientras escucho ampliación de noticias donde dicen que en el incendio no hubo vidas que lamentar y solo cientos de cachivaches que se han hecho cenizas,

aunque los afectados dicen que hubo *miyones* de dólares en pérdidas. Me vengo al negocio mediando nueve o diez de la mañana, si bien a esa hora el Cara'ehuayno y la mayoría de mis vecinos han abierto sus mercas todavía no hay venta, ¿quién va venir tan temprano, ah? ¿Y para comprar un pantalón, una camisa, cuando no hay plata ni para comer? Así que mi sentido práctico me dice que la hora del desayuno es muy temprano para abrir el negocio, la hora del almuerzo es muy tarde, mejor entonces la intermedia, a esa hora en que el estómago se está olvidando ya del desayuno y hay que echarle algo aunque en estos tiempos está mismo difícil, los hombres de ahora ya no somos de tres comidas y sus gustitos a cualquier hora; desayuno chocolate con dos sánguches de lomito, decirlo no más cuando en verdad el desayuno no es más que un triste té con uno o dos panes untados con algo de mantequilla, pan con baba o pan con soledad y punto, en la tarde más o menos a las tres una sopa con su segundo de lo que sea, un pan, una fruta en cualquier estado y su refresco, y punto, de noche ya nada, uno dice que almorzó tarde, que ya está con los años y hay que cuidar la salud, que el otro día un médico recomendó por la tele que pasados los cuarenta hay que quitarse la comida y en su lugar una tasa de leche, o jugo con su sánguche, una fruta, y punto, pero es mejor quitarse todo como yo. Solamente el Cara'ehuayno come tres veces al día, qué barbaridad, será por eso que no se enferma nunca, no dice ni achís cuando hace frío, y siempre con plata el suertudo, hay que ver cómo trata a la gente, saludando muy político él, ¿cómo ha cambiado, ¿no? Antes tenía miedo de hablar y no sabía más que mirar como si estuviera implorando a la Virgen de su Cocharcas querido que le compren algo, nunca decía ¿busca una chompa?, ¿desea un pantalón, caserito?, le hago su precio señora, no, el Cara'ehuayno ponía su cara de asustado y esperaba que anochezca para mandarse mudar. Algunas personas compadecidas se detenían en su tienda, aunque sea para preguntarle el precio de una camisa y eso parecía dejarlo contento. De ese tiempo ya solo tengo memoria, y lo que veo y oigo ahorita es un serrano que para comenzar se ha vuelto devoto del Señor de Pachacamilla, que se pone camisa morada en el mes de octubre y habla como un papagayo y enamora a las chicas *pruébate sin compromiso siñoreta, ti hago su rebajita, por un sol no dejes de comprar lo que ti gusta*, y se estira para alcanzar un paquete, muestra otros colores, cambia tallas, sin parar de hablar, un poco más y la viste

completa a su caserita, en cambio cuando pasan por mi tienda y ven mi cara de negro, que debe ser más mierda para el Cara'ehuayno que la cara de éste para un negro, se quitan apuraditas estrechando contra su pecho la canasta o cartera como si las fuera yo a atracar. Qué venta voy a tener así, por más que trato de sonreír y me porto como un caballero, no vayan a pensar que porque soy negro no soy un caballero, están muy equivocados, lo que pasa es que deben ser provincianas y creen que el negro es muy vivo y al menor descuido les arranca la cartera o les cobra por una merca los dos ojos de la cara, qué jodida gente, ni se les ocurre pensar que el vivo acá es el Cara'ehuayno, con su fachada de yo no fui y esa lengua que no para de aprender algo cada día que pasa, él es el que vende, el que cobra, el que come cebiche a media mañana, suerte digo yo, ha resultado un criollazo peor que si fuera de verdad. Ahora que llevo la cuenta es la tercera venta del Car'ehuayno y en menos de una hora. Son las once y pronto le van a traer su cebiche con papas, camote y su choclo entero que hará humo en cuestión de segundos, el serrano siempre tiene hambre, ese no come, traga, la cuchara la usa como lampa, hay que ver como la arrima al borde del plato y la empuja a su enorme boca de sapo. Voy a poner mi reloj. Van pasando diez segundos desde que empezó la metralleta, dos mordiscos y desaparecen las papas, van pasando veinte segundos y chau camotito, treinta segundos y se desgrana el choclo en la moledora, van cuarentaicinco segundos y la cuchara empuja lo que queda del toyo, y ahora está levantando el plato para beberse el jugo. Un minuto exactamente, y esto que alguien preguntó por el precio de una blusa y el Cara'ehuayno tuvo que responderle.

Pobre negro, me digo, parece un ángel de mal agüero sentado en su banco con los brazos cruzados, bostezando de hambre, o dando trancos para espantar una mosca, a veces se hace el dormido y lo que está haciendo en verdad es espiarme con los ojos cerrados, me doy cuenta porque apenas alguien pregunta por el precio de una prenda el negro abre los ojos y me los echa encima con rabia, y si me resulta una venta coge su libretita que la tiene al alcance de la mano y anota con un lapicero negro como sus dedos, seguramente si le pido las ventas que hice y mi ganancia del día él me lo dice hasta con los centavos. La verdad, a veces me jode su mirada cuando ya no parece un ángel del mal sino un gallinazo tísico, hasta da pena y me entran ganas de

mandarle un cliente, pero enseguida me arrepiento porque el otro día le mandé una linda chica diciendo que mi vecino tenía la tela que ella buscaba y el muy pendejo le dijo que sus telas eran de mejor calidad que las mías y que vendía a precios más baratos que yo. Este negro no sabe pagar un favor y se cree bacán, que habla muy bonito, que es criollo, vivo, intiligente, que los serranos somos un fracaso.

Qué plata le voy a dar a Gudelia si no he vendido casi nada, y ella ya no quiere darme al fiado, así que si pago, almuerzo, si no pago, la cagada; no sé por qué, pero esta negra se ha sublevado contra su raza. No quiere aceptar que le vaya pagando la mitad del menú, que más tarde o mejor mañana le voy a completar el resto junto con el menú de mañana y ella me sale con que no le conviene, que más bien me puede servir frijol en plato chico, con mitad de pan y mitad de fruta y medio vaso de refresco, acepta o no, me dice, y me quiebra la cintura como quien saca la lengua, así que cuando veo que no tengo plata le digo medio cachete no má Gudelia, a veces me pongo a eructar nada más para hacerle creer que estoy medio empachado y que sólo necesito un poco de comida para que no me de hambre en la tarde. Una vez me dijo que la disculpara pues ya no fiaba a nadie porque a ella tampoco le fiaban las verduras y el carnicero subía los precios cuando le daba la gana. Lo que más me molesta es que se retira al toque como si alguna vez le hubiera faltado, pues en lo que a mí me toca siempre he sido cumplido con ella. Seré negro pero honrado. Dará miedo mi cara, pero mi corazón es bueno. En cambio, al Cara'ehuayno le sirve doble y creo que hasta le da fiado. Me estará provocando, digo yo. A ver pues, él comiendo al fiado cuando bien sabido es que vende bastante más que yo, no una o dos ventas, son muchas más, aquí están mis anotaciones, número de ventas, precio y ganancia, ¿sabe cuánto va ganando esta semana, horita que estamos miércoles?, pues nada menos que seiscientos soles, óigame bien, seiscientos soles, ¿y sabe cuánto he ganado yo? cincuenta soles, ¿será justo eso? Y como ha vendido tanto seguro que este domingo se va al estadio a gritar gul, guul guul, guuuuul, porque este Cara'ehuayno se ha vuelto hinchado del Alianza y alguna vez lo he pescado cantando *huérfano pajarillo donde puis ti has venido* y apenas escucha que pasan por Radioprogramas el himno del Alianza se cuadra como un milico y repite *alianza curazón*. Si no será como para darme coraje, pero enseguida se me pasa porque la verdad es que hace tiempo ya

que los jugadores del Alianza no son como los negros de antes, porque negros voy creyendo, aparte de mis hermanos, algunos están en el cielo ya, quedamos Gudelia y yo, al menos en esta cuadra. Ella fue mi mujer, no estábamos casados, entre negros no necesitamos casarnos, bastaba una cama, tuvimos un negrito que murió recién nacido, y no hubo más compromiso, ni siquiera de convivencia, hora que lo pienso mejor hubiera sido ayuntarme con ella ¿cómo hubiera resultado, no?, quizá otro negrito, lo que sí es seguro es que siempre hubiera tenido almuerzo en plato hondo, no importa lo que diga la tele, después de comer como Dios manda ahí tenga su alma, porque ella es una delicia en la cocina, hace un señor arroz con pato, una causa de papa amarilla pa que te cuento, un cabrito a la norteña de chuparse los dedos, y tiene una clientela leal; pobre de ella si se enferma, ese día es de ayuno vecinal. Menos mal que la negra es fuerte como un roble, aunque los años y la vida tan ingrata la han vuelto sentimental. Ya no me mira de frente si bien es cierto que no me guarda rencor. Nunca ha dejado de traerme el almuerzo si bien ya no me da al fiado. Ya no se distrae los domingos por donde vivo si bien es cierto que no se corre de mi presencia. Para ser sincero yo tampoco le guardo rencor, no la espero en la noche, no sueño con ella, para mí ella es como el ropero, está allí si es que he abierto los ojos, no tengo sentimiento cuando veo que se demora donde el Cara'ehuayno compadecida quizá porque perdió a su mujer. Lo que no tengo claro es lo mucho que ella ha cambiado, de haberlo menospreciado igual que al gallinazo hora le atiende como una mulatica, de haber jurado que los criollos se van acabando por culpa de los serranos, que ya no hay negros porque los serranos crecen como yerba mala, que los criollos ahora han nacido en el arenal de Túpac Amaru o en el cerro San Cosme, en lo que ha venido a parar, un poco más y la pobre Gudelia acabará diciendo *señor*. Quisiera cortarme las orejas antes de oír eso, quisiera arrancarme los ojos para no verla colgada del Cara'ehuayno, como creo que estoy viendo, esta ladina acabará a sus pies. Lo que me martiriza es que acabará feliz.

A mí me enseñaron desde chiquito a cerrar la boca, hablar lo necesario para decir lo que uno quiere, porque la lengua es como filo de navaja, corta apenas lo tocas, hiere sin que sea tu voluntad, siempre trae rencores y te deja la boca llena de espuma. Agradecido al que me enseñó. Pero en el negocio uno tiene que ponerse mosca, con

respeto eso sí, al cliente le gusta que lo traten bonito, si es una dama hay que echarle más pimienta, esa blusa caserita le pone preciosa, aunque a las claras parezca más fea que una burra con aretes. Un poco de mentira ¿ayuda no? Con los años he descubierto ese pequeño secreto que aumenta la venta, a la fea le hago creer si no bonita cuando menos que no es fea, al viejo le alivio la vejez, al serrano le quito el susto, al negro lo blanqueo, al mudo le hago sonreír. Yo mismo aprendí. El negro me decía serrano hablas mucho y ahora me dice mudo, y hasta piensa que el fenecimiento de mi Laura me ha hecho bien, yo me he vuelto mudo desde que ella se ha muerto, dice, y no sabe lo mucho que he sufrido por ella y cuánto la extraño desde el instante de su partida. Es verdad que ya me he recuperado, quedarse solito así de pronto había sido muy doloroso; ese dolor que no duele había dolido mucho más. Los domingos le llevo flores, al comienzo había pensado llevarla a Ayacucho como era la voluntad de ella pero desistí poco después pensando que cuando yo muera quién me llevará a Ayacucho porque hijos no tuvimos y los parientes ya no se acuerdan de uno, en cambio acá los vecinos terminarán por apiadarse y no les costará gran cosa llevarme al lado de mi Laura, todo eso lo tengo pensado, las molestias y los pagos para que nadie diga ese muerto resultó muy vivo, no pues, yo quiero que me recuerden mejor que al negro; ya compré a la Beneficencia el nicho que está junto al de Laura, pues le había prometido que estaríamos juntitos en la muerte tal como hemos estado en vida; voy pagando cuotas a la funeraria y al florista del cementerio El Ángel le doy su propina para que mantenga frescas las flores y limpia su lápida. Cómo la habré querido a mi difunta que he pensado que no tardaría mucho en morirme y de inmediato puse a prepararme también, además en mi pueblo dicen que si dos personas se quieren el que muere primero jala al otro, y así estuve esperando mi turno, será mañana, será pasado mañana, aprovecha casera estoy rematando la mercadería, oiga caserito este precio no vas a encontrar ni en la cachina, hasta que un día la buena doña Gudelia me dijo, oye Cara'ehuayno por qué estás regalando tu merca, qué futuro tendrás, vas a terminar peor que el negro sin pagarme el almuerzo completo, así reaccioné como al mes de la partida de Laura, justamente gracias a la negra que antes me miraba de medio lado, pero acabó sirviéndome más que al negro porque le pago doble y nunca le pido fiado y a veces me olvido del vuelto. Este

domingo pensaba ir al cementerio como todos los domingos después de almorzar el buen arroz con pato de doña Gudelia, pero justamente ella me ha pedido que la lleve al estadio no importa si no le toca jugar al Alianza, asegurándome que ya no le pide al negro que la lleve al estadio, al cine o a dar una vuelta por el Campo de Marte porque siempre le sale con el mismo pretexto, que está resfriado o tiene alguna dolencia que le empezó en la mañana de ese mismo día. Voy sacando mi cuenta, caserito, voy sacando, telas, camisas, pantalones... cebiche, arroz con pato, caserito...arroz con pato.

## Carta hallada en una gruta

*Te escribo esta carta para decirte q' todo terminó entre nosotros. Todo lo q' habíamos planeado juntos, Francisco, se terminó para siempre.*

Así comenzaba la carta escrita con trazo nervioso en un papel de cuaderno. Estaba cubierta por una pequeña piedra que amenazaba desprenderse de una grieta de la caverna a la que yo había ingresado agachando la cabeza. Al notar que se trataba de un papel dejado por alguien en un lugar impensable, me acerqué con cuidado y contemplé un momento antes de palpar con el dedo y poder retirarla. Pensé en mil cosas. ¿Tal vez una manda escrita pidiendo un milagro? ¿Quizá aguardaba a alguien para convertirlo en el eslabón de una cadena que obligaba a cumplir ciertas tareas antes de pasar al siguiente infeliz? ¿Quizá era un pedido de auxilio o la denuncia de un nefando crimen dejado allí para ponerse, como denunciante, a buen recaudo? Por un instante pensé dejar las cosas como estaban. Pero más pudo mi curiosidad dispuesta a aceptar las consecuencias. Al extenderla noté que solo se trataba de una misiva cuyo destinatario era Francisco. Así, Francisco a secas.

Mi atención se había desviado tanto que me hizo olvidar a qué había subido a la gruta incrustada en la mitad de una montaña de la Quebrada de Burros.

Había llegado a esa parte de la montaña atraído por dos cruces ataviadas con bandas de terciopelo y flores que se exhibían en la boca de una caverna. La caverna imponía un profundo respeto. Siempre me pareció una boca abierta a las profundidades de la tierra o una mirada vacía de la montaña. Sobre unas peñas de cemento se alzaban las Cruces del Morro de Sama. Una cantidad de flores, mustias ya, sobrevivían en recipientes de cuello largo. La cruz mayor exhibía siete bufandas de terciopelo. Me di el trabajo de contarlas. La de encima, de color azul marino, consignaba, en letras de oro el año

del Señor 1995, los nombres de sus devotos Fernando Vargas y Carmen Villasante de Vargas, y debajo el nombre de Sama, su lugar de origen. Alrededor de la Cruz, desperdigados por el piso de tierra, había hojas de coca, cenizas y restos de una no tan reciente ceremonia. Haría un mes de eso cuando menos, pero allí estaban las huellas frescas. Ahora una densa neblina cubría la parte baja de la quebrada. Débil y lejano llegaba el rumor casi imperceptible de las olas, y de tanto en tanto se oía el graznido de algún perico o el aullido distante del lobo de mar.

Todavía pensaba que la Quebrada de Burros debía llamarse en realidad de Brujos, o dicho con mayor propiedad Quebrada del Brujo, porque allí no había burros y en cambio vivía un brujo, querido y odiado como todos los brujos, cuyo nombre parecía una mueca, Ñato Patricio. Su vivienda, o lo que quedaba de ella, rota a dinamitazos por una compañía que requería piedras para construir el muelle del futuro Puerto Grau, a poco más de un kilómetro de allí, estaba resguardada por un candado la puerta de madera lacrada como una lápida en la mitad de la montaña de piedra. Pero nada, ni la sombra de un burro. Y ¿por qué tendrían que haber necesariamente burros para que llevaran su nombre? ¿Acaso no había lugares que llevaban nombres de animales que allí no existían? En ese momento estaba pensando en algún burro, salvaje o civilizado, cuando divisé la arista de una piedra a muy corta distancia de mi cabeza y al retirarla vi una pestaña blanca, el borde del papel sobresaliendo en la grieta.

*Nunca pensé q' llegaría a hacer esto, al menos no ahora. Pero tú lo quisiste así. Les dijiste a mis amigas (si es que a esas se puede llamar amigas) q' entre nosotros todo había terminado.*

Era un cucurucho de papel que parecía envolver un resto orgánico, el cabello o la uña de algún devoto en problemas que buscaba ayuda providencial. Al igual que una carta metida en una botella arrojada al mar, esta fue colocada en una grieta de la caverna. A medida que fui desplegando la hoja de papel, me di cuenta que la carta tenía como destinatario a Francisco, sin apellido y sin dirección, seguramente un chico, a saber por el tono de la escritura, que debía estar en algún lugar del puerto. Y que debía acudir a la caverna para poder leerla. Y así como no tenía fecha, tampoco llevaba nombre ni firma de la remitente, ¿cómo se llamaba la infeliz remitente? Claro,

debía ser una mujer, y una mujer bastante joven que estaba en una situación fatal.

*Si es así, todo lo q' me dijiste, todo lo q' pasamos juntos, todo lo q' hice por ti, todo lo q' me prometiste, lo q' una vez planeamos juntos era mentira, no significo nada para ti, eres un falso, siempre se me hizo difícil creerte, sabes ¿por qué?, porque yo siempre me enteraba cosas q' hacías a mis espaldas, ¿crees q' no me enteré q' habías dormido con yanet, escribo con minúscula el nombre de esa puerca, después de la fiesta en Alto Ilo?, ¿y q' trataste de besar por la fuerza a Magaly?, ella misma me lo contó. ¿Cómo pudiste hacer eso? Yo nunca te traicioné, sabes ¿por qué?, porque yo te quería, te amaba como una loca, pero creo q' tú lo echaste a perder, todo lo q' una vez pasó entre nosotros lo arruinaste.*

Fuera de la caverna, sobre espacios pequeños ganados al flanco había corrales de piedra de diversos tamaños. A cierta altura del lecho se abría un perfil de conchales superpuesto en estratos que había cortado un antiguo río. Se observaban fragmentos y piezas completas de espóndilos en abundancia. En base a esas conchas Daniele Lavallée calculó la más temprana presencia humana en la Quebrada de Burros de unos seis mil años antes de Cristo. Unos cuantos batanes de piedra con cuenco irrefragable de haber sido usado para la molienda de maíz, manchas de carbón impregnadas en los muros de adobe y techos de tierra eran el claro testimonio del paso del hombre.

No solo del hombre de hace miles de años, lo era también de los más recientes, de aquellos que vinieron con el invierno que acababa de pasar, ya que las lomas de Sama que son la parte superior de la Quebrada de Burros se formaban con la humedad del invierno y abastecían de forraje a las cabras, ovejas y vacunos que bajaban de la sierra siguiendo la ribera del río Sama. Permanecían el tiempo necesario hasta que el pasto se secaba y los animales se veían hinchados antes de emprender camino al matadero o retornaban a sus potreros de la precordillera. Al atardecer, después de haber dejado sus animales a buen recaudo en los corrales, los pastores se asomaban al Morro despejado para ver extasiados la puesta del sol en un punto de la inmensa finitud del mar.

¿Y los burros? ¿Dónde estaban, si es que alguna vez estuvieron?

—En esos corrales—dijo Miguel, señalando unos restos de muro—, si no estaban en los corrales estaban en las lomas, y si no estaban en los corrales ni en las lomas rebuznaban de hambre en esta quebrada. Debe haber todavía unos cuantos burros ariscos, dos o tres, cuando mucho. Lo malo es que no he visto ninguno.

De lo que estaba seguro Miguel era que en esa mitad de vivienda enclavada en la roca vivía el legendario Ñato Patricio, quién era a lo mejor el más rico de cuantos brujos había en el Perú. Dejaba su automóvil en la caleta Grau al cuidado de un pescador y emprendía a pie el sendero a su vivienda de la quebrada llevando en la mano una pequeña maleta. Subía la estrecha escalera de piedra y al llegar al centro de la montaña giraba la llave y desaparecía en el averno. Otros brujos venidos de la costa, de la sierra y de la selva desaparecían tras esa misma puerta una vez al año para celebrar el solsticio de invierno, y otras veces individualmente en compañía de algún menesteroso para realizar una misa de sanación. ¿No sería por eso más apropiado llamar Quebrada de los Brujos? Es curioso, la Quebrada de Burros era más conocida en otros lugares que en el propio puerto que estaba a vuelta del cerro de arena.

*Es por eso q' el hijo q' estoy esperando nunca lo vas a ver, sí, estoy esperando un hijo, y de eso justamente quería hablar contigo mañana a las 9:00 pm., has todo lo posible si es q' quieres hablar del hijo que voy a tener, te esperaré un cuarto de hora nada más. No me llega mi regla hace dos meses y medio*

Un hilo de agua alimentaba las pocas gramíneas que sobrevivían en el cauce de la quebrada. Y aplacaba la sed del ganado de un rico comerciante de Ilo cuando estaba de paso a las lomas de Sama. Poco más abajo el agua se extinguía inexorablemente. El propio Miguel debía caminar unos quinientos metros pendiente arriba para recoger agua de un pequeño reservorio. En un flanco de la quebrada, pródiga en rocas engarzadas en tierra, distante del cauce unos cincuenta metros, se encontraban las dos cavernas, una más grande que la otra, en cuyos ingresos se mostraban las cruces.

*pero no te preocupes, yo voy a enfrentar sola este problema, he pensado incluso matarme, pero esta mañana prometí*

*vivir para mi hijo... ya está decidido, me voy con una persona q' me va a ayudar económicamente, me voy antes de q' se den cuenta, me voy sin ti porq' sé q' no eres capaz de enfrentar ningún problema, eres un irresponsable. Cuando termines de leer esta carta, por favor, rómpela.*

No sabía qué hacer con la carta, si devolverla al estado en que la encontré en espera de su legítimo destinatario, o romperla como pedía su remitente. Al final decidí guardarla en mi bolsillo, convencido de que la carta jamás llegaría a manos de Francisco. No tenía fecha, la grieta donde la introdujeron era difícil sino imposible de ser detectada, y la fiesta del Señor de Sama había corrido hacía un mes, y aparte de las cuatro personas que habíamos esa tarde, la Quebrada de Burros se abría ancha por los lados e infinita por arriba; se mostraba silenciosa, apenas rasgada por un halo de misterio que exhalaba la casa del brujo.

Pero ¿una carta en una grieta perdida de una caverna? Se me hizo por supuesto que Francisco era un chico con apellido y dirección conocida, y la remitente una chica, su chica, que había quedado embarazada. Ella le escribió la carta pensando que Francisco sabía dónde encontrarla, de otra manera no tendría ninguna explicación que ella se diera la molestia de viajar desde Puerto de Ilo para dejarla en la Quebrada de Burros. Supuse que esto era posible solo porque en algún momento de su romance Francisco y su chica habrían acordado acudir a la mediación del Señor para resolver una desavenencia a través de una carta dejada en la gruta y reciba la mirada escrutadora del que todo lo sabe.

Habíamos dejado la camioneta al pie del morro de Sama, en una pestaña de arena al final de una caída de mil metros. Entre los arrecifes golpeados por las olas, los lobos marinos aullaban la puesta del sol y sobre las isletas de piedra negruzca y largas franjas de capa blanquecina sobrevolaban las aves guaneras.

En aguas próximas a la caleta de Grau flotaban las chalanas de los pescadores y sobre la arena firme de la playa se alzaba el campamento de la constructora, con tractores, brazos mecánicos y un promontorio de piedras que parecían yucas recién cortadas, pardas por fuera y blanquizas por dentro, acabadas de arrancar a la montaña del brujo de la Quebrada de Burros. En nombre del progreso habían

empezado a construir un muelle para el calado de pequeñas embarcaciones.

A Puerto Grau llegaba un camino de tierra que se abría paso desde la Quebrada de Burros flanqueado por empinados peñones y erguidos cactus de tres a cuatro metros de altura.

Pensaba en la sucesión de seres extraños siguiendo un orden al parecer establecido: primero los espóndilos milenarios, enseguida los burros silvestres, más tarde los brujos, después las cruces que vinieron para ahuyentar a los brujos, y por último esa carta desesperada escrita por una muchacha recriminando a su enamorado y pidiendo conversar con él.

Si acaso Francisco fue a la caverna es comprensible que no encontrase la carta. Quizá no es tan cierto ese aforismo de que quien busca encuentra. Quizá es al revés. Yo la tuve en mis manos sin haberla buscado. Me bastó levantar la mirada impulsado por la idea de no golpearme la cabeza en una de las tantas aristas de la caverna, cuando distinguí una diminuta piedra que amenazaba descolgarse de una grieta. Al retirarla noté el papel. Pero ¿por qué dejaría el mensaje en una grieta y cubierta con un pedrusco y no, por ejemplo, al pie del madero de flores como era lógico? Ahora que reacciono, aun cuando Francisco hubiese encontrado la carta de nada le habría servido pues la hora de la cita, y la tolerancia de solo un cuarto de hora que le había dado, no le habrían servido de gran cosa. Pero se hubiera enterado que iba a ser padre, y que ella, su amada, había tomado la fatal decisión de irse, huyendo de él y de sí misma.

Pero ¿quién era Francisco?

Lo más probable es que Francisco era hijo de pescador, la mayoría de hombres de la costanera se dedican a la pesca, y tanto él como su enamorada habrían conocido la Quebrada de Burros siguiendo a los devotos de la Cruz del Morro de Sama. Su padre sería devoto de la Cruz a pesar de que era pescador (demás está decir que los pescadores tienen a San Pedro como su patrono), ocupación que Francisco habría aprendido a amar desde niño, de modo que cuando le llegó la edad de decidir un oficio no habría dudado en aquella que lo ligaría al mar.

Y cuando se enamoró y llegaron también los reclamos, las discusiones, los desaires, los días sin verse, por simples atenciones o

miradas prohibidas como la que pareció haber hecho Francisco que había intentado besar a Magaly y otra que durmió con Yanet después de una fiesta en Alto Ilo. ¿Qué hizo después Francisco? Según decía la carta Francisco no sabía que ella se enteró por boca de Magaly, y que no hubo oportunidad para encararlo, o quizá ella prefirió dejar las cosas como estaban para más adelante.

Cosas que pasan todos los días, pensé. ¿Qué hizo Francisco si es que hizo algo? ¿La buscó para darle explicaciones? ¿Dijo que fue un error? ¿Tal vez una exageración? ¿Acudió a la caverna para buscar el mensaje al pie de la Cruz? ¿Pasó horas registrando cada grieta infructuosamente? ¿Fue otro desengaño por romper la promesa que se hicieron de acudir al Señor como un mediador cada vez que discutían?

Tomé nota de algunos datos mencionados en la carta que podían servirme como indicios para una posible búsqueda. Alto de Ilo, Yanet, Magaly, aparte del mismo Francisco. La fiesta en Alto de Ilo donde Francisco durmió con Yanet. Supuse que de allí sería también Magaly. ¿Alguien conocía a Yanet o a Magaly en Alto de Ilo? Podría preguntar por esos nombres en una bodega o en una tienda donde vendieran objetos para mujeres. Vi chicos y chicas, alegres y bulliciosos, deambulando por estrechas aceras. A lo mejor iban con ellos Francisco, Yanet y Magaly. Estuve tentado de acercarme a uno de los chicos y preguntarle si conocía a Francisco. Pero me contuve, creo que a tiempo, esto era como señalar un árbol como referencia en un lugar donde abundaban árboles. Quizá era mejor preguntar en el puerto, a los mismos pescadores. Aumentaba la probabilidad de ubicarlo allí, donde no habría muchos jóvenes que tuvieran alrededor de veinte años. Si preguntaba a algún pescador por uno de nombre Francisco, quizá podría identificarlo.

Me acerqué al mozo que estaba a punto de remar su chalana y pregunté si acaso conocía a otro pescador, joven como él, de nombre Francisco. Me escuchó con curiosidad, me miró una y otra vez, luego volvió la mirada hacia el mar y acabó diciendo que no conocía a ningún pescador ni viejo ni joven que se llamara Francisco. En suma, una tontería. Recorrí el muelle, me embarqué en un bote que me hizo dar una vuelta por las aguas del rededor y regresé a las calles de la ciudad puerto, respirando el olor a mar y contemplando su horizonte infinito.

Esa noche no pude dormir pensando en los vericuetos del amor y la angustia que causa al enfrentar la verdad, en las ilusiones que se desmoronan al chocar con las consecuencias. ¿Qué sería de la muchacha? ¿Qué de Francisco? ¿Magaly lo sabría? ¿Y Yanet se habría arrepentido por tratar de engañar a su amiga dejándose besar por el enamorado de ésta? Me sumergí en una infinidad de conjeturas, y acabé trazando algunos escenarios. En el supuesto de que Francisco decidiera buscarla, asumiendo su hombría, dado que algo debía obrar en él su condición de creyente, llegaría un momento en que volverían a encarar la promesa que se hicieron de recurrir al Señor para superar sus conflictos, seguramente ella haría referencia a la carta que dejó en el lugar que convinieron y si acaso Francisco querría tener una prueba de aquella declaración no habría mejor forma de hacerlo que acudiendo al lugar donde la carta los esperaba.

Entonces me levanté temprano y abordé el primer auto que pasara por la costanera. Me bajé en la boca de la Quebrada de Burros y emprendí camino hacia el interior en busca de la caverna de la Cruz de Sama. Volví a doblar la carta en tantas partes como era en el original y lo introduje en la gruta. Que la carta aguarde a sus legítimos dueños no importa el tiempo que demore.

Al hacerlo me sentí liberado de una pesada carga de conciencia, y acaso algo de vergüenza. Y mientras abandonaba el lugar entendí por qué se llamaba Quebrada de Burros.

## La noche del crimen

—Señora Alicia, por favor, sólo quiero que me oiga unas palabras—.

La voz del hombre llegaba suplicante desde la puerta.

—Nada más unas cuantas palabras y me iré. Quizá se trate de un mal entendido.

Al escuchar la última frase, la señora Alicia rechinó los dientes. ¿Qué quería decir el bellaco con eso de mal entendido? ¿La estaba tomando por estúpida o por loca?

—Pero es mejor que me oiga, señora Alicia, que todo sea por su bien y el de sus hijas. Yo tengo la mejor intención de que todo esto acabe de la mejor manera; no estoy solo, me acompaña una compañera querida y conocida de usted.

¿Quién podía ser la compañera? La posible identidad de la acompañante la intrigó. ¿Mercedes? ¿Tal vez Judith? ¿O quizá Hilda? Gregorio las trataba como si fueran sus hermanas, y no podía ser de otra manera toda vez que pertenecían al mismo partido, y si eran hermanas de Gregorio lo eran también de Alicia. Pero ¿quién era la compañera? ¿Y de quién era la voz que suplicaba desde la puerta? ¿Quién era ese compañero a quien el partido había designado para hablarle?

Intentaba imaginar el rostro del compañero, alguno que había conocido en el partido las pocas veces que acompañara a Gregorio en los eventos cívicos y los compromisos sociales. Alicia era renuente a la política, su madre y después las monjas del colegio donde estudió le habían inculcado la idea de que la política era una de las peores cosas que le había ocurrido al hombre. Pero al contraer matrimonio con Gregorio se volvió en la esposa que terminó aceptando las ideas, los compromisos, las costumbres de su marido. Y así se hizo al partido y conoció compañeras y compañeros.

Veinte años después, lo que había construido día a día con abnegada paciencia y amor, había recibido un certero martillazo. Y

nada menos que del hombre por quien lo había dejado todo y en quien había depositado ciega confianza. Todo lo que se relacionara con Gregorio se estaba haciendo añicos. Su matrimonio, la casa, su dulce hogar, sus hijas, ¡por Dios! ¿Qué sería de ellas cuando supieran la verdad? Alicia sentía que se desmoronaban el partido, el ministerio, el gobierno, el país, todo, cosas, personas e instituciones, todo se quebraba hasta reducirse a pequeños fragmentos.

Se pasó el pañuelo para quitarse la humedad de los ojos y sonó la nariz con una servilleta de papel. Se arregló el abrigo y salió.

Al abrir la puerta supo de quienes se trataba. No se lo esperaba, un poco más y era el presidente en persona que venía a visitarla. Pero ¿era acaso para menos lo que había ocurrido? Ahí estaba la prueba, nada menos el compañero Enrique Helguera, uno de los hombres más respetados, suplicando en nombre del partido que lo escuchara.

—Tú comprenderás Enrique— dijo Alicia—, para mí esto es el fin del mundo, todo lo que había construido con abnegación durante años se arruinó para siempre, todo lo que era mío se ha hecho añicos.

Lo acompañaba Dalia, la esposa de Enrique. A diferencia de Enrique que se esforzaba por parecer sereno, severamente sereno, ella manifestaba el sentimiento solidario que una mujer siente ante un conflicto que afectaba sobre todo a una mujer.

—Déjame estar contigo— dijo Dalia—, sé lo que es eso, de pronto parece que se acaba todo, la vida pierde sentido, te conviertes en nada.

También Enrique desaprobó con la cabeza al tiempo que buscaba un punto fijo en la alfombra. Una idea en qué apoyarse. Pero no hay nada que no tenga arreglo, dijo.

Y ¿qué arreglo podía tener?, pensó Alicia. ¿Podría juntar los pedazos de vidrio roto y recomponer el espejo de modo que no quede ni un rasguño de lo que fue al principio? ¿Acaso había forma de recomponerlo?

—Solo la muerte no tiene remedio, Alicia. Para un cristiano incluso la muerte es un remedio. No lo olvides, la muerte es el camino a la salvación.

Pero a ella le había pasado algo peor que la muerte. Gregorio estaba vivo, claro está, y ella también lo estaba. Lo que había muerto era algo más grave, Gregorio había muerto para Alicia y Alicia estaba muerta para Gregorio.

—Es que todavía no sabes cómo ocurrió, Enrique, ni tú, Dalia. Ninguno de ustedes sabe cómo fue aquello.

Alicia tenía que tomar el avión el lunes. Había avisado a Gregorio que estaba lista, que sus hijas se quedarían con la abuela, pero a última hora ella le hizo saber que el reverendo Bernardo se estaba muriendo en el hospital y las hermanas de la parroquia habían acordado hacerle una visita el día martes por la mañana, lo haría la hermandad en pleno, a lo mejor era la última vez que lo verían, tan mal se había puesto el pobre que el último fin de semana le habían entubado para facilitarle oxígeno. Y mamá quería que la acompañe. No olvides, cariño, que fue el padre Bernardo quien bendijo nuestro matrimonio y era el consejero espiritual de la familia. Alicia dijo que también le gustaría hablarle al padre Bernardo, aunque fuese por última vez.

Gregorio fue complaciente, como de costumbre. Jamás se había opuesto a nada. Es una gran pena, querida, me hubiera gustado estar con ustedes y saludar personalmente al padre Bernardo; por favor, hazle saber mis sentimientos. Dijo también que llamaría de inmediato al restaurante Las Brujas y postergar la cena que había reservado para mañana por la noche. Lo siento, querida, será para cuando vengas.

¿Una cena en Las Brujas? Alicia no se lo esperaba. Al cabo de varios años de casados y con los problemas del ministerio al diario, Gregorio se había dado la molestia de pensar en ella y encargado una cena íntima para ellos dos, tú y yo solos. Una gran noticia. ¿Qué bichito había picado a Gregorio? Alicia pensó corregir el mensaje, guardó el boleto de vuelo que estaba a punto de cambiar y renunció marcar el teléfono de la compañía. Trazó una elipse. Bah, no era momento de que el reverendo Bernardo se muriera, mamá iría a verlo con las hermanas de la parroquia, y las niñas podían acompañarla si deseaban. Pero ¿cómo perderse una cena romántica en las Brujas? Imposible.

Llamó a su madre. Y asunto arreglado, el martes por la mañana mamá iría con las niñas a visitar al padre Bernardo. Ahora sería Alicia la que daría la sorpresa a Gregorio.

Alicia abordó el avión. Mientras cruzaba el cielo iba pensando en la cara de sorpresa que pondría Gregorio cuando la viera llegar a casa. Y vendría luego la cena íntima. Una noche romántica después de años. Pero ¿cuál era el motivo? Estuvo cavilando durante horas. Repasó los aniversarios que celebraban siempre. La pedida de mano, la de bodas, el día que se conocieron, la primera vez que hicieron el amor, la primera bronca. Si Gregorio le preguntara tomándole la mano, ¿sabes, querida, qué aniversario celebramos hoy?, se moriría de vergüenza porque no tenía la menor idea de qué acontecimiento se trataba. Por eso mismo valía la pena celebrarlo, ahora que Gregorio se había inspirado como en las noches de noviazgo.

No había dejado de acariciar la idea cuando llegó al aeropuerto y enseguida abordó un Remis negro para no despertar sospechas y corriera el rumor a oídos de Gregorio antes que ella pusiera la llave en la puerta. ¿Qué haría Alicia si acaso Gregorio no se encontrara en casa? Era una posibilidad seria. Ya que no la esperaba el lunes podría ser que se fuera a una reunión de trabajo, o a una tertulia política en el partido o a tomarse un café con algún compañero. En ese caso no dudaría en llamar a algún amigo común para hacerle saber que un familiar que llegó del extranjero estaba tocando el timbre.

A las diez de la noche Alicia puso la llave en la puerta de casa. Giró despacio, evitando hacer ruido. Las luces del hall estaban encendidas, y supuso que también las de la sala, del comedor, de las gradas. Respiró con alivio. Se preparaba para dar un saltito sobre la alfombra y tal vez soltar una exclamación que pusiera a Gregorio en alerta. Luego se contuvo como quien frena en seco tras una carrera. La lámpara de la sala alumbraba un escenario insólito. Un saco tirado sobre el respaldo del sofá; al lado la corbata roja con puntitos blancos a modo de estrellas. Al costado otro saco oscuro. Sobre la mesa del centro colillas de cigarrillos en el cenicero; dos vasos con restos de whisky y al lado una botella entera de etiqueta azul. Alicia estuvo a punto de pegar un grito. Sospechó lo peor.

Dejó los zapatos sobre la alfombra de la sala para no hacer ruido y avanzó las gradas del segundo piso. Iba de grada en grada como si le costara levantar los pies. Cuando llegó al descanso de la escalera vio la puerta del dormitorio apenas entreabierta y una tenue luz que mostraba la mesa de noche. Tras avanzar otros dos peldaños

escuchó voces cansadas, susurros, otro paso más y vio con inconfundible claridad enmarcado por el delgado rectángulo dos cuerpos desnudos, uno de ellos ensayando de jinete.

El impacto de aquella escena fue de tal grado que Alicia rodó gradas abajo tras haber lanzado un estridente grito. Jamás supo cómo Gregorio y Natalio salieron de la casa.

Enrique tenía la cara chamuscada como si le hubieran dado una bofetada. Hacía rato miraba anonadado el mismo sitio de la sala. Probablemente donde estuvo el bendito saco de Gregorio que Alicia vio desde el hall. Le costaba dar crédito al relato que acababa de escuchar. Dalia sentía exactamente lo mismo, la mirada petrificada en el cenicero vacío.

—Es muy trágico— dijo Enrique—, muy lamentable. Alicia, ¿cómo quieres que las cosas vengan ahora?

Y la miró con inquietud.

—¿Crees que esto ya no tiene ninguna solución? ¿Estás convencida de esto?

—Ninguna— dijo Alicia, resuelta—. Gregorio es un hombre muerto para mí.

Un largo silencio. Enrique no encontraba las palabras, o parecía que no las encontraba. El compañero Enrique podría tener los defectos que se podría imaginar, pero no que se callara porque sus ideas no encontrasen las palabras adecuadas.

—Estoy de acuerdo contigo, Alicia, Gregorio es un hombre muerto— dijo Enrique. No lo volverás a ver si es tu deseo. También comprenderás que Gregorio es un hombre demasiado importante para nosotros. Aunque sea despreciado por ti y despreciado por los compañeros, él es demasiado importante. Se te dará todo el apoyo que quieras, tendrás la casa, los carros, el sueldo, se les dará protección a tus hijas y a ti.

Alicia estaba absorta. Hasta el momento solo había expresado su indignación. No había insinuado aún qué haría en adelante. No lo había pensado. No había tenido tiempo para pensarlo. Todavía no acababa de entender lo que había ocurrido con Gregorio. Cuando lo planteó Enrique, Alicia entendió el lado práctico de las consecuencias de lo que hizo Gregorio. En la imaginación de Enrique

y los compañeros quizá ese lado práctico ahogaría rápidamente otras consecuencias previsibles como el escándalo y éste no sería un escándalo de vecindad, sino una de esas tempestades políticas que saltarían al cuello del gobierno. ¿Cuánto valía su indignación? ¿Cuánto su honra de mujer? ¿Cuánto la dignidad de sus hijas? No tenían precio, no podían calcularse como si fueran cosas.

Guardó silencio. Si el escándalo podía ser capaz de arruinar a todo un gobierno, ¿cuánto podía arruinar la dignidad de sus hijas y la de ella misma? Por último, después de tanto rodar por los por qué, ¿qué encargo se traía Enrique entre manos? ¿Qué tenía que hacer la pobre Alicia? ¿Qué tipo de sacrificio le pedían el partido y el gobierno?

—Algo bastante simple—, dijo reconfortado Enrique, —y a la vez bastante complicado.

Enrique se puso de pie. Le siguió Dalia en silencio. En realidad, Dalia no hablaba ya y ni siquiera movía la cabeza para apoyar o desaprobado las propuestas de Enrique. Se despidieron. Alicia los acompañó a la salida del hall. Giró la llave hasta el tope para asegurarse que nadie intentara abrirla. El día anterior había hecho cambiar la clave. Y el día y noche siguientes se dedicó a separar los trajes de Gregorio y sus enseres personales en bolsas de basura, sus libros en cajas de cartón, su escritorio arrastrado a un rincón del patio. Sin fatiga y el sueño abatido intentaba febrilmente arrinconar la imagen, el recuerdo, y todo lo que se relacionara con Gregorio.

El día viernes muy de mañana fue al aeropuerto a recibir a sus hijas. Alicia estaba lista para anunciarles que era el último desayuno que tomarían en casa.

—Iremos a una casa cerca del mar — les dijo—, allá pasaremos las vacaciones.

Dos horas después sonó el timbre. Cuando Alicia abrió la puerta vio estacionado ante la puerta de calle un auto oscuro de lunas polarizadas. Vio descender a un hombre de riguroso negro que hizo una venia al tiempo de extender un sobre manila sin inscripción. El hombre dijo que era de parte del senador, volvió a inclinar la cabeza, dio media vuelta y abordó el automóvil.

Los pasaportes, los pasajes, las direcciones, parecían estar en orden. Una llamada telefónica de Enrique le dio confianza. “Tenga fe,

Alicia, todo saldrá bien”, dijo Enrique. Ella agradeció, “ojalá tengas razón”.

Durante el vuelo estuvo meditando con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el respaldo. Las hijas la veían dormir con las gafas oscuras puestas. Desde la noche del crimen, como la llamaba Alicia, las llevaba puestas para ocultar la pasión que expresaban sus ojos centelleantes. A pesar que la cubrían bien, Alicia simulaba dormir para que sus hijas no percibieran que estaba destrozada por dentro. El lugar al que iban era en realidad un refugio. Nadie las perseguía, huían de Gregorio y de ellas mismas.

—Es un lugar precioso—, dijeron al unísono las hijas cuando el avión descendía sobre la ciudad de Panamá. “Sí”, despertó Alicia. Sonrió sin mostrar alegría. “Es precioso”. Aunque para sus adentros pensaba que era el lugar perfecto para purgar un pecado, de los más graves. El lugar perfecto que elegía el gobierno para desterrar a los estorbos.

Un designado los guio a un departamento de tercer piso, ubicado en un lugar exclusivo de la ciudad, con un enorme ventanal que daba a la bahía. Las hijas estaban felices de la vida. La recorrieron de parte a parte dando alaridos.

Alicia asomó a la ventana para contemplar el mar y sintió la enorme atracción que ejercía sobre ella. Aunque no lo tuviera a cuerpo expuesto, dejando huellas en la arena movediza de la playa y enfrentando las olas, el mar continuaba siendo un viejo amigo pese a la distancia que había recorrido y al extraño nombre que tenía en esa parte del mundo. Quieto, azul, inconmensurable. Todo cuanto veía desde esa ventana tenía una belleza enigmática. Los ojos se le humedecieron.

Alicia se dejó vencer por el vacío. Pensó que hasta la belleza tenía patria, hogar, familia. Aquella bahía que contemplaba podía tener todo el encanto que quisiera, pero Alicia no estaba en ella. Era completamente nueva, extraña y desolada.

Pensaba que uno de los días más felices de su vida no fue cuando Gregorio Gandolfi y ella se dieron el sí ante la atenta mirada del reverendo Bernardo en la Basílica de San Pedro, sino el día en que Gregorio subió al estrado del Salón Dorado de Palacio con un fajín rojiblanco que rodeaba su cintura, se puso de rodillas ante el señor

presidente, apoyó una mano sobre los Santos Evangelios y levantó la otra con la palma abierta para pronunciar el juramento de rigor. Alicia recordaba siempre a sus amigas aquel momento culminante en que los latidos de su corazón habían alcanzado el pico más alto de su vida.

Pamela, la hija mayor, se acercó a su madre para decirle que acababa de recibir una llamada telefónica de una amiga de Lima. Que sería bueno sintonizar un noticiero internacional.

Alicia alcanzó el control sin mayor interés. Cualquier cosa que ocurriese en Lima no tenía la menor importancia para ella.

El noticiero internacional fue escueto. Tras la renuncia imprevista del ministro Gregorio Gandolfi el presidente nombró a su sucesor. Puso en pantalla una foto del Salón Dorado del Gobierno de Perú, en que aparecía el presidente al medio, y a ambos lados los ministros acabados de juramentar mostrando orgullosos sus fajines.

En lugar del renunciante se había designado como nuevo ministro a la educadora Dalia Palacios.

—¡Maldita! —, gritó Alicia, tan alto que sus hijas se alarmaron.

Y prorrumpieron en llanto al saber que papá no se reuniría con ellas ese verano.

## La esquiva paloma

No faltaba más, se dijo Juan, renegando, como pocas veces por sus perras, que habían terminado de estropearle el sueño y las ganas de continuar tirado en cama otro rato, aunque fueran ya las doce del día y una sed de ermitaño le quemara las entrañas. La noche había sido una fiesta inagotable con una Carmela que irradiaba fuego en cada movimiento de su cuerpo cuando bailaba *Dile que vuelva* de Cartagena hasta que en la madrugada Juan tuvo que ponerse una visera y pegar en el parabrisas de su escarabajo la goma de taxi.

Las perras que no perdonaban la puntualidad del almuerzo arañaban las compuertas de la azotea o lastimaban el aire con sus aullidos, protestando por su prolongado ayuno y casi absoluta prisión confinadas a la azotea desde la víspera. En los dos años que llevaban corriendo en la casa nunca habían llegado a ese extremo, y no precisamente por falta de comida, pues hubo veces en que no sólo tardaba en llegar el almuerzo sino que no hubo almuerzo, y no habían echado abajo las compuertas ni se habían comido las rosas del jardín.

Ese fue el precio de la nueva vida de familia que decía Juan haber emprendido obedeciendo a un llamado de su espíritu altruista, casi perruno, combinado con el sentido práctico de las cosas, pues ellas contribuían con sus ladridos a la seguridad de la casa. Puestas las cosas en su sitio Juan supo ser menos olvidadizo que antes, y las perras honradas con los nombres de Sara y Fabia, que volvían a removerle la memoria, acabaron correspondiendo, mejor que la gente, al afecto y cuidados que les prodigaba su amo. Ellas acumulaban recetas del veterinario cuando enfermaban de los bronquios o algún rasguño aparecía en sus cuerpos, y cada fin de mes asistían al pedicurista. ¿Cuántos de sus amigos daban un trato semejante a la madre de sus hijos, ah?, se jactaba Juan, asegurando que nadie como él conocía la fuerza del afecto ni la gracia de la lealtad como la que encontraba en sus perras. Por eso mismo a Juan le extrañaba sus berrinches, justamente ahora, después de haberse portado bien en la noche.

De no ser por el teléfono, quizá hubiera demorado en darse cuenta, pues, ¡animal!, ¿no estaban durmiendo en el segundo piso sus invitados que no tuvieron tiempo de retirarse a sus casas en la madrugada?

Se arrojó de la cama, despedazó el sobrante de pollo que había reservado para el almuerzo y cena, y revolviéndolos con migas de pan y agua tibia subió por la escalera del jardín.

Acallada el hambre, hubiera vuelto el silencio completo de no ser porque había comenzado a insistir el teléfono. Al comienzo se negó a contestar, pues con toda seguridad era la mujer de Franco. No le molestaba mentir, aunque estaba cansado de decirle las mismas excusas con el propósito de que se calmara. Y sobre todo para que no terminara llamando al hospital, a la comisaría o a la morgue, le decía que su marido acababa de comunicarse con él y que dejaba dicho que ya estaba camino a casa. Esta vez Franco se había propasado de la costumbre, en cuanto al tiempo se refiere para ser más precisos. Sin lugar a dudas salió la víspera diciéndole a su mujer, amorcito, estaré donde Juan, tenemos pendiente el asunto del grifo, no te preocupes si me demoro; puede ser también que salgamos con él a buscar a Jorge Pilares, el nuevo socio, ya sabes cómo van las cosas con las vainas del gobierno y yo no quiero hacer mal los papeles. Un beso y chaucito. Cómo decirle ahora que estaba durmiendo todavía, tirado de cualquier manera sobre el colchón del segundo piso, abrazado a Laura, cuyos hijos o el marido estarían también prendidos del teléfono de sus amistades. A ellos no los habían despertado los ladridos de las perras, ni su incesante correr golpeando las tablas que impedían el paso a los pisos inferiores. Dormían como los muertos, sin importarles nada de este mundo ni del otro.

Como si se hubiera detenido no a mitad de la escalera, sino en el punto medio del mundo llegaban hasta él los ronquidos de Franco o Laura, o ambos a la vez, y el arrebató con que Sara y Fabia devoraban su ración. Pero llegaban también a herir sus ojos, vivos e intensos, los fragmentos de lo que había sido una noche épica.

A pesar de su teoría acerca de las mujeres, según la cual ellas no descansaban nunca en su búsqueda de placer, aquella noche había sido feliz, aunque sirviera para confirmar otra vez su más íntimo convencimiento. Con esos restos de botellas tiradas como sea por el piso, con aquellos platos que mostraban las sobras de un banquete y

esos vasos tumbados sobre la mesa y aquél ojo de buzón abierto como censura en un extremo del patio para recibir los estertores del estómago sólo podía ser el resultado de un enredo feliz entre hombres libres y mujeres putas o camino de serlo.

Imposible evitar la ráfaga de asco que le sobrevino junto con la imagen del buzón. ¿No estaría Laura vomitando ahora mismo en el pecho de Franco y el muy imbécil ni siquiera se daba cuenta cegado como parecía por el sueño y por el amor?

Se precipitó al baño abriendo la boca y dejó correr a chorro firme el agua del caño. Después sintió menos lástima de sí mismo al descubrirse en el espejo los párpados que se caían como cortinas pesadas y arriba sobre el cerebro pícaro unos mechones blancos hacían difícil rebajarse la edad por debajo de los cuarenta. Peor ahora que no tenía su infaltable alka-seltzer estaba más convencido que nunca de que los años no pasan en vano, pues ya no había lugar para los pequeños excesos. Y a Franco, cuándo no, se le había ocurrido tamaña barbaridad. A ver pues, traer cuatro pollos a la brasa y dos damajuanas de vino como para un regimiento de caballería y no para las dos parejas que más que comer y beber como cortesanos querían nada más algo para que el estómago no estuviera en ayunas y unas copas de vino para poner a tono la carne y destrabar la lengua, mientras jugaban burdelito aderezando con caricias furtivas y picardías incandescentes, y ahogándose en carcajadas con picantes historias sobre calzones. Si Juan hubiera agregado primero que nada una tina al baño en lugar de una simple ducha que era ahora, no habrían dudado un sólo instante de llenarla con cerveza y meterse en ella los cuatro a un mismo tiempo.

Algo de envidia resbaló sobre su piel. Franco y Laura. Casados, pero no cansados, y durmiendo ahora como dos solteros. Estuvo hasta tentado de subir a despertarlos, respirando seguramente la gratitud de alguien que podía estar al otro lado del teléfono, fatigado en averiguar dónde se encontraba él o ella, pero renunció a esta idea, ya convencido de que mejor ocurriesen las cosas como vinieran. Lo que más lamentaba era haber despachado a Carmela en la madrugada. Pero así resultaba mejor, sin forcejeos, y ella no se imaginaba metida en escándalos, que no tenía cuerpo ni alma para soportarlos; de no ser por eso, sencillamente, se hubiera quedado al igual que Laura. Carmela era partidaria de la fórmula dos, según dijo al marcharse, la

única que le aseguraba éxito: breve y bueno para que sean varias veces. Así de sencillo. Sobreponiéndose al mareo, Juan se había cubierto la cabeza con la visera y adherido al parabrisas de su escarabajo la goma de taxi.

Solo quedaba algo de ella que era ella misma, doblada sobre la mesa de noche como un presente que Juan tocaba al encender o apagar el lamparín. Allí permanecía sin medida del tiempo hasta que otro objeto semejante, que, naturalmente, correspondía a otro nombre, la reemplazara.

En cambio, Laura vivía la vida como se vive una sola vez, dejando a un lado el reloj y el qué dirán, que se ahogaran en cerveza y en vino qué importa, cabrones, después sobreviene el futuro con sus escamas, el cuerpo ya no siente, te obligan a la dieta de conejo y a la bebida espirituosa le quitan el espíritu. Que se acabara la noche y volviera a salir el sol por segunda o tercera vez.

Había que estar a su lado y verla reír y bailar con desenfado, mandarse en chistes cuyo tono variaba del rojo vivo al rosa pálido y caer derrumbada en los brazos del hombre que esa noche estaba con ella. Una caliente hembra que se entregaba a la vida sin reservas, incluso a la hora de la debilidad del cuerpo sabía mostrarse como ella misma, atrayendo aún más al pobre Franco. Y él la adoraba sin dudas ni murmuraciones, gozaba con sus caricias e insultos, y permanecía impávido cuantas veces le cayera sobre el pecho una imprevista arcada. Franco se sobreponía a su propia resistencia y estiraba la mano en busca de servilleta para esa boca que terminaba besando como un adolescente. Al principio Juan se sintió víctima de una confusión de impresiones, pero la que más admiración le produjo era la espontaneidad con que Franco abordaba a su amante, siempre solícito, papel en mano, a la primera estocada y luego de echarla al buzón acercaba su boca a la de ella y la besaba como si sólo encontrase una miel apetecida. Cada arcada era sellada con un detenido beso que más parecía un acto de prolongación de higiene. Si acaso molestaba el teléfono encerrado en una suerte de cabina el único que respondía era Juan; de vez en cuando se atrevían Laura o Carmela sólo para decirles a sus maridos que la reunión con la directora del colegio se prolongaba indefinidamente, pues la vieja, menos mal que su fama de cotorra era popular, no tenía cuando dejar de hablar.

Una cara muerta de sueño asomó en el segundo plano del espejo, preguntó por la hora y miró significativamente a Juan, de un modo que sólo podía estarle diciendo si había llamado su mujer. Con toda seguridad, dijo Juan, ya sabes que cuando desapareces al primero en llamar es a mí; pero despreocúpate que no he respondido. Ambos sonrieron al sentir un ruido distinto a los que venían de la azotea, y dejaron el baño para que Laura, cuyos bostezos se alargaban como tentáculos de algodón empapados en vino, terminara de despertar en la ducha.

Mientras dejaba correr el agua en medio de exclamaciones, Laura no cesaba de llamar, consultar la hora, protestar o corregir a Franco quien parecía aturdido y resignado tras la puerta del baño. Pero ¡cómo van a ser las diez, cariño, si hace un rato dijiste que eran las once! Franco reía con ganas pensando que si no estuviera Juan habría corrido a la ducha para ayudar a Laura con la espuma del jabón, aunque eso significara otro día de locura sin dar noticias al mundo.

Cuando ella irrumpió en la cocina hecha un desorden proclamando su feroz hambre y una sed que le devoraba las vísceras, Franco trató de aplacarla con una galleta y una jarra con agua que ella bebió de un trago, deshaciéndose en besos y abrazos y riendo, Señor, de las locuras que nos da la vida. Después llamó a una amiga para decirle que saliera de inmediato, que ese era un día de emergencia nacional, y pidió a Juan llevarla a la Glorieta del San Martín. Juan y Franco celebrarían veinte minutos después aquel recurso femenino y candoroso al verlas a Laura y a su amiga embarcarse en un taxi.

Todavía más tarde Laura se atrevió a llamar de su casa para agradecerle a Juan por lo feliz que había sido en la noche y en casa todos estaban contentos con su regreso; si podías imaginarte, Juan, pensaban que me había ocurrido algo y ya se sentían huérfanos.

Así eran ellas, Laura o Carmela, o como se llamaran, al igual que las demás que desfilaban por su galería de mujeres de quienes retenía no tanto una fotografía, un anillo sin quilates, un brazaletes de bronce, un collar o una prenda de vestir, sino la experiencia misma del encuentro o en su defecto la circunstancia en que todo se había ido con el viento. Ah, no. Ese anillo que parecía de oro no era un anillo cualquiera, se llamaba Dora; ese brazaletes de plata atraía viva y deliciosamente a Carmen; el collar de cuero o sabe dios qué material

convertida en pequeñas cuentas esféricas devolvía a Elena; el reloj de cuerdas que alguna vez se lo dieran para controlar la puntualidad en las citas no podía ser otra sino Melinda, ese brazier que parecía retener pese a los años transcurridos un indefinible perfume se llamaba...

Se tendió en la cama, pero antes tuvo que abrir las compuertas para que las perras volvieran a su mundo. Juan las sentía perseguirse por las escaleras, o por las habitaciones, ladraban cuando les llegaba un ruido extraño, seguras de que cuidaban la casa y el sueño de su amo. “Cuanto más conozco a la gente más quiero a mis perras”, decía llamándolas por sus nombres, Sara o Fabia, admitiendo también que se treparan a su cama para quedarse dormidos los tres frente al televisor encendido.

Había tenido suerte con las mujeres, por qué negarlo. Nunca le faltaba un lomo y a veces, para ser sinceros, eran unos lomazos. Y los días de ayuno eran muy raros. Sin embargo, todas eran fugaces, fuesen solteras o casadas, muchachonas o ya entonadas, pero jamás viejas. Como el buen plato o la fruta dulce, se acababan pronto. No conseguía retener a ninguna para compartir la vida a pesar de que sus cabellos habían empezado a cambiar de color. Hacía tres años le habían festejado los cuarenta y sus amigas andaban preocupadas por su soltería, y medio en serio medio en broma le soltaban de vez en cuando “solterón maduro, maricón seguro”.

Lo bueno de todo era que Juan insistía en sentar cabeza. Y lo malo, cuando estaba a punto de hacerlo descubría de pronto que la novia cambiaba de parecer, se reconciliaba con su antiguo novio, o simplemente lo abandonaba por un cariño nuevo, y el pobre Juan convertido en precoz cornudo se quedaba plantado en alguna cantina intentando ahogar las penas. Cuando ya estaba convencido que su destino era semejante a la de un pájaro de libre albedrío, por muy bella que fuese la flor que se pusiera por delante, Juan le daba tantas vueltas al asunto que terminaba encontrándole un defecto de lo que fuese, que tenía la mirada con truco o su nariz era demasiado grande. Alguien con más experiencia que él le había dicho, medio pervertido por su mala suerte, que el matrimonio sólo servía para convertir a los hombres en cornudos, porque dicho estaba desde la Biblia que la mujer fue quien perdió al hombre, pues fácilmente se dejó persuadir por el demonio convertido en sierpe.

A los veinticinco años estuvo por primera vez a punto de sellar su destino. Y nada menos que en Huánuco donde había ido a parar como en broma, aceptando que sólo era por su juventud y porque necesitaba tener alguna experiencia laboral antes de batirse en serio en la capital. Estando allá descubrió que tenía también alma de campesino y que le gustaba el olor a la pachamanca que el aire arrastraba a diario por las calles de la ciudad. Ya era profesor en la universidad local y ella se llamaba Sara. No sólo parecía haberse enamorado, sino que contaba a su favor a los padres y hermanos de la prometida. Dos años en plan de casarse transcurrieron como polvo en el aire, y cuando ya habían fijado santo y fecha de la boda, y todo estaba a punto, desde su terno azul marino y el vestido de la novia hasta los aros de oro macizo, llegó de pronto a Huánuco Blas Aytón, un amigo de los años de colegio. Sólo estaba de paso, camino a Oxapampa, pero ¿cómo se iba a perder la fiesta de Juan, el querido Corbatín del colegio, alias que le endilgaron por su cuello estrecho, tanto que parecía tener la cabeza pegada a los hombros? “Qué casualidad”, se repetía Aytón, “yo estaba nada más de paso y me encuentro contigo qué estás a punto de pasar al equipo de los casados”. Como faltaban unos días, ya se las arreglaría con sus superiores o para quedarse en Huánuco o regresar de Oxapampa. Entre copas y recuerdos del colegio que venían envueltos por una gran nostalgia, hubo un momento en que el olfato de Blas Aytón, en el que radicaba su principal cualidad y que lo había llevado sin equívocos a convertirse en policía de inteligencia, hurgó con malicia pasando ya a las revelaciones de los tiempos nuevos en que cada uno había andado por el mundo. Su olfato se detuvo en el noviazgo del querido Corbatín, cuando este hizo alarde de la belleza y juventud de su prometida exhibiendo a un tiempo el retrato mejor reservado en el bolsillo del corazón. Blas Aytón se la quedó mirando no atraído precisamente por los indiscutibles atributos de la dama, sino porque una imagen parecida surgió en su memoria. Si no la misma, una mujer de pelo ondulado y castaño, blanca y de carnes nerviosas, junto a otras féminas que, como ella, hacían agradable, en medio del frío y la soledad nocturna, el paso de los defensores de la patria, fuesen oficiales o subalternos. Contrariado por su sospecha Blas Aytón simuló un repentino olvido y abrazó al ahora obeso e ilusionado Corbatín, prometiendo regresar lo antes posible, quizá mucho antes

que se acabara la noche, sabiendo que con los amigos se tenía un ineludible deber casi patriótico.

No había necesitado sino un par de cigarrillos bien meditados en el pasillo del céntrico hotel de la plaza de armas para confirmar que la mujercita de quien se estaba despidiendo el capitán Montes no era otra que el dulce sueño de Corbatín. Estaba tan triste ella y el capitán a punto de llorar cuando la vio embarcarse en un taxi. Blas Aytón podía jurar que la imagen reveladora que Juan mostraba jactancioso se la había sacado recientemente. "Vamos a tomarnos un trago", invitó el capitán a Blas Aytón, medio abrumado por una decepción más que importa, aunque, a decir verdad, se había enamorado un poco; pero la vida era así, Aytón, ella quería un hombre seguro y había conseguido a su afortunado profesor. Iría a la boda como invitado de la familia de la novia, según la había instruido Sara.

Esa fue la primera vez que Juan desaparecía de la vida de una novia, y ese fue el día en que empezó a pensar mal no de las mujeres, sino de la mujer. Aparte de su madre y de sus hermanas, claro está, las demás eran todas putas.

Todavía intentó otra sentada de cabeza en la misma y terca ciudad. Esta vez se llamaba Fabia. De ella le gustaban sus ojos negros y brillantes, arriba de unas mejillas sonrosadas. Para estar convencido de que era ella la mujer de su destino estuvieron yendo y viniendo de un pueblo a otro, conociendo gentes y lugares nuevos, durante un año completo, de modo que no se les escapara lugar alguno que antes de sellar sus vidas en matrimonio no hayan visitado para decirse en años posteriores que estuvimos por aquí o allá cuando éramos un par de tortolitos. Al cabo de la semana santa, justo el Domingo de Resurrección, para mayor gloria del amor, Juan proclamó ante los asombrados padres de Fabia su deseo de casarse con su hija en la misma catedral de Huánuco. Al retornar a su casa y tenderse sobre la cama sin poder evitar que la memoria lo llevara a la primera frustración, estuvo auscultando su suerte casi la noche completa hasta quedar profundamente dormido.

Ya alto el sol serrano lo despertaron unos golpes furiosos en la puerta que más parecían venir de alguien que buscaba arreglar cuentas. Al abrirla Juan se encontró con un tipo que de buenas a primeras le dijo que dejara en paz a las chicas del "Leonitas del

Centro", y moviendo el bolsillo del saco mostró una fotografía de mujer desnuda en cuyo rostro distinguió nada menos que a Fabia.

No bien acabó de vestirse Juan corrió a la calle en busca del primer carro que lo llevara lejos de Huánuco, a cualquier pueblo de la sierra.

Así es como había decidido cambiar de aires, al tiempo que iban pasando los meses con las aguas verdes del Mantaro. Corrió hacia el sur, atravesando el desierto durante media semana a causa de sus enseres, y un sábado nuboso se encontró caminando sobre las baldosas de una alameda orillada de palmeras por cuyo interior discurría quedito un río invisible que no llegaba al mar. Sin embargo, lo que más halagó a su orgullo de hombre no fue comprobar que, en un abrir y cerrar de ojos, los amigos solo habían cambiado de rostro y apellido, y que su ocupación solo tenía otra dirección, sino que a lo largo y ancho de esa Alameda se paseaban mujeres blancas y altivas, paso seguro y ojos rápidos y de espíritu libre, afamadas por su alegría de vivir y dispuestas a hacer de su vida y su cuerpo lo que les viniera en gana. Las chilenas alimentaron aún más la secreta idea que Juan tenía de las mujeres.

A fuerza de verlas en su paseo vespertino por la Alameda, una creciente timidez hizo que Juan proclamara en pocos días su espíritu nacionalista incluso en materia de calzones. Y acabó rechazando de plano la idea misma de sacar los pies fuera del plato.

El día que demoró su almuerzo en las "Licias", conoció a Melinda, de piernas quebradizas, cabello abundante y caderas movidas, una cara redonda y pálida, y labios gruesos llenos de ansiedad que hacían mil arrugas como culo de gallina cuando las juntaba para regalar un beso, y unos ojitos escondidos de ratón. Se miraron y de tanto mirarse acabaron abrazados donde sea que se encontrasen; el lodo corría tanto que el noviazgo iba viento en popa, y todo el mundo hablaba de un inminente casorio. Los amigos le cantaban a Juan, el tetudo suertudo, que iba camino a convertirse en socio de "Las Licias", y agricultor por añadidura, pues los padres de la flaca eran dueños de media playa incluyendo los olivares del valle contiguo. Para demostrarse a sí mismo que estaba decidido a sentar cabeza, Juan se prometió mirándose a los ojos en el espejo, que renunciaba a toda mujer, muchacha o adulta, de las que parecían serias

y de las otras que se entregaban sin necesidad del vino. Por su parte Melinda estaba deshecha de amor tanto que si dependiera de ella se hubiera marchado a vivir con Juan, pues había disipado toda duda respecto de sus sentimientos. Pero fue allí, por extraña vez, que Juan comprobaba lo que parecía una broma en estos tiempos de electrónica que el amor no era suficiente para unir a un hombre y a una mujer, y algo más insólito, que no se casaban solamente un hombre y una mujer. Melinda y Juan se amaban solo como ellos habían descubierto que dos seres se podían amar, pero no contaban con el consentimiento de los padres de la prometida; y no tanto porque ellos rechazaran al pretendiente, cuyos atributos personales estaban fuera de discusión, sino que, moldeados por la tierra y el mar, preferían a otro aspirante con credenciales que hablaran de tierras, frutales y largas propiedades que incluyeran parte del litoral y prósperos olivares. Y los padres del aspirante que ya frecuentaba “Las Licias” desde los años de la infancia y convertido después en el engreído de los padres de Melinda, eran dueños de la otra mitad de la playa y tenían olivares tierra adentro, de modo que no sólo se juntaban los hijos, en los soñados matrimonios de conveniencia, sino que se asociaban las tierras.

Por un tiempo el terreno había quedado despejado cuando Juan tuvo que ausentarse llamado por un amigo diputado que le permitió, como asesor parlamentario, ahorrar dinero y hacerse de un escarabajo; de modo que su retorno a la ciudad heroica al cabo de dos años tuvo sus ventajas, el primero de los cuales era que había dejado de ser un ciudadano de a pie. Por de pronto pensó que era un argumento contundente para enrostrar a los padres de su prometida y una hermosa sorpresa para ella. Cuando llegó a “Las Licias” vio estacionado ante la puerta una imponente camioneta rural de doble cabina que produjo en Juan un ligero estremecimiento que hizo encogerse de hombros, pero no se amilanó y estacionó detrás el escarabajo; todavía ensayó un silbido para darse ánimo antes de entrar a “Las Licias”. En una mesa larga reservada para la familia junto a la cocina almorzaban los padres de Melinda y ella en compañía de un hombre joven que la miraba con cierta codicia. En el momento que Juan llegaba, el padre de Melinda alzó la copa de vino y brindó por la felicidad de los jóvenes esposos.

Mucho más que comprender lo que había ocurrido durante su ausencia, algo que por lo demás fue insinuándose de diversos modos,

como el cambio del tono de voz cuando hablaban por teléfono o la ausencia de expresiones afectivas en las cartas que Melinda escribía, Juan comprobó que su relación con ella solo obedecía a un designio ineludible de su destino.

Pura coincidencia ¿no? ¿No decían que el destino estaba escrito? ¿Y cómo habían escrito o garabateado el suyo? Todavía hubo una segunda vez en la misma Alameda, como allá en Huánuco, cuando atrajo a otra muchacha, con las ventajas del escarabajo, con quien planeó casarse, pero a los pocos días, menos mal, franqueza de ella misma, supo que estaba compartiendo otro compromiso. Más te vale, le dijo Juan el día que la despidió, algo es algo, pero es mejor que sigas sólo con él.

¿Cuántos años habían pasado? Trató de hacer memoria, ese año celebraba cuarenta y cinco, tantos como había visto crecer la soledad porque tuvo la idea cada vez firme de que su destino, quien quiera lo haya garabateado, le había dado por compañero su inseparable espejo que le mostraba a un amigo que era él mismo y las prendas de amor que guardaba celosamente para continuar teniendo consigo una parte de ellas.

Al tiempo que cambiaba de mujeres ocasionales, cambiaba de casa, de barrio, empacando y desempacando sus enseres. Abrigando, pese a todo la esperanza de encontrar algún día una mujer y tener hijos, y pensando en la vejez había adquirido un terreno donde mes a mes, durante años, construía una casa. Desde el comienzo había encargado plano de tres pisos y el arquitecto hizo los planos de tal manera que para tener cerrado el primer piso tenía que techar el segundo, y para que este a su vez estuviese cerrado tenía que techar el tercero. Sin contar los desniveles del primer piso, las columnas interiores, los arcos de medio punto, ventanas circulares y escalera de caracol interior. ¿Por qué tenía que ser una casa cualquiera como las de sus colegas, quienes con las justas ganaban para comer y mantener a sus hijos? Sin embargo, como no tenía el dinero suficiente para construir de golpe, incluyendo los acabados, terminó convencido que terminaría de construir lentamente, poniendo este mes una puerta, el siguiente una ventana, el próximo mes el parquet del primer piso. Contemplaba la construcción de la casa como quien contempla el crecimiento de un hijo. Al comienzo había calculado que demoraría un par de años, pero ya habían transcurrido tres y la casa no pasaba de

ser un cascarón con los muros del segundo piso al aire, mientras seguía cambiando de dirección hasta que un día deslizaron por debajo de la puerta una carta notarial dándole un ultimátum para que desocupara la vivienda. Solo entonces hizo colocar en el hueco del segundo piso de su aún futura casa una estera, habilitar un baño y adaptar un ambiente que en algún momento sería el comedor. Donde el diseño había considerado una mampara de vidrio ahumado como en los bancos y la grada de tres pasos que comunicaría el comedor con la futura sala, mandó levantar un muro de ladrillo y cemento, prometiéndose que era provisional.

Antes que terminara un año de estar en su casa, había hecho enlosar el patio, cuidando de darle un buen aspecto a esa parte que combinaba muy bien con la cochera y el pequeño jardín del costado donde crecían tres rosas y dos postigos de buganvillas que más tarde darían sombra al escarabajo. Contra ladrones y posibles tentaciones de asalto no sólo había hecho levantar el muro perimétrico de cinco metros de altura, coronado sus bordes con botellas rotas, una cadena de rejas de un metro con terminales de púas triples, y como si eso no bastara hizo correr por el borde de las púas dos cables de alambre eléctrico. Así es como pensó dar seguridad a su agitada alma.

Un día Juan regresó del mercado con una sonrisa de oreja a oreja y una pareja de perros lobos, hembra y macho, a quienes puso en el patio y les enseñó a correr por las escaleras, y para estar seguro que estuvieran bajando y subiendo, impuso desde el primer día una invariable disciplina: les servía la comida en el patio, pero el recipiente con agua siempre estaba en la azotea. Cuando la hembra parió cuatro lobos separó a dos hembras y regaló el resto, incluyendo los padres. Y acordándose de sus años de cielo serrano no encontró mejores nombres que Sara y Fabia, para llamarlas a sus lobas con la ternura de un padre.

Tener la casa avanzada -no importa que faltaran vidrios en las ventanas, o cedro a la mayoría de puertas-, daba bastante ánimo verla por fuera pues llenaba los ojos desde la avenida Albarracín y al atardecer su sombra borraba del panorama las casas de apenas un piso que parecían recostadas a su lado. Una casa grande, ya lo sabrían sus críticos que le andaban diciendo por qué construía una casa tan grande cuando sólo necesitaba una habitación. Imposible que nadie comprendiera que podría tratarse en último recurso de una inversión

para los tiempos crudos de la vejez, aunque pensándolo bien ¿quién estaba seguro de llegar a viejo en este país? Ya verían cuando estuviera terminada y con acabados de primera. Haría una fiesta para la inauguración y nombraría como padrino al alcalde, y verían a la señora de casa en vestido de luces. Lo importante era tener el nido para después llevar la paloma. Con suerte y penurias otros hacían el camino contrario. Sólo que había un detalle, el nido estaba muy avanzado y él no había encontrado aún la paloma.

Ya que las mujeres se habían sucedido en su vida como las estaciones, podría ser que en medio de nombres y rostros, donde quizá permanecía confusa y oculta, surgiera de un momento a otro la que podría ocupar el nido que estaba construyendo. Así apareció Mariela, a quien ya conocía desde que llegó a la Alameda, pero de cuya sonrisa y su diente enmarcado en oro no se había dado cuenta sino después, cuando vivía en su nueva casa y había definido otra ruta para llegar al trabajo. Allí, en el trayecto, surgió ella, curvada como si rezara, y encima de unas largas piernas que le costaba doblarlas dentro del escarabajo. Lo bueno de ella era su apariencia de mujer hogareña y de andar dando gracias al Señor por lo que fuera, y lo malo era que cuando bajaban del escarabajo no parecían dos, fundamental para hacer una pareja, sino uno y medio, pues para él ella era alta, y más empinada cuando parecía que no rezaba. Acabó tragándose la ceguera que padecen los amores y fue acortando los pasos hacia ella.

Aprovechando que hacía un extraño sol el sábado, Juan interrumpió su interminable monólogo en el espejo. Se alisó el cabello con gomina, cambió la casaca deportiva por la de cuero que el olvido aclaró en beige decidido esta vez a tocarle las manos, y acaso con un poco de suerte besarla en ese diente enmarcado en oro que le tocaba la fibra más íntima de su hombría cada vez que ella sonreía.

Catador de cachina, se dijo que el vino asentaba mejor después del cuy chactado, y en un lugar perfecto que no podía ser otro que "El Hueco", y sentados a una mesita que parecía extraviada bajo la sombra de una cucarda, el mismo rincón donde varias tardes trituró el cuy acompañado de su inseparable espejo de bolsillo.

Vencido por la ansiedad Juan proclamó el rumor del escarabajo por las calles polvorientas de Natividad. Su infalible instinto lo llevó a la única casa que podía imaginar cerebro alguno y pronto sus ojos se enternecieron con las dos piernas blindadas por una

poderosa panty negra, más arriba un diente encendido por el marco de oro le sonrió. Se sintió el hombre más feliz del mundo. La dicha de su corazón se detuvo en El Hueco. Dueño del mediodía escoltó los pasos de la bella Mariela hacia la mesita sumergida en la sombra de la cucarda. Un pájaro que padecía los estertores del hambre anunció su música.

—De aperitivo un chilcano, de fondo cuy chactado, de beber vino, para picar chicharrón con tostado; y rápido que tenemos un hambre que parecen tres.

A mitad del cuy, Juan advirtió que su bella acompañante no había tomado el aperitivo y sus dedos dudaban sobre el plato.

Desde la cucarda el pájaro apagó su música.

—Mi credo me prohíbe beber licor— anunció la bella.

Juan honró su apellido entrecerrando los ojos. En realidad sintió que su erizado cuerpo descendía. A ese paso la poderosa panty no renunciaría al blindaje.

—Pero tienes que beber algo— rogó Juan.

—Una Coca cola— capituló Mariela.

"Está fingiendo", se dijo Juan en su espejo imaginario. "Pero el cuy y mis ojos felinos decidirán por el vino".

Cuando otras parejas invadían las mesas del fondo, separadas unas de otras por ramas de olivo, o flores de amaranto, y pronto el vino les entusiasmaba los gestos de arrobamiento, Juan cedió a la primera tentación y estiró una mano. Mariela lo evitó como al carbón encendido, pero sin llegar a molestarse. Entonces Juan recordó que por algo tenía la lengua adiestrada en sus interminables monólogos ante el espejo, y sin más permiso delató las brasas ardientes de su corazón.

—Mariela, flor hermosa de la Alameda, te pido que seas mi esposa.

Ella lo aplacó con un tranquilizante.

—No es cosa de voluntad solamente, tendrías que convertirte a mi credo.

Juan sintió en el estómago las uñas del cuy. Convertirse quería decir volverse a bautizar desnudo en un pozo de agua pública,

dejar la afición por la cachina, escuchar sermones los domingos, dar cada mes un diezmo de su sueldo; en una palabra eso significaba dejar de ser animal para convertirse en vegetal; las mujeres de ese credo, según iba confesando ella con inocultable entusiasmo, reposaban la cabeza en el pecho de un hombre sabiendo que era para toda la vida y para toda la muerte, que después de este mundo el maridaje continuaba a través del segundo, cuarto, sexto cielos hasta alcanzar el séptimo en estado de pureza, que es allí donde se realizaba verdaderamente la luna de miel por el resto de la eternidad.

Juan se perforó el cerebro con semejante historia. Hombre que frecuentaba a Epicuro estaba convencido que toda la felicidad estaba en una copa de cachina, un plato de cuy y en esa piel blindada por una panty negra.

Todavía con cierta esperanza propuso un paseo. El escarabajo jadeó por Pocollay, atravesó la ciudad ignorando semáforos y pistas estrechas, convertido en un bólido se desbocó más allá del aire de las aguas servidas y no se detuvo sino en Magollo, bajo una bruma providencial en que la diestra de Juan se equivocó de la palanca de cambios y sus dedos temblaron sobre unas tibias rodillas. Esa era otra salida que no funcionó porque la bella estaba tan impávida como al comienzo, cuando el escarabajo había comenzado a acelerar. A Juan no le quedó más recurso que poner la palanca de cambios en retro y devolver la bella durmiente a su casa con su blindaje intacto.

Solitario y apesadumbrado Juan descendió en la cochera de su casa vigilado por su propia sombra.

La ansiosa mirada de las perras que vagaban sobre el follaje de los olivos se vio compensada con la llegada de su amo. Resbalaron por la escalera agitando la cola y ladrando de júbilo como para disuadir el espíritu derrotado del hombre cuyas manos parecían ahora muy extrañas y estaba mudo como un deslenguado. Sólo después de frotar sus cuerpos contra las piernas del hombre, buscando afanosamente desarmarlo, las perras se quedaron quietas con los ojos fijos en la mirada triste y a la vez ansiosa del amo. El hombre las contempló un instante, hasta que, más pronto de lo que esperaba, las perras aguzaron el instinto, estiraron el hocico y le olfatearon la bragueta.

Faltaba Mariela en la galería de sus recuerdos, pese a que era prematuro que ello ocurriera, algo le decía en lo más íntimo que ella no era un asunto acabado. Y ya que era mujer no podía ser diferente a las demás. Lo que pasa es que estuvo mal planteada la estrategia, se dijo, pues cada mujer exigía un camino y una circunstancia particulares para llegar a ella. Prometiéndose mejorar las cosas para otra vez, pensó que había conseguido algo que permanecía como impregnado en sus dedos cuando se equivocó de la palanca de cambios y celebró un pequeño hallazgo: su rodilla suave y tibia era distinta a su espíritu frío y déspota.

Sobrevenía un sábado nublado, día típico de finales de junio, con espacios claros que aparecían de improviso y desaparecían luego, justo el tiempo que le sentaba muy bien a su carácter taciturno, cuando decidió dedicar el día completo a la playa sin llevar más alimento que un par de naranjas, toda vez que el ayuno, como había escuchado decir a un médico con fama de marica, no sólo era bueno para la salud sino también para la belleza. Se dio ánimo y marcó el teléfono de algunas amigas que figuraban en su galería de féminas preferidas para ver si tenían tiempo, aunque sea unos minutos. Carmela sonrió advirtiéndole que era demasiado pronto después de la última piyamada, Ana dijo que su marido acababa de retornar de viaje, Carmen estaba indispuesta, la doctorita había salido con el doctor, y Melinda, cada vez más vieja y desanimada, que de prometida había pasado a la condición de amante, estaba sin tiempo con sus tres hijos de vacaciones.

Se levantó temprano para hervir camote y dejar el almuerzo para las perras servido en las bandejas y agua en el cubo de plástico que sabían compartir sin disputa. Les dijo “hasta la tarde”, tocándoles la cabeza, y las perras se enternecieron con engreimiento mientras movían la cola.

Juan no llevaba gafas oscuras, ni usaba bloqueador, sandalias ni bermudas; en cambio tenía puesta su casaca nueva de cuero marrón, se había rasurado y perfumado con lavanda, y los zapatos olían a betún reciente. El escarabajo aceleró rumbo a la playa como si allá alguien, impaciente, esperase. Pero ¿quién? ¿Acaso la sirena del mar? Juan iba a la playa precisamente por eso, porque nadie lo esperaba, ni siquiera la sirena del mar, pues al contrario de lo que ocurría en verano bajo un sol aplastante las orillas de arena se

llenaban con gente bulliciosa y colorida, en invierno el paisaje de brumas y oleajes violentos que arremetían contra los arrecifes lo gratificaban con una vivencia interior exquisita. La densa bruma en intermitente ebullición se enseñoreaba ante los ojos, borrando toda forma de horizonte, pero su inmensidad y lejanía se dejaban adivinar por el sonido de las olas y el movimiento de las aguas que combatían con el viento.

Juan dejaba que se extraviasen las horas mientras contemplaba la proeza de seres diminutos como la estrella de mar que se desplazaba lentamente por la superficie áspera de las rocas, encogiendo los tentáculos para elevar el estómago y avanzar un centímetro, o algo más admirable como las conchas de mar depositadas en la orilla que parecían sin vida libradas al capricho de las olas que, por más que estallaran con toda su fuerza en los arrecifes, no conseguían arrancarlas de su refugio.

Vencida la tarde por los vestigios de un inesperado crepúsculo y fortalecido con la contemplación del mar, Juan mantuvo el escarabajo en primera, cerraba los ojos a ratos, todavía atrapado por la bruma y el crepúsculo incrustado en su alma, de la que quizá no quería salir, a través de una pendiente discontinua que no terminaba sino en la ciudad.

Vio con fugaz alborozo a sus perras, o más bien, fue visto y olido por ellas desde la azotea y cuyo regreso parecía más un ansiado encuentro. "Cómo estás, Sara", "Hola, Fabia". Las perras se acercaban dando brincos y moviendo gozosas la cola. Al comienzo las llevaba a la playa y se divertía con ellas corriendo sobre la arena fría, hasta que una tarde Juan advirtió la sonrisa pícaro de un negro observándolo desde un promontorio vecino, que le hizo sentir un inquietante rubor. Además, le aterró la idea de que sus amigos o quienes los vieran terminaran pensando igual que el negro; a ver pues, todo un caballero gozando en la playa con unas perras.

Se tendió en la cama amplia y sin sábanas, puso el cojín de felpa debajo del cuello y encendió el televisor con el control de distancia buscando afanosamente una historia de dibujos animados.

Las perras no tardaron en treparse a la cama y echarse a los lados del hombre dispuestas con uñas y pelos a custodiar el sueño de su amo.

## Cómo matar al lobo

Todo empezó el día que Paty me eligió como pareja de baile y no a Bruce. Sorprendió a todo el salón, incluyendo a Bruce por supuesto, y a mí, mucho más que a nadie. Incluso la señorita Fanny se puso bizca y no pudo disimular una sonrisa enigmática. A lo mejor se han peleado, pensé, qué raro, yo me sabía todo lo que pasaba entre Bruce y Paty, porque Bruce me contaba en detalle, sabía hasta del lunar que Paty tenía en el ombligo y que a Bruce le gustaba acariciar con la yema del dedo meñique. Y si ahora no me había contado nada entonces no había pasado nada entre ellos. Por eso no entendía una jota de nada. Bruce estaba enamorado de Paty y Paty le daba el vuelto. Pensé que esto de elegirme como su pareja de baile solamente estaba pasando, es decir, como saben pasar las cosas. Cuando la profesora Fanny dijo a ver chicas, elijan a su pareja de baile, Paty se fijó en mí y no en Bruce. Ahora pienso que lo hizo porque estaba jugando. Creo que los demás pensaron lo mismo, menos Bruce. Él se quedó parado como un poste, quiero decir hecho un estúpido, luego trató de sonreír como saben hacer los que se sienten humillados. Era un buen tipo, sabía decir lo que pensaba con las palabras exactas. El salón estaba pendiente de sus ideas y de sus gestos. Yo lo quería como a un hermano, le prestaba mis cuadernos o él a mí, le dejaba copiar mi examen o él a mí, jugábamos básquet en el recreo y Paty nos guardaba los secretos a los dos, solo que yo quería a Paty y Paty quería a Bruce, aunque ella me buscaba más a mí que a él, pero era para hablarme de Bruce, y yo se lo contaba a él. Todo fue por el maldito aniversario del colegio que ya se acercaba y la profesora Fanny quería que el salón participara con una marinera y pidió a las chicas que eligieran a su pareja y entonces Paty dijo mi nombre. No solo Bruce, también yo pensaba que él sería el elegido. Las cosas se estaban poniendo mal. Después del ensayo Bruce se fue sin despedirse. Y al día siguiente me sorprendió verle con cara de pocos amigos en la puerta del salón y apenas me vio soltó a boca de jarro, “hijo de puta”. Me desconocí en el acto, solté la mochila y me lancé sobre él. No atinaba a otra cosa que

golpearlo y Bruce hizo poco o nada para defenderse, salvo cubrirse el rostro. Igual que a mí, la sorpresa lo había tomado por el cuello. Y creo que todo el mundo estaba sorprendido porque se estaban peleando los chicos que parecían hermanitos. También Paty escuchó lo que dijo Bruce, y noté que su dulce rostro se ruborizaba como si a ella acabaran de faltarle el respeto, fue en ese momento que disparé un derechazo con tal fuerza que Bruce resbaló al piso cogiéndose la nariz, y a mí me dolió el puño. De no ser porque vino la profesora Fanny Ludeña alarmada por los gritos de las chicas cuando vieron sangre en la nariz de Bruce, le hubiera seguido pegando. La profesora Fanny entró en el salón dando un portazo que hizo temblar los murales y todos se fueron a sus carpetas en silencio, acusándome con la mirada. La profesora Fanny ayudó a Bruce a levantarse del piso y lo llevó a enfermería. No era grave, menos mal, y después de lavarse la cara Bruce volvió al salón, me buscó con la mirada y yo sentí las ganas de vengarse. Lo grave vino después, cuando la profesora Fanny me llevó a la dirección donde la señorita directora me hizo preguntas y se quedó pensativa al igual que la profesora Fanny, cuando les dije que me había descontrolado porque Bruce me dijo hijo de puta. Recuerdo la cara que pusieron las dos mujeres y esa mirada de entendimiento que se dieron durante un instante. Otra vez será mejor que nos avises para que nosotras nos encarguemos del castigo, dijo la señorita directora, pero no vuelvas a pegarle a nadie. Prometí que no volvería a hacerlo y pedí disculpas por pegarle a Bruce, aunque para mis adentros me repetía, te mataré, Bruce, si vuelves a faltarle el respeto a mi vieja, y esta vez sentí que la sangre bullía en mis venas y los puños me temblaban en los bolsillos. La profesora me llevó al baño y pidió que me mojara la cabeza y las manos para calmarme; respira profundo, dijo, y me hizo respirar varias veces, miró su reloj y como faltaba veinte minutos para la hora de salida me dio permiso, puedes retirarte nomás, tranquilízate, por favor.

No tenía ganas de ver televisión ni jugar en mi play station tres, y menos hacer las tareas de álgebra. Mamá me encontró llorando. ¿Te pasa algo, tesoro? Sentí su mano acariciarme el cabello. No, respondí, le rompí la nariz a Bruce, y luego seguí llorando. Mamá me miró sorprendida pensando en Bruce que es hijo de una amiga suya. ¿Por qué? Yo estaba aguantando las ganas de hablar y otra vez recordé la cara de idiota que puso Bruce antes de que le pegara, me

dijo hijo de puta. Mamá sonrió o hizo el esfuerzo de sonreír, cosas que se dicen los chicos, dijo, es un decir como imbécil o idiota, fastidia, pero no es para tanto, tesoro, y esta vez corrió a la cocina porque se vencía la hora y estaban por llegar mis hermanas. Por primera vez no le escuché cantar su canción favorita mientras cocinaba ni pedirme que estuviera pendiente para abrirles la puerta a mis hermanas, al contrario, sus manos dudaban al levantar la sartén o temblaban con las ollas. En cierto momento se llevó la mano a los ojos y noté que estaba llorando. Luego se le borró porque llegaron mis hermanas. No me molesta tanto que Bruce me haya dicho lo que dijo, sino la cara de idiota que puso. Yo también he dicho a otros compañeros y amigos, hijo de puta, como dice mamá, en vez de decirles bruto o imbécil, pero nunca puse cara de idiota. Eso es lo que me tiene fastidiado. Ahora que mis hermanas le cuentan sus cosas a mamá, que les han dejado muchas tareas en el colegio, ella está haciendo un esfuerzo por parecer alegre, y cuando Natalia se dio cuenta que había llorado y le preguntó qué te ha pasado, mamá le respondió que era por la cebolla. Lo único malo es que no había cortado ninguna cebolla. Entonces sonó el teléfono y como siempre la primera en correr es mamá, ella se disputa con Natalia en responder el teléfono. Natalia tuvo un enamorado que la llamaba durante un tiempo, luego la dejó por otra chica, Natalia aún piensa que su ex pueda arrepentirse y volver con ella y por eso corre a responder el teléfono. Pero ¿y mamá?, quizá ella piensa como Natalia, pues papá se fue de la casa hace cinco años y a veces llama por teléfono, aunque pasa mucho tiempo antes que se oiga su voz. Papá nunca la llama a mamá ni pregunta por ella cuando habla con mis hermanas o conmigo. He pensado a veces que mamá espera que un día papá cambie de parecer y se venga a casa a pedirle perdón, aunque luego me convenzo que eso no ocurrirá porque mamá no habla de él, a menos que sea para recordarle sus obligaciones. Cuando mamá responde el teléfono se queda conversando largo rato, ríe a veces a carcajadas o baja la voz tanto que no puedo escuchar qué dice y veo entonces que los ojos le brillan y cuando le pregunto con quien ha conversado, ella dice que fue con Julio y Julio es su jefe en la oficina donde ella trabaja como su secretaria. El señor Julio me llama por asuntos de la oficina, a veces me pasa chismes que me hacen reír, nos explica mamá cuando le preguntamos por qué se ha reído mientras hablaba, y por qué bajó la voz tan bajita, y ella dice porque entonces teme que alguien la escuche cuando le cuenta un secreto a su

jefe. Ahora que suena el teléfono mamá y Natalia corren a responder. Es Natalia que responde y de inmediato reconoce la voz de quien ha llamado, es la directora del colegio, dice y le pasa el teléfono a mamá. Ella se pone nerviosa, esa llamada debe ser por la golpiza que le di a Bruce, y no se equivoca porque enseguida la directora del Humboldt donde estudiamos mis hermanas y yo acaba de decirle que mañana quiere conversar con ella en la dirección y que vaya a las ocho de la mañana, en la conversa estará presente la mamá de Bruce.

Yo no sé qué le dijeron en esa reunión, cuando regresé del colegio mamá estaba molesta con Bruce, con su mamá y con la señorita directora. No le habían puesto una multa por haberle yo roto la nariz a Bruce, ni me iban a castigar, aunque sea con un día de expulsión del colegio. Un fastidio, le oí decir. Y otra vez le temblaron las manos, chorreó el aceite fuera de la sartén y el fuego de la hornilla a gas se hizo una lengua larga. Eso aumentó la rabia que sentía contra Bruce y me prometí que la próxima vez le volvería a romper la nariz y todo lo que se llame cara, o no me llamaba Piero.

Bruce no me dio cara al día siguiente ni los días que vinieron. No solo evitaba encontrarse conmigo, sino que andaba custodiado por dos o tres compañeros y tanto la profesora Fanny como la señorita directora del colegio habían montado guardia y de tanto en tanto nos echaban un vistazo en el salón y en el recreo.

Por pura casualidad el viernes sonó el teléfono. No estaba mamá ni Natalia. Cuando descolgué el fono sentí una voz de hombre que no era la de papá, ni la del tío Enrique. Era una voz diferente, más gruesa que la de papá y tan lenta como la del tío Enrique. ¿Está Gabriela?, preguntó el tipo con un tono que más parecía una orden. Y como respondí que no se encontraba prometió llamar después. No me dio tiempo para preguntarle por su nombre ni qué mensaje quería dejar, colgó rápido como si le fastidiara no haberla encontrado. Así que cuando llegó mamá le dije que un hombre la había llamado y que dejó dicho que volvería a llamar. No bien había terminado de hablar sonó el teléfono y otra vez se disputaron mamá y Natalia. Claro que ganó Natalia, pero enseguida vi su cara de sorpresa, quizá tanto como la que yo tuve. Es para ti, dijo y se la alcanzó a mamá. Por primera vez observé su cara mientras conversaba y noté que se ponía incómoda, su rostro se sonrojaba como si tuviera vergüenza, a veces tartamudeaba, y finalmente dijo que mejor ella le devolvería la

llamada más tarde, que por favor no te molestes. ¿Quién era ese hombre?, preguntó Natalia. Un proveedor de cortinas, dijo mamá, mi jefe quiere renovar las cortinas de la oficina. Si ella lo dice, pues así debía ser. Lo que no me quedó claro es lo que dijo el hombre cuando yo respondí, ¿está Gabriela?, en vez de señora Gabriela. Juro que antes no me hubiera importado el detalle. Luego mamá salió a la calle a comprar gaseosa para acompañar el almuerzo, en vez de mandarme a mí o a Natalia, como era de costumbre. Se demoró más tiempo del debido y cuando regresó estaba molesta como si hubiera discutido con la dueña de la tienda que hace meses no nos vende al fiado. Tenía que haber pasado dos días para enterarme de que mamá en realidad había ido a conversar por el teléfono de la tienda, porque cuando yo fui a pagarle el paquete de galletas con una moneda de cinco soles, la dueña no me dio el vuelto completo, se quedó con dos soles diciendo que eran las dos monedas que le había prestado a mamá para que hablara por teléfono. Entonces me pregunté ¿por qué no hablé de la casa? ¿Quién era la persona con quien habló y qué se dijeron que le disgustó tanto?

No vaya a ser un tipo de esos que quieren robar la casa y llevarse mi computadora o mi play station tres y por eso le dice cosas a mamá para que se moleste y caiga en la trampa y el ladrón viene y se roba la casa. Me vuelvo loco si se llevan mi play station tres y si acaso pesco al ladrón seguro que le pego peor que a Bruce y no solo le rompo la nariz, sino que le meto la cabeza en el wáter y lo ahogo en caca. Ya le he dicho a mamá que ese tipo que le hizo enojar me parece un tipo malo, que no tenga confianza y si es posible que le diga que no llame por teléfono. Ella sonríe, no te preocupes, tesoro, dice, y me pasa la mano por la cabeza, y entonces yo me quedo tranquilo. Lo que no me gusta es que mamá se está volviendo seria y triste, me preocupa que esté enferma, y no le duele solo la cabeza, o los dedos con la artritis que ha pescado por lavar la ropa con agua fría. Muchas veces el dolor de cabeza la quiebra al punto que llora y dice de repente que se puede morir, que nos portemos bien, que recemos y seamos buenos chicos con papá, que estudiemos con interés. Se tira a la cama después de tomarse dos pastillas de panadol y sólo cuando ha dormido y despierta horas más tarde dice que le ha calmado un poco y así es como se levanta y le ayuda a mi hermana Mavila con sus tareas, y después nos acomoda los uniformes, duerme algo y se vuelve a

levantar en la madrugada para preparar el desayuno y el almuerzo. Mamá es una mujer heroica, es mamá y papá de nosotros, puesto que papá no solo no vive con nosotros, sino que a veces no manda dinero para los gastos de la casa, y es mamá la que para la olla, paga el colegio, papá dice que no tiene trabajo y cuando tiene trabajo le pagan tan poco que no le alcanza ni para llamarnos por teléfono.

El asunto se puso color de hormiga para mamá cuando se aproximaba diciembre. Un mediodía regresó a casa con un rollo de alambre y una bolsa grande de plástico con telas de todos los colores y algodón, y después del almuerzo se sentó a la mesa del comedor para cortar el alambre en trozos y a darles forma de espiral. Dijo que debía hacer muñecos para comprar juguetes y regalos para mis hermanas y primos. Y la mejor manera que encontró fue hacer muñecos de tela con alma de alambre que unas amigas y las hermanas del templo le ayudarían a vender en sus centros de trabajo. Estaba en ese afán cuando una de aquellas tardes llegó papá de visita y nos llevó a pasear, tomar helados y a comer pollo a la brasa en el Chave. Como siempre mamá se quedó en casa, y cuando volvimos en la tarde papá vio sobre la mesa tres muñecos blancos con su gorrito rojo en la cabeza, los ojitos negros y redondos, y un montón de alambres cortados a medida y algunos doblados en espiral, y en una canasta había recortes de telas y pequeñas esponjas y copos de algodón. Papá se detuvo a contemplar y se volvió solidario y sin pronunciar una palabra acercó una silla y se puso a torcer los alambres, observando nada más como los hacía mamá, y entonces se quedó no una o dos horas como ya era costumbre desde que se separó de mamá, sino hasta la madrugada en que se marchaba a la casa de su hermana a descansar, y al mediodía regresaba para continuar torciendo los alambres, saludaba apenas y se sentaba a la mesa. Mientras él doblaba los alambres o ella los recubría de tela me di cuenta que sus ojos se encontraban como por descuido y yo pensé que podían hacer clic otra vez y papá podría quedarse a vivir con nosotros, como antes, pero quizás no tanto como antes en que paraban discutiendo por quitarme estas pinzas hasta que no pudieron más y habían tomado la feliz decisión, según decía mamá, de separarse, como para compensar la tontería de haberse casado. Me hubiera gustado que volvieran a hacer clic, pero tal vez ya no había nada entre ellos y si estaban allí retorciendo alambres y forrándolos y mirándose por descuido, pero sin decirse nada, ya no se tenían nada,

entre ellos dos solo estábamos mis hermanas y yo. A los pocos días había tres canastas sobre la mesa llenas con esos muñecos de navidad y mi padre nos abrazó y se marchó prometiendo enviarnos regalos y llamarnos por teléfono pues lo que más anhelaba era escuchar nuestras voces. Así fue en efecto, pero en enero volvió porque mi hermana Mavila, quería que le compren el armario que había visto en una mueblería, y mamá que jamás conoció la palabra “no” prometió hacerle uno igualito, del mismo modelo, material y color. Hizo traer los tablones cortados al patio de la casa, se puso una gorra a la cabeza y ajustó la correa del jean. A papá no le quedó más remedio que arremangarse la camisa y echarse a trabajar. Y otra vez los vi a los dos ayudándose como antiguos amigos, aplicados en construir el armario o yendo a la mueblería a copiar los detalles del modelo. Y cuando estaba listo el armario, mi hermana Natalia pidió que le hicieran un armario igual, y así papá con ayuda de mamá, que ayudaba sosteniendo la madera o el martillo mientras él las unía, construyó tres armarios. Había demorado un mes. Al finalizar el último armario, mis hermanas y yo pensamos que había ocurrido un milagro, nuestros padres no solo se saludaban al encontrarse cada día, sino que hasta sonreían dirigiéndose alguna broma, papá se quedaba en casa a almorzar y a cenar, y se sentaba a ver televisión hasta muy tarde. Faltaban unos días para volver al colegio, se acababa también las vacaciones de mamá, cuando la última noche de marzo sonó el teléfono y mamá corrió como una chiquilla, casi saltando en un pie, dijo aló, aumentando la voz, pero enmudeció en el acto, abruptamente seria, y tras un momento colgó. Eran las diez de la noche. Entonces vino hacia nosotros y nos ordenó acostarnos que mañana debíamos levantarnos temprano porque empezaban las clases. Papá seguía sentado en el sofá tratando de ver una película. Le dimos un beso en la frente para irnos a dormir, anhelando que el milagro se consumara esa noche. Pero el milagro no se produjo. Al terminar la última grada me detuve para seguirle los pasos a alguien. Mamá no se acercó a mi padre, no dijo palabra alguna, y mucho menos quédate a dormir, se paró en la salida como tantas veces cuando ya se hacía tarde para hacerle saber que tenía que cerrar la puerta. Y papá se levantó del asiento, se puso la casaca y salió sin desearle buenas noches.

Mamá trabaja todo el día, sale de casa junto con nosotros, después de dejarnos en el colegio va a su trabajo, algunas veces

cuando no tiene tiempo de cocinar en la mañana, nos lleva a almorzar a un restaurante y enseguida vuelve a su trabajo porque dice que tiene mucho que hacer y allí se queda hasta las seis o siete de la noche; las veces que llega a casa nos trae sándwiches del marino. Cada cierto tiempo suena el teléfono y es mamá que quiere saber si mis hermanas están haciendo sus tareas y si no llama se me ocurre cualquier cosa y entonces yo llamo a la oficina donde trabaja y si allí no se encuentra pues marco su celular. Cuando la pesco ella me dice que ya no está en la oficina, que se encuentra en la ciudad buscando los encargos que le hizo Mavila. Cuando mamá está en la oficina no la llama su jefe, como está visto, pero muchas veces llama cuando mamá está en la oficina y entonces le digo al señor Julio que, por favor, la llame a la oficina que es donde ella se encuentra en este momento que son las seis de la tarde. Y otra vez el señor Julio llama para decirnos que mamá no está en la oficina y que su celular no responde. Entonces yo llamo a la oficina y en efecto mamá no está y el teléfono suena y suena sin que nadie responde, y cuando marco su celular me doy cuenta que está apagado o responde la contestadora que dice deje un mensaje. Como insisto temiendo que le ha pasado algo, y me preocupo tanto que estoy a punto de salir a buscarla, ella responde y me dice que salió de la oficina antes de lo previsto y está por el centro de la ciudad que ya llega a casa, tesoro, ¿qué quieres que te lleve, un sándwich del marino o un castelino de tres leches?, y yo le digo un castelino de tres leches y me quedo contento. Solo que esta vez me pareció que no había escuchado el ruido de la calle ni las bocinas de carro, sino una música suave y una voz muy cerquita que le dice *dile que vas en una hora, dile que vas en una hora*, lo oí muy claro, si recuerdo bien el tono de la voz era de un hombre parecido al del señor Julio o algo así. Lo malo es que antes que mamá llegara a casa sonó el teléfono y mi hermana Natalia se puso a llorar porque un hombre que no quiso decir su nombre le dijo por qué tu mamá no está en casa, *¿a qué hora llega Gabriela?*, de furiosa que se puso Natalia le tiró el teléfono, ¿por qué ese tipo no decía “señora Gabriela”? ¿Qué se ha creído? Mamá trajo sándwiches, uno para cada uno, y castelino tres leches uno para cada uno, y nos olvidamos del asunto que hizo llorar a Natalia; pero después que se acabaron el sándwich y el castelino, Natalia le preguntó por el tipo asqueroso ese que había dicho por qué Gabriela no estaba en casa. Mamá se echó a reír, si bien se puso nerviosa, dijo

que se llamaba Alberto pero no estaba segura que se llamara Alberto porque tartamudeó, dijo hasta dos veces “al al” antes de decir Alberto. Pero esta vez no le devolvió la llamada ni fue a la tienda a comprar gaseosa.

Desde que le pegué a Bruce todo cambió para mí, y no tanto porque le había pegado, sino por lo que dijo, y más que nada por la forma como lo hizo, poniendo la cara de idiota. Me ha herido en lo más profundo de mi alma, y eso que está en lo más profundo de mí es nada menos que mamá, entonces me he propuesto a cuidarla de Bruce, de su trabajo, del tal Alberto que le dice Gabriela y no señora Gabriela, de su jefe que llama a cualquier hora, y de ella misma. Y creo que la mejor manera de cuidarla es creer en lo que ella dice. Me hice la promesa en la iglesia. El domingo como todos los domingos, nos levantamos temprano, mis hermanas se ponen su mejor vestido, mamá se pone linda, más linda que cuando va a su trabajo, y yo estoy catrín con mi terno azul marino y mi corbata roja. Y nos vamos al templo al que pertenece nuestra casa. Para qué, mamá es muy querida y apreciada porque le pone entusiasmo a las cosas que hace, acaba de ser nombrada maestra de un grupo de hermanas y el obispo la llena de elogios, se preocupa por ella y la llama a un aparte al finalizar la jornada para hacerle preguntas que le molestan a mamá. Seguro que se ha dado cuenta que mamá no levanta la levita en la comunión cuando todo el mundo lo hace y mis hermanas y yo hacemos lo que los demás hacen, menos mamá, que coge la fuente y la pasa al siguiente sin tomar su parte y también se queda callada cuando le pedimos que ya es tiempo que nos lleve al Gran Templo, y ella nos dice bueno, que más adelante y se queda mirando las baldosas del piso cuando Natalia se le acerca e insiste, pero mamá qué te pasa que no levantas la levita. En una charla que tuvimos con el obispo nos dijo que las personas que están en falta no tomaban la levita y también nos dejó bien claro que para entrar en el Gran Templo había que estar en ley de castidad, y estar en castidad significaba que los jóvenes lo estaban porque eran solteros, las casadas lo eran por su fidelidad a sus esposos, y las separadas o viudas porque guardaban la memoria del marido a menos que volvieran a casarse o tener compromiso con alguien que no tuviera compromiso. El domingo después de pegarle a Bruce me preguntaba por qué mamá no tomaba la levita, por qué se quedaba callada o nos prometía llevarnos más adelante cuando le

reclamábamos que ya era tiempo que conociéramos el Gran Templo, y por qué salía fastidiada después de hablar con el obispo.

Un día me dije que ya estuvo bueno que mamá se quedase en su trabajo hasta las seis de la tarde. Que basta de trabajar tanto. Pero ella dijo que una semanita más o dos cuando mucho y se acababa todo. Dijo que no la llamáramos al teléfono de la oficina sino al celular, porque su jefe había dispuesto que lo guardaran en otro ambiente y no donde ella trabaja. Y como todos los días, después de almorzar se fue a la oficina diciendo que tenía muchas resoluciones que escribir. Más tarde la llamé al celular y me respondió del mismo sitio que ya se me iba haciendo familiar, aunque dijo que era la oficina; cuando le pedí que oprimiera dos letras del teclado se echó a reír diciendo qué gracioso y cambió de tema, y otro día me dijo que estaba en el centro de la ciudad, y en ambos casos lo que yo escuchaba era una música suave, un estornudo muy cerca de mamá y la misma voz que le soplabá al oído *dile que vas en una hora, pero dile*, y entonces mamá me decía que en diez minutos estaba en casa, y la verdad es que pasaron diez minutos, una hora, dos horas y hasta más, y llegó a casa con castelino tres leches.

Mi hermana Natalia empezó a sacarle en cara a mamá que ese tal Alberto la estaba engañando con el cuento de las cortinas, y el tal Julio le estaba pareciendo un jefe demasiado acaparador de su tiempo y de su trabajo, a partir de ahora mamá iré contigo cuando vuelvas a tu trabajo por las tardes o irás con Mavila a cualquier otro sitio, y se ponía a jalar el mantel de mesa de la rabia que le entraba y a llorar sin motivo aparente. Yo trataba de calmarla a Natalia y me entraba más ganas de pegarle a Bruce, le decía a Natalia qué le estás diciendo a mamá, y a Bruce le buscaba la cara y los ojos a ver si se animaba a decirme hijo de puta, ¡por mi madre!, esta vez no le iba a romper solo la nariz. Me preguntaba por qué papá se tuvo que ir de casa, por qué discutía tanto con mamá antes de irse, si solo era porque no encontraba trabajo o como dijo mamá el día que nos llamó a la sala para decirnos que él se iba de casa por un tiempo. Y esa misma tarde mis hermanas y yo tuvimos que darle un abrazo de despedida a papá, aunque él dijo que solo se iba de viaje. ¿Era toda la verdad? Nunca se lo pregunté a papá, quizá lo haga cuando sea mayor, digamos cuando haya cumplido los dieciocho, de hombre a hombre. A veces cuando viene de visita se pone a cocinar, solo para los tres, no la considera a

mamá, a pesar de que es ella la que compra las provisiones. Y si nos lleva a almorzar a un restaurante o a pasear, mamá no nos acompaña, pero muchas veces al regresar no la encontramos en casa, sino que llega mucho más tarde y nos dice que había salido poquito antes de que llegáramos nosotros. La vez que papá nos llevó de viaje durante una semana quedé marcado de por vida porque dejamos a mamá sola en casa, y mis hermanas y yo nos echamos a llorar con tal sentimiento que casi arruinamos el viaje, a pesar de que ella nos llamaba cada noche para saber cómo estábamos y de paso nos recomendaba portarnos bien, por el amor de Dios, tengan cuidado al jugar y no hagan renegar a su padre. Decía que estaba contenta con nuestro paseo, pero lo decía bajando el timbre de voz que no me cabía la menor duda de que estaba triste. Apenas la escuchaba mi hermana Mavila se ponía sensible y quería regresar lo antes posible porque extrañaba mucho la casita. En ese viaje conocí algo más de mi padre. Fue papá y mamá al mismo tiempo, se levantaba temprano a preparar el desayuno, lavaba la ropa, cocinaba el almuerzo, se esmeraba en el arreglo de mis hermanas, para qué, lo pasamos muy bien paseando y tomando helados, jugando en el parque O'higgins hasta la noche. El sábado debíamos retornar a casa, pero fue un día antes, mi padre nos hizo saber durante el desayuno que tenía los boletos del bus para viajar ese mismo día a la una de la tarde. Mis hermanas y yo saltamos de alegría, al fin y al cabo, ya queríamos regresar. Cuando llegamos a casa y quise marcar el celular de mamá, mi padre dijo que mejor la esperáramos. Menos mal ella llegó a las dos horas y nos encontramos sentados en la sala viendo televisión. Vaya la sorpresa que se llevó, ella nos esperaba el sábado y qué bueno que nos adelantáramos. El único inconveniente era que debíamos esperar un día nuestra torta helada. Mientras nos abrazaba y besaba noté que ella empezaba a ponerse nerviosa. En la mesa del comedor papá había puesto las tres bolsas de pan que el panadero deja colgado en la puerta de rejas por las mañanas. Mamá enmudeció al notar que mi padre, sin haberle dicho hola (en realidad no se saludaban ya), miraba pensativo las bolsas de pan y estoy seguro que se preguntaba, ¿dónde has estado todos estos días que no recogías el pan? Al poco rato sonó el teléfono. Como siempre, respondió Natalia que llamó a mamá diciendo que era de parte del señor Julio. Eran casi las diez de la noche. *Hola, estoy muy bien*, fue todo lo que dijo mamá, fastidiada, quizá porque papá

estaba escuchando a unos pasos de ella; luego vino hacia nosotros, nos ordenó ponernos la ropa de dormir. Mientras le ayudaba a Mavila a ponerse pijama me di cuenta que colocaba su celular en el bolsillo de su chompa, y poco después, apenas se había ido papá, llevó la ropa sucia a la lavandería. Escuché su voz, *han llegado mis hijos*.

El día siguiente era sábado y a oscuras cuando sonó el teléfono. Escuché la voz de papá. Nos había prometido despedir las vacaciones en Calientes con un chapuzón en sus aguas medicinales, pero había cambiado el plan a última hora, lo lamentaba mucho, que otra vez, muy pronto, volvería para llevarnos a Calientes. Se limitó a decirme que se iba de viaje esa misma mañana por un asunto de urgencia que acababan de avisarle y que no nos preocupáramos, no había pasado nada. Mi madre también se levantó muy temprano para ir al mercado. Me ordenó que volviera a la cama, que estaba haciendo frío. Saben acompañarla mis hermanas, o al menos una de ellas, pero como estaban dormidas salió sola y se demoró en regresar cerca de dos horas. Y el domingo fue día del templo, como siempre desde temprano y todos bien planchados y peinados, y como siempre mamá no levantó la levita, guardó silencio cuando mis hermanas le pedían que ya era tiempo de llevarnos al Gran Templo, y luego saliendo molesta de conversar con el obispo, quien de seguro le había preguntado otra vez que cómo iba con la castidad, hermana Gabriela.

El lunes me prometí matar a Bruce. El asunto era cómo hacerlo. Al comienzo pensé repetir el castigo de la primera vez, pero ya no sería dentro del salón, sino en el patio, mientras jugáramos al básquet. O en la calle, antes que abordara la movilidad. Quizá debía retarlo en un parque a solas y sin testigos. Tenía que matarle, dejarle con los huesos rotos, o no me llamaba Piero.

Me levanté temprano, hice un calentamiento en el patio, dando saltitos y pegando puñetes con furia en una cara imaginaria. Se me figuraba la cara de Bruce, lanzaba un gancho en la nariz, saltaba aquí, daba un puñetazo, vi sangre corriendo por su cara de idiota, otro golpe en la quijada y él trastabilla, esto es por faltarle el respeto a mi vieja, digo, una chalaca en el pecho, esto es por burlarte de mí, un zurdazo en el ojo derecho, esto por resentir a Paty. Una ducha fría y me fui al colegio, saludé a todos los que pude y a Bruce le dije hola y él me miró sorprendido, y poco más tarde me acerqué, oye Bruce,

¿podrías hacerme el favor de prestarme tu cuaderno de álgebra? Y Bruce sin salir de su sorpresa me respondió bueno, pero al acabar las clases. Justo lo que yo esperaba. A la salida me prestó su cuaderno de álgebra. Le dije que solo iba a sacarle una fotocopia, y qué tal si le devolvía más tarde, en el parque Zela. ¿Puede ser? Bruce aceptó de buena gana, y hasta me estrechó la mano. Le miré a los ojos y noté que no me guardaba rencor. En ese momento supe que no podría matarlo. Tomé su cuaderno y me alejé, humillado. En casa esperé que Mavila y Natalia se fueran a su cuarto. Entonces me deslicé hacia la puerta de salida, llevando en la mochila mi play station tres, algo de ropa y mis zapatillas Adidas, y puse dentro el cuaderno de Bruce. Cerré despacio la puerta. En el Terminal terrestre tomé un boleto para ir en busca de mi padre. Antes de abordar el bus arrojé el cuaderno de Bruce en un tacho de basura.

Me fui avergonzado, pensando que a lo mejor era al tal Julio y al tal Alberto a quienes debía matar.

## La herencia<sup>2</sup>

Fue idea de Eugenia colgar el retrato en la parte superior del dormitorio. Junto al viejo reloj de pared. Como para mirarlo siempre. Uno marcaba el paso del tiempo, y el retrato nos miraba, simplemente. ¿Te parece? Ella pidió mi opinión. Dije que estaba bien. El hombre que estaba en el retrato era mi padre y Eugenia su viuda. Dije que estaba bien porque mi padre se lo merecía y la muerte no debía borrar de nuestra memoria su presencia paternal.

Las primeras semanas que siguieron a su partida fue todo recordarlo. No había decisión por pequeña que fuese que no requiriese ponerse en el caso de que estuviera vivo papá Feliciano y, a ver pues, qué hubiera aconsejado él. Los domingos dejábamos un ramo de flores en su tumba.

En el dormitorio habían dos camas, una donde dormían mi padre y Eugenia, y otra de una sola plaza era de los niños. Dispuestas en ele las camas dejaban al medio un espacio donde había una pequeña mesa y el televisor.

Supe ahora más que nunca que no podía marcharme de la casa. Lo digo por los niños, por Eugenia, y también por mí. Ellos quedaban en desamparo. Los niños eran muy tiernos para que Eugenia pudiese trabajar. Y yo quería estar con ellos, aunque no fuese tan útil, al menos podría servir como compañero de sus juegos, o lo que fuere. Sin ellos, sinceramente, no sé qué habría sido de mi vida. Por otra parte, yo me ocupaba en el taller. Ninguno de mis hermanos del primer compromiso que tuvo mi padre tenían interés por la mecánica. Vivían en otros lugares, se ocupaban de otras cosas y rechazaban abiertamente todo lo que tuviera relación con el taller, así sea por un solo momento. Entiendo por qué. Nuestra infancia y lo que después pasó en nuestras vidas tiene mucho que ver con el taller.

---

<sup>2</sup> Publicado en Ediciones Copé 2005, Petrop Perú, Lima.

Incluida la mía, pero en sentido contrario, como está visto. Tal vez lo que les producía rechazo a mis hermanos, a mí, en cambio, me atraía. Se lo dije a mi padre cuando había decidido volver a su lado, y él me acogió con gran entusiasmo. Empecé como su asistente y no como un aprendiz, podía ocuparme por mí mismo del arreglo de un motor de cuatro cilindros y hasta reparar el sistema eléctrico. Vestí con orgullo el mameluco, y las manchas de petróleo que pronto la cubrieron fueron para mí como medallas al mérito. Creo que mi padre lo tuvo presente hasta el momento final. Veía por fin a un Butrón continuar con su trabajo de mecánico.

Al igual que mi padre debo abrir el taller muy temprano y cerrarlo después de doce horas de trabajo continuo. La verdad es que cuando giro la llave me siento como un jefe y una inmensa felicidad invade mi cuerpo. Lo supe el mismo día que mi padre me dio una copia de la llave del taller y señaló la habitación que iba a ocupar. Recuerdo que cuando estaba dirigiendo mis pasos hacia la habitación del fondo del taller tuve una sensación atroz. Allí, en esa misma habitación vivió unos tres meses, si mal no recuerdo hace unos doce años, Jesús, de quien sólo sabe Dios dónde se encontraba ahora.

Hace doce años. Recuerdo que era verano. Recuerdo que esta casa sólo tenía dos habitaciones de material noble a un costado del patio que entonces estaba descubierto, el piso de tierra que debíamos regar permanentemente para evitar el polvo, y otra habitación de estera. Mi hermano mayor tendría doce años y yo nueve. Entre la puerta y la calle funcionaba el taller, y hacia adentro jugábamos mis hermanos y yo. Éramos cuatro y el quinto estaba de pecho cuando llegó Jesús. En el fondo del patiotaller mi padre había levantado una habitación de esteras para el huésped. Todo estaba listo para el recibimiento. Lo único que faltaba era que llegara. Victoria nos lavaba y peinaba todas las horas para que Jesús no nos encontrara desaliñados. No me den tanto trabajo, niños, por favor, cuiden la ropa, decía ella.

Hasta que un día escuchamos poco menos que un alboroto en el patiotaller. ¡Entra, hermano, estás en tu casa!, había estallado mi padre, apenas lo vio en la puerta de calle, llamando a un tiempo a Victoria, a mis hermanos y a mí para que acudiéramos a saludar al recién llegado. Lo había abrazado con tal fuerza más bien como si se tratara de un resucitado. Y no podía ser para menos, pues se volvían a

encontrar después de doce años de vivir en lugares distintos, sabiendo uno del otro apenas por noticias que llevaban los viajeros, y ambos habían cambiado tanto según se decían mutuamente.

Aquel Feliciano que había dejado la casa atravesando el aliento verde del viejo arador con una talega que pesaba de tristeza echarse al hombro no podía borrarse de su memoria porque su madre se había encogido de dolor como si acabara de perder un hijo; ahora se había convertido en un hombre gordo como cualquier chacarero de la tierra, que tenía mujer y cinco hijos por si fuera poco. Y aquél Jesús que entonces tenía apenas la edad de su hijo mayor, y luchaba contra las lágrimas junto al arador que sacudía la cola como si también protestara, ahora era un joven en cuyos ojos brillaba el entusiasmo de un conquistador.

Jesús echó un vistazo al pequeño y alargado espacio que servía de patio y taller en cuyo rededor se apoltronaban fierros y restos de carrocerías, engranajes aceitados y fragmentos de parabrisas. Dejó en el piso de tierra su talega con algo de queso que mi abuela había puesto para el camino y otro entero para mi padre, nos besó a los hijos de su hermano, uno mayor que el otro apenas en un año que hacíamos una escalera cuando íbamos juntos. Abrazó a Victoria, tu cuñada, que le había parecido tan joven para ser madre de cinco hijos, y muy jovial como convenía a su edad, hablaba un castellano entonado y con dejos distintos a las gentes del sur. Dizque enseguida supo que ella era de la sierra del centro y no de Cajamarca como sospechaba por el color blanco de su piel y su cabello quemado por el sol.

Mi padre le mostró con orgullo cada rincón de la casa, y mamá ¿cómo estaba, Jesús?, la casa era nueva que es como se dice no a la recién construida sino a la que está haciéndose, parte con planchas de zinc y estera que servían de muros o techo, salvo un par de habitaciones hechas de concreto, pero era su casa, que era lo más importante, ¿y los amigos? ¿alguno se acordaba de Feliciano?, supo que estaban bien y que también ellos se interesaban por verlo aunque sea por unos días. Allá mandaban saludos, un abrazo para el ingrato. Mi padre abrió la talega y extrajo un queso que miró con ternura antes de darle un mordisco gozoso como si besara la mano de su madre cuyos dedos sin duda eran esas grietas que rodeaban el queso. Después pidió que le prestaran el cuchillo para cortarlo en pedacitos y

compartir con la familia mientras nos explicaba cómo los hacía mi abuela.

Destapó un par de cervezas Pilsen para celebrar el encuentro y los recuerdos, mientras Victoria se afanaba con el almuerzo.

—Aquí tienes todo—, se apresuró mi padre, quizá pensando que su hermano no tenía que atravesar las penurias que él vivió cuando llegó, los diversos trabajos que tuvo que hacer para sobrevivir, mudándose de un cuarto a otro para dormir; nada de eso, Jesús, ya pasó todo eso conmigo.

De gustarle la mecánica hubiera tenido hasta trabajo, pero precisamente no le gustaba nada que se pareciera a fierros y mucho menos tener que vestir un traje viejo y sucio y tirarse al suelo cada vez que había que revisar la carrocería. Tal vez era cuestión de tomarse un poco de tiempo, dijo mi padre, prueba otras ocupaciones y a ver si conseguía tener algún interés, pues qué mejor para mi padre que necesitaba un ayudante y después podía ser su socio, qué bueno para las noticias de su madre, se terminaba sucio el día pero la compensación era buena, y Victoria lo confirmaba, nunca faltaba para la olla y menos para la leche de los hijos y él mismo exhibía su cigarrillo echando una bocanada de humo como dando a entender que ese vicio sólo se permitían algunos hombres. Pero no había ningún apuro y mi padre consintió incluso que pasara las primeras semanas sin tener que trabajar, mientras se acostumbraba a la ciudad y mientras tanto se sacaba ese tonito de cantante para que no lo llamaran serrano.

Jesús pasaba en su habitación contando las horas y escuchando sin entusiasmo el ruido de los fierros que llegaban del taller, del lloriqueo de la huahua que reclamaba leche y pendiente de la presteza con que Victoria se acercaba al niño, se descubría el pecho abultado de leche y acallaba el llanto de la criatura. Interrumpía su descanso para distraernos a los sobrinos con la pelota o algún cacharro que convertíamos en juguete, y rodeado de nosotros entraba a la cocina para agitar el cascabel que consolaba al niño y verlo enseguida muerto de la dicha mamar los senos de Victoria. Al comienzo ella sintió algo de vergüenza, pero después permitió incluso que el propio Jesús sostuviera en sus brazos a la criatura para descubrirse los senos y dárselos a la huahua sin tener que cargarla,

hasta que Victoria y Jesús no tardaron en descubrir que era lo que más les gustaba, mirarse a los ojos, sentirse cerca el aliento agitado mucho después que la huahua había terminado de mamar y se quedaba dormido en medio de los dos.

Como a los dos meses mi padre respiró decepcionado, Jesús había renegado definitivamente de la mecánica. Imposible convencerlo de que ese trabajo si no te volvía rico, por lo menos daba dinero como para no morirse de hambre. Y aunque Jesús salía a buscar algo mejor, regresaba al poco rato siempre bien peinado como si solamente hubiera caminado hasta la esquina, y volvía a ocuparse de nosotros como si fuera nuestro hermano mayor y quería jugar al trompo y a las canicas o saltar como un chivo en la rayuela y poco después se quedaba muy tranquilo cerca de la criatura viendo gozoso como succionaba el pecho de Victoria.

Esa tarde oscureció antes de tiempo y mi padre había renegado mil veces de todos y de todo todavía manteniendo una pequeña, una minúscula, esperanza de que aquello era solo una nublazón de sus ojos, y nada más. Mientras gastaba los últimos rayos de sol tratando de ponerse de acuerdo con un cliente por el costo de la reparación del engranaje había comenzado a sentir el llanto de la criatura que se prolongaba más de la cuenta como si nadie se interesara por él, ni Victoria, ni Jesús y menos los demás niños que tratábamos de aprovechar en las canicas las últimas luces del día. La verdad es que no nos habíamos dado cuenta, ni habíamos escuchado el llanto de mi hermanito. En cambio mi padre no bien había despachado al contumaz cliente viéndose obligado a rebajarle el esfuerzo de su trabajo, se precipitó a la cocina, preparó leche y recién nos llamó. Y empecé a entender lo que había comenzado a ocurrir en nuestra casa. Mi hermano mayor sostenía el biberón. ¿Dónde estaba Victoria? No la habíamos visto después del almuerzo. Por la forma como preguntó mi padre, parecía entender ese dónde de las cosas perdidas y no simplemente algún sitio de donde podrían volver enseguida o más luego. Y Jesús, ¿qué era de él? Mi padre reventaba de rabia y su cigarro que le hacía achinar el ojo derecho amenazaba caerse. Estuvimos a punto de llorar porque recién empezábamos a echar de menos a Victoria.

La casa no era grande como para buscar, las cosas siempre estaban al alcance de la mano o de la vista. Lo único que se necesitaba

eran unos pasos para llegar a la habitación de Jesús. Mi padre furioso fue hacia allí. No vio luz alguna. La puerta cerrada le produjo una atroz sospecha y por un instante se sintió herido de muerte. Por poco entró violentamente en la habitación tirando la puerta de un puntapié, pero desistió quizá pensando que lo importante no era descubrirlos en el acto, sino encontrarlos juntos, que era más que suficiente. Todavía auscultó pegando la oreja en la ranura de la puerta antes de tocarla despacio como para que no reparasen los vecinos ni siquiera nosotros que estábamos pendientes de cada detalle. Tocó otra vez, y el silencio siempre retornaba oscuro. Ya adentro y con la luz encendida comprobó que no había nadie. Menos mal, dijo después, porque hubiera sido fatal y hasta hubo un instante en que se reprochó por su mal pensamiento. Prendió un cigarrillo y echó varias bocanadas de humo para registrar ya con más calma las cosas de Jesús, y ahí sí que vino lo peor en medio de densas bocanadas de humo que le hicieron toser: no quedaba nada; la ausencia de la talega que le había servido de maleta le hizo pensar que esto era una despedida. Para estar más seguro de aquella verdad que a grandes saltos se sentía venir, con toda su crudeza, se precipitó a su dormitorio, a la pequeña y rústica mesa que le servía de velador, vio también el colgador de ropa y abrió el baúl donde se guardaban a salvo de las polillas las ropas menos usadas. Claro, estaban las de él, pero no quedaba nada, ni las nuevas ni las usadas de Victoria.

Ni siquiera arrojó la colilla del siguiente cigarrillo, dejó que el fuego le quemara los labios. Recuerdo que nos llamó y nosotros fuimos uno seguido del otro y el último iba en brazos del mayor succionando ya la espuma del biberón. A mí se me habían nublado los ojos y la boca se me quería llenar de espuma, pero aguantaba las ganas de gritar que me dieron. En medio de la nublazón de mis ojos noté que mi padre sentía quebrarse viendo la profunda tristeza que brillaba en los ojos de mis hermanos. Pero se repuso enseguida ofreciéndonos para la cena un pollo a la brasa con papas fritas. Eso fue realmente extraordinario porque Esteban fue el primero en olvidarse del asunto y solo pensaba en comerse el pollo y dijo yo voy a comprar, y mis hermanos y yo cambiamos rápido la ausencia de Victoria por el pollo a la brasa y las papas fritas. Parecía que mi padre se había repuesto también de aquella caída. Sentí alegría, a pesar de todo. Además, me dije, por más que fuese ya noche podría volver ella

más tarde o tal vez al otro día. Después de cenar el pollo nos fuimos quedando dormidos uno a uno. Yo fui el último en caer de modo que pude ver a mi padre volver pensativo como si buscara en aguas profundas una explicación, fumaba y alzaba la cabeza al menor ruido que llegaba de la calle. "Mi hermano, ese desgraciado", fue todo lo que dijo esa noche. Le oí muy claro.

No se quejó a nadie. Trataba de no hablar con nosotros acerca de Victoria y cuando preguntábamos por ella, nos hizo creer que había viajado a la tierra de sus padres de manera imprevista y que no se despidió para que no sintiéramos pena, que volvería tan pronto se repusiera el abuelo de una penosa enfermedad. Y como insistíamos en saber cuándo regresaba mamá, al cabo de un tiempo nos dijo que ella había subido al cielo junto con el abuelo enfermo. En cuanto a Jesús solo dijo que él se había ido por donde había venido. Y la única vez que tuvo que responderle a su propia madre a través de un viajero dijo que su hermano donde sea que estuviese estaría, con toda seguridad, mucho mejor que él.

Si no fuera porque no dejábamos de preguntar por Victoria o llamarla cuando papá nos resondraba, seguramente que la habría olvidado antes que pasara un año. Tampoco necesitaba ayuda, se dijo la misma noche que desapareció ella, conmigo basta. Y así comenzó mi padre a levantarse en la madrugada para tener listo el desayuno y avanzar con el almuerzo. Los mayores lo secundábamos y pronto entendimos que era bueno levantarse en la madrugada, pues así descubrimos que el día podía ser más largo y se tenía más tiempo para ayudar y para jugar. Íbamos al mercado con nuestro padre y traíamos provisiones para cinco días, que no faltara leche al bebe, ni ropa limpia, ni orden en la casa, y luego mi padre se ponía el mameluco para empezar el día. La vecindad se enteró más por la propia ausencia de Victoria o Jesús que por las explicaciones de mi padre que se negaba a hablar de ella o de él e incluso nos había prohibido a los hijos hablar de ellos. El vecindario empezó a sentir admiración por mi padre, pues no les parecía común y corriente ver a un hombre correr de la casa a la calle, enjuagaba presto los pañales de la huahua, corría a ajustar las tuercas del engranaje, saltaba a la cocina para chequear el fuego o preparar el aderezo, y otra vez estaba presto en el patiotaller. "Qué buen hombre, es un gran ejemplo", decía una señora, "se basta solito con los hijos, como padre y madre a la vez", decía otra, y ambas

se enternecían hasta las lágrimas. Pero es Eugenia la que quizá se percató de la soledad de mi padre, a pesar de los cinco hijos que respondíamos rápidamente al llamado de la madurez, por quienes se desvivía, en fin, de lo joven que aún estaba y del buen talante que siempre tuvo para despertar simpatía en la gente. Me la encontraba a ella en la puerta del horno y su franca y agradable sonrisa me cayó muy bien desde un comienzo. Era unos cinco años mayor que yo y me hacía sentir como si fuera mi hermana mayor, preguntaba siempre por mis hermanos, en especial por el último a quien recomendaba quererlo mucho por ser el más pequeño. Y también decía que mi padre era muy querendón con sus hijos y muy caballero con los demás. Cuando hablaba de mi padre asomaba a sus ojos una luz intensa y una rara dulzura vibraba en sus labios. Y así es como una mañana mi padre regresó del horno con una bolsa de pan y con Eugenia que venía tras sus pasos. La invité a tomar desayuno con nosotros, dijo mi padre, feliz de la vida. Él es Ramiro; él, Octavio; él, José Luis; él, Miguel Ángel y ese último es Felipe. Ella pasó tocándonos la cabeza como si revisara a la tropa. Hola, le dije con sincera alegría. Tomó asiento entre mi padre y yo. Ella ha prometido prepararnos el almuerzo hoy, dijo orondo mi padre, y la miró con interés. Eugenia nos sonrió, y nosotros nos alegramos, si bien sospechábamos que esa visita o invitación, como prefirió llamar mi padre, tenía otro sentido y que más parecía que allí estaba empezando un connubio. Es como si todos estuviésemos de acuerdo con esas miradas de mutua comprensión que se daban los dos. Poco después mi padre se puso el mameluco y salió al taller, y en toda la mañana no vino a la cocina sino una vez y no para probar cómo andaba de sazón el almuerzo sino para verse a solas con Eugenia. Él la buscaba como un animal herido en su virilidad.

El almuerzo fue magnífico. Hacía años que no se servía una mesa tan llena de cosas. Hay quienes pensaron que Eugenia aceptó vivir en mi casa por compasión a mi padre, y otros que, en fin, porque no faltan los amores ciegos. Eugenia ignoró a todos, incluyendo a su propia madre que se opuso terminantemente desde un comienzo a la relación que su hija sostenía con el mecánico, y cuando Eugenia se vino a vivir a mi casa, ella venía todos los días a persuadirla para que desistiese del mal paso que había dado. Poco a poco dejó de venir. Eso la hizo aún más feliz a Eugenia quien dijo que su madre se había

convencido de que Feliciano solo era un hombre mayor que ella, pero bueno y leal. Para entonces el vecindario se había repuesto de sus críticas a mi padre por su compromiso con Eugenia y le habían retornado su aprecio. Eugenia se dedicó feliz, como solía decir, a completar la crianza de mis hermanos menores. Y a mi padre le volvió el gusto por la vida, pues para él era como empezar de nuevo, no era su segundo compromiso, sino el primero, y así tuvo con la nueva y fresca Eugenia otros dos hijos, varones como los del primer equipo.

Con la misma tranquilidad de los días nublados de la ciudad que le habían formado el hábito de llevar encendido un cigarrillo, una tarde mi padre dejó de revolcar tuercas y neumáticos en el taller, donde su mameluco engrasado, su gorra traviesa y el eterno cigarrillo, como si fuera una parte de su rostro, hacían tanta falta a los amigos. La tristeza vino en lugar de él. Me acuerdo como una neblina muy cargada, de esas que acaban en finas gotas de lluvia que cae durante horas. La casa llena de esa gente que se frotaba los ojos y se interesaban por saber qué había ocurrido. Estuvieron llenándolo de elogios. Acababan de volverlo santo a mi padre. Te lo mereces, viejo, me dije.

Ahora iba en hombros por el largo corredor que bordea el pabellón Santa Lilitana. Era el momento final. El de la despedida. Adiós, papá, decía cada vez que podía recordando que no fue solo un padre, sino una verdadera madre con nosotros. Pobre viejo. Cuando estaban levantándolo para introducirlo en el nicho cerré los ojos firmemente. En medio del bullicio sentí los gemidos de Eugenia. Ella tenía de la mano al niño de tres años. Y al de once meses sostenía yo en mis brazos. Pobre niño, dije, pobre papá. Sentía que de ahora en adelante tendría que dedicarle más tiempo y cuando supiera pronunciar la palabra papá levantaría su diminuto dedo para señalarme a mí.

Me sentí huérfano por segunda vez. No me quedaba nadie en el mundo. No veía a mis hermanos. Todo lo que tenía eran esos dos niños que no entendían qué era morirse. Y Eugenia tan joven y viuda, más parecía que se había quedado huérfana también.

Eugenia hablaba menos como si todo el tiempo se pasara en recordar su pasado, al tiempo que se prodigaba en atender a sus hijos. Me hacía recordar a mi padre cuando se multiplicaba para no

hacernos sentir la ausencia de nuestra madre. Yo estaba allí para ayudarla. Aparte de ocuparme en el taller podía también prepararle el biberón al niño, tomarlo en brazos cuando quería dar un paseo. Como el taller era de mi padre la mitad de los ingresos se lo daba a Eugenia, pero enseguida supe que vivíamos de la misma mesa, en la misma casa, que sufríamos de la misma ausencia. Acabé por darle todo el ingreso. Yo no quería reservarme ningún dinero, necesitaba que ella lo tuviese.

Cuántos años tenía Eugenia. Su belleza apenas advertida cuando estaba vivo mi padre, con la viudez y el dolor que parecía muy sincero, brotó de improviso. Surgió con fuerza aquello que venía anunciándose entre dudas y escombros. Yo luchaba al comienzo contra la idea, revolviéndome con las frazadas pasaba las noches en blanco.

Por su parte Eugenia quizá advirtió que algo ocurría en mí. No sólo le daba las ganancias del día hasta el último centavo como si estuviese obligado igual que un hijo o un marido; no sólo ayudaba a atender y levantar en brazos a los niños, sino que le dedicaba un interés que sólo podía darle un hombre. Al encontrarse nuestros ojos se llenaban de ternura.

Yo era cinco años menor que ella, como era bastante desarrollado bien podía pasar por ser su mayor.

Después de la cena dormitábamos ante el televisor sin ningún interés por la película, mucho después que los niños se habían rendido, uno en su cama y el otro en el regazo de Eugenia. Procurábamos mantenernos despiertos como si nos esperáramos mutuamente, bajo la atenta mirada del retrato. No sé por qué, pero cuanto más aumentaba mi interés por ella sentía más cerca de mis hombros los ojos vigilantes del difunto, como un acto confuso de compasión y rechazo. Entonces me puse de pie, apagué el televisor y tomé al niño para recostarlo junto al otro niño. Avancé dos pasos decidido a enfrentar a mi padre, levanté ambas manos y le di vuelta al retrato contra la pared. Luego sin prisa apagué la luz, me acerqué a Eugenia y tomándola de la mano la conduje a mi habitación.

## Los Nicolás Zamalvides<sup>3</sup>

### 1

Mi nombre es Nicolás Zamalvides. Nací en la primavera de 1975 cuando se estaba poniendo el sol y María Cristina se corría hacia la puerta. Mi madre solía decir que tuvo que morder las sábanas para no gritar por los dolores del parto que se aproximaba. Pero a pesar de tales dolores y los ajeteos de la comadrita Estefa Moncada que repartía órdenes para cuando llegara el momento, mi madre pudo fijarse en el cono de luz que entraba por un hueco del tejado y atravesando de lado la penumbra de la habitación alumbró el paso de María Cristina, la mejor ponedora que tuvimos siempre en el solar de Pumanchy, que corría bajando el pico junto al lecho de la parturienta. Nunca se cansaba de recordármelo. Naciste cuando María Cristina buscaba la luz.

Crecí rodeado de bulliciosas ponedoras que picoteaban el maíz en el solar y cerca de un cura a quien años después serví de monaguillo los domingos. No sabía que existían o existieron otros Nicolás Zamalvides que vivieron en circunstancias parecidas y que murieron de la misma muerte, cosa que sabré seguramente cuando me llegue la hora de la verdad.

La primera vez que me revelaron de la existencia de otro Nicolás Zamalvides fue un atardecer del mes de mayo cuando pasó por el solar el cura Octavio Casas montado en un hermoso y descansado bayo.

Yo tenía bajo el brazo a Cristina, hija de María Cristina, mi reciente ponedora favorita. Era mi preferida porque ponía huevos todos los días para mí solo. Me gustaba ponerle maíz en el pico, y sentir en los dedos sus picotazos que se volvían violentos cuando la arredraba el hambre. Pero si estaba satisfecha, daba gusto cargarla y sentir su cuerpo caliente y su respiración agitada, cloqueaba como si ella quisiera mostrarse contenta y me daba con el pico suaves toques

---

<sup>3</sup> Publicado en La Vida y la Historia Nro.4, 2015.

en los dedos. Cuando tenía sed sumergía la cabecita en un pequeño cuenco de madera, y luego empinaba para tragar el agua. Una y otra vez hasta que sacudía la cresta señal de que estaba satisfecha. A mí me agradaba jugar con ella. La hacía correr por el perímetro del solar, saltar pequeños obstáculos, o hacerla marear soltando granos de maíz ya a un lado, ya al otro, y enseguida la alzaba y apretaba contra mi pecho. Estaba en eso cuando me di cuenta que el cura Octavio Casas nos estaba observando con extrema curiosidad. Había sobreparado su caballo tras el muro del pasacalle.

—Mismo Nicolás Zamalvides —dijo, dirigiéndose a mi madre.

A un tiempo movió los ojos en la dirección de las montañas azules del sur, en cuyos flancos los abismos no tienen límite.

Yo estaba en la luna. Me cayó como un puñete en la cara saber que otro Nicolás Zamalvides, como yo, vivía allá por los flancos donde se encadenaban los cerros azules que miraba el cura, y quizá al igual que yo tenía su ponedora preferida. ¿Será verdad? Dudaba. Conociendo al cura, quizá una más de las bromas que se gastaba cada vez que salía en el bayo a dar un paseo por los campos y volvía con las alforjas reventando de maíz. Aunque más parecía un chacarero por su modo de hablar y vestir, y ese sombrero de paja que caía sobre su cabeza como un paraguas, el cura Octavio Casas era el único de los pocos que pasaron por Pumanchy en llevar agua bendita en una botella de cerveza para bendecir el trabajo en las chacras. Tenía que ser Octavio Casas, decía la gente, un hijo de este pueblo, al igual que los choclos de Layme o las papas de Aticio. Los domingos antes de celebrar misa se armaba de valor y escuchaba sentado no encima del bayo sino en el confesonario de la iglesia, con la oreja pegada a la rejilla los pecados de las mujeres, entre las que iba mi tía Evita Ávila. Ella se postraba de rodillas, la cabeza envuelta con velo negro, y se echaba a llorar mientras se sacaba del alma cada una de sus culpas en voz muy bajita y entrecortada. Después se movía a la banca del baptisterio y rezaba las oraciones de la penitencia. De las cosas que se enteraba el cura. Yo estaba intrigado por saber los pecados de mi tía Evita Ávila y varias veces estuve tentado de preguntarle al cura, pero me daba vergüenza y callaba. Siempre tuve curiosidad por las cosas que ella hacía, porque era chiquita y tetona, ojos grandes y brillantes como el capulí de retoño, la nariz delgada y curvada como

el pico de una gallina, piernas gruesas pero menudas y las manos pequeñas que terminaban en uñas con colorete. Eso sí andaba animado con la idea de que más tarde cuando fuera grande quería ser cura y no policía, ni preceptor, y menos domador de potros.

Antes de continuar su itinerario el cura se apeó del bayo, revolvió mi cabello y tocó con un dedo la cabeza de Cristina oprimida bajo mi brazo. Yo sentí como si fuera la mano de un hermano mayor.

—Oye, Nico, así que te gustan las ponedoras.

En una pequeña canasta mi madre contó no sé cuántos huevos que se los dio al cura. Ella estaba contenta porque había sido una buena cosecha y como cada vez que estaba contenta recordaba a mi hermana ausente, a mi padre viajero, a mis tíos que andaban por cualquier lado de la tierra, acaso pensando que podía enviarles una parte de la cosecha.

Había sido un día arduo por el trabajo de cortar y apilar el maíz y por el calor de los mil infiernos que hacía en el pueblo.

Junto a Cristina habían cuarenta ponedoras que andaban picoteando en el solar el día entero. Estaban tan gordas que parecían unas marranas. El maíz no se acababa nunca y yo tenía que repartir agua en vasijas de arcilla para que las ponedoras no se murieran de sed. Cuando el sol se echaba a perder, marchaban en fila hacia el dormidero, un tronco de eucalipto extendido entre la pared y el fogón de la cocina. Estoy seguro que no faltaba ninguna y, sin embargo las contaba, uno dos tres cuatro... hasta que hacían cuarenta y una. Para estar seguro de que no me había equivocado las volvía a contar al revés. Aparte de las ponedoras había gallinas corrientes, gallos y pollitos, en cantidad. Mi madre decía que teníamos bastante pero no tantos como los que tenía mi tío Nicolás Zamalvides en su pueblo de Mollebamba.

Cuando mi madre dijo que Nicolás Zamalvides era su medio hermano, pensé que era un enano. Tal vez un hombrecito de metro y pico de estatura, cosa que por lo demás no me parecía extraño sabiendo que en Pumanchy los hombres eran retacos y las mujeres chatas, un poco más subidas de porte que mi tía Evita, pero chatas. Tanto que los forasteros decían que donde veían un sombrero con toda seguridad debajo respiraba un pumanchino; si se juntaban en una asamblea en la plaza del pueblo, solo veían un montón de

sombreros; si acaso se encontraban en el camino con un caballo aparejado, pensaban que el caballo iba solo, y el jinete en la alforja. El propio cura Octavio Casas era chato y regordete como el gallo que andaba detrás de las ponedoras. Así debía ser mi tío Nicolás Zamalvides, pensaba yo.

—No— rió mi madre—, es mi medio hermano porque somos hermanos solo por padre.

Nicolás Zamalvides era hermano de mi madre, por el lado de mi abuelo Emigdio. Mi abuelo tuvo diez hijos en mujeres distintas. Como era arriero tuvo mujeres en cada pueblo de la sierra que visitaba, y en cada una de ellas puso su semilla.

Mi madre y su medio hermano se conocieron cuando ya eran jóvenes. Mi madre nació en Pachaconas pero vivía en Antabamba hasta el día en que mi padre se la robó en la grupa de su caballo. Mi tío Nicolás nació en Silco pero vivía en Mollebamba. Mi tía Emilia vino al mundo en Huancaray pero vivía en Chalhuanca. Mientras pudo mi abuelo Emigdio iba de un pueblo a otro tras una recua de mulas cargadas de lana cuando bajaba de la sierra a la costa, y retornaba de los llanos cálidos con víveres y telas para los señores de la sierra. Decía mi madre que supo por mi tío Nicolás que tenía un hermano negro habido en una mulata de Nazca y que vivía en el puerto de Pisco dedicado a recoger mariscos.

Para no seguir el mismo camino que mi abuelo Emigdio, mi tío Nicolás se había plantado en Mollebamba y dedicado a la agricultura. Se había casado joven y ahora tenía tantos hijos como los tuvo mi abuelo Emigdio, pero todos en una sola mujer.

En uno de mis viajes pasé por el pueblo de Mollebamba. Si no recuerdo mal, era el año 1993. Caía el crepúsculo sobre los tejados del pueblo cuando el carro se detuvo en la plaza. Me acuerdo del momento en que el carro ingresó al pueblo y el ruido del motor espantó a una enorme cantidad de gallinas. Una mujer y tres chicas, de unos quince a diecisiete años de edad, se afanaban en juntarlas para que el carro no las aplastara.

—Son las gallinas de Nicolás Zamalvides— dijo el chofer.

Enseguida el chofer saludó a un hombre de regular estatura, alto si uno lo comparaba con los hombres de Pumanchy, gordo y bonachón. Iba apurado detrás de las muchachas. No se detuvo cuando

lo saludé, “Tío Nicolás, te manda saludos tu hermana Julia”. Se limitó a mirarme como un sordo y continuó su camino. Un bigote sucio y recargado pesaba sobre sus labios.

Antes de proseguir viaje, los pasajeros cenamos esa noche en la pensión del pueblo un buen caldo de gallina con abundante picado de cebolla china y trozos de ají tostados.

La segunda vez que mi madre mencionó a su medio hermano fue el atardecer de un verano. Acababa de llover a cántaros y, tras la lluvia, el sol había vuelto a salir. Un arco de siete colores se extendió entre la quebrada del río Tunabamba y la cadena de montañas azules que se deslizaban al sur. Nada era más hermoso que esa tarde, y, sin embargo, latía sobre las montañas un juego de sombras enigmáticas. Mi madre tuvo un presentimiento atroz y a causa de él entristeció aquél día. Unos meses después me dijo que mi tío Nicolás Zamalvides había fallecido de un ataque al corazón. Y sus doce hijos se habían dispersado por los pueblos de la provincia, llevándose cada quien un lote de gallinas como única herencia de su padre.

2

Con el correr de los años mi deseo de ser cura se había acentuado. Quizá es cierto que los hijos van en sentido contrario a los deseos del padre. Y siendo mi padre un declarado detractor de los curas, que era disipado en comer, beber y fumar, que iba al templo a escuchar los sermones del padre Octavio Casas solo porque lo llevaba mi madre arrastrándolo del brazo, era de esperar que alguno de sus hijos, como quizá ocurría conmigo, quería ser precisamente cura. Después de asistir al padre Octavio Casas de niño en el pueblo, anduve en la ciudad con monjas que me trataban como a una mascota; si me preguntaban qué me gustaría ser de grande mi respuesta inequívoca era, “cura”. Ellas celebraban mis ilusiones con estrépito, se alegraban como niñas, y de premio doblaban mi ración de chancay; aunque luego se ponían serias, me miraban a los ojos hasta el fondo del alma y terminaban diciendo que para ser cura debía ocurrir algo más importante que la decisión de uno mismo, y era la voluntad del Todopoderoso. Porque habían de los indecisos que se engañaban a sí mismos, tan pronto se hacían curas y tiempo después enterraban su

vocación colgando el hábito, y tenían mujer e hijos como un hombre cualquiera. Para que eso no ocurriera conmigo lo mejor que podía hacer era esperar hasta el momento en que el Señor tuviera compasión de mi paciencia y me llamara. En algún momento, cuando menos lo esperabas, de noche mientras dormías, de día aunque estuvieras jugando, el Señor se manifestaba. Te tocaba tu espíritu y llamaba.

Me había hecho joven y seguía esperando el llamado del Señor. Estudiaba en una universidad y por las tardes acudía al Seminario de San Jerónimo a hurgar en su biblioteca. Cuando recorría sus silenciosos pasillos sentía envidia por los seminaristas que vivían allí preparándose para ser ordenados como ministros de Dios; el espíritu se regocijaba en la capilla inundada de luz celeste por los cristales azulados de la bóveda o en los jardines rebosantes de rosas y gladiolos que daban el toque final para sentirse en el paraíso. A más de eso tenían una amplia biblioteca con mesas de lectura trapezoidales. No me cabía la menor duda, ese era el lugar perfecto para mí. Estaba decidido, apenas sintiera el llamado del Señor me mudaría inmediatamente al Seminario. Pasaban los años, y en vez de oír la voz del Señor, quien me llamó fue una muchacha de ojos pardos y soñadores. Y tiempo después me llamó la que sería mi mujer.

Mientras aguardaba el día en que el Señor se manifestara, allá en la biblioteca del Seminario de San Jerónimo, abrí un viejo periódico del siglo XIX, del año 1893 para ser precisos, llamado *La Bolsa*, y en la página policial leí una nota acerca de la muerte de un personaje cuyo nombre me sobrecogió tanto que por poco me sentí como un resucitado. Se llamaba Nicolás Zamalvides, nada menos, de quien decían era un honorable cargador, conocido y querido en el mercado San Camilo.

Según el cronista, Nicolás Zamalvides vivía en un hotel que pagaba con sus ingresos diarios. Al terminar su jornada de trabajo descansaba un rato, se mudaba de ropa y salía vestido con terno y corbata, como el caballero que era, pero sin zapatos, a dar una caminata por los alrededores. En la tarde se encontraba con sus amigos y dejaba correr el tiempo charlando sobre mujeres en una cantina de la calle Rosada mientras amagaban la sed con unas botellas de cerveza.

Después se retiraba a su hotel andando en zigzag, sin hacer estragos en la calle ni ofender a los transeúntes.

Entraba a su cama y dormía hasta la madrugada, feliz como una lombriz.

Iniciaba el día en la puerta del mercado San Camilo, ancha faja a la cintura y cordel al brazo. La señora Asunción Venegas aguardaba con las jabas de gallinas que Nicolás Zamalvides repartía entre las cocineras del mercado. Cumplida esta primera labor se premiaba con doble fondo de caldo de gallina que le renovaban las fuerzas para continuar la jornada hasta la tarde.

El celador del hotel lo tenía en gran estima, pues Nicolás Zamalvides era de sangre dulce, parco en hablar y en cuanto al pago de la renta era puntual como la vieja campana de Santo Domingo.

Solo que un día no amaneció, mejor dicho amaneció muerto. Hacía rato había doblado la campana de Santo Domingo y él no daba señales de vida. En vano la señora Asunción Venegas esperó con las jabas repletas de gallinas. La señora Asunción aguardó una hora, al cabo llamó a un ayudante, pues parecía que Nicolás Zamalvides no acudiría, cosa por demás extraña, tratándose de un hombre que se levantaba con la aurora y que jamás había faltado a sus deberes.

—¡Bah! —dijo—, habrá tenido algún problema.

La mala noticia se expandió esa misma mañana. Extrañado por la inusual demora de Nicolás Zamalvides, el celador del hotel fue en su busca con el propósito de despertarlo. Al llegar a la puerta reparó que el pestillo que daba seguridad por dentro continuaba corrido señal de que el hombre no había salido de su habitación. Entonces decidió forzar con una palanca de metal. Como había temido en algún momento, ante su silencio prolongado, Nicolás Zamalvides yacía muerto sobre su cama.

Fue una muerte muy sentida entre los amigos y conocidos de Nicolás Zamalvides en el mercado San Camilo y en la calle Rosada. El periodista reportó la noticia con estas palabras: “honorable caballero que trabajaba como cargador en el mercado San Camilo murió en su habitación del hotel al parecer de un infarto al corazón...”

Mientras esperaba el llamado del Señor, a mí me daba trabajo creer que hubieran transcurrido tiempos en que ocurrieron bellezas

de esa naturaleza. Lo decía un periódico reputado de serio, y la nota policial no era una ficción humorística. Porque cien años después a nadie se le ocurriría llamar caballero a un cargador y mucho menos honorable, sencillamente porque esas palabras no se podrían asociar a dicho personaje. Imposible pensar que un cargador tenga la suerte de vivir en una habitación de hotel por pobre que este sea, y mucho menos que en las tardes disponga de su tiempo para salir de paseo vestido de terno y corbata, y menos aún que pueda acompañar con cervezas una conversación con sus amigos.

Estaba asombrado. Tal vez Nicolás Zamalvides fue un caballero afortunado que después perdió su fortuna, pero retuvo la condición de caballero (dice la crónica que usaba terno y corbata, aunque andaba sin zapatos), y como tal seguía pensando que el trabajo, cualquiera que fuese, honraba al caballero y así no tuvo reparo en hacerse cargador. Lo de honorable quizá fue porque el hombre sabía honrar su palabra y era honesto, cualidades que se pueden tener a pesar de ser cargador. De su decencia podían dar testimonio la señora Asunción Venegas y las cocineras del mercado San Camilo.

Me encontraba ensimismado tratando de entender a ese singular personaje nombrado Nicolás Zamalvides, cuando escuché una voz cavernosa como si se escapara de una catacumba. En algún momento llegué a pensar que era la voz, el llamado, en fin, que estaba esperando.

—¡Zamalvides, debemos cerrar la biblioteca!

Era el reverendo Juan Tamo Fernández, rector del Seminario a quien le placía llamarme por mi apellido.

3

No sólo me alejé del Seminario de San Jerónimo lo más que pude. Había decidido mi destino. Ya no esperaba el llamado del Señor, al menos no en esta vida. Terminé mis estudios, recibí un título que debía servir para algo. Bailé con varias muchachas y al final senté cabeza. Parte de mi oficio era viajar a los orígenes. Preguntaba a los vivos para saber de los muertos, tosía sobre libros viejísimos y acababa viajando a pequeños pueblos de la sierra incrustados en las cumbres, cerca de las estrellas.

Al concluir la carrera, mi profesor de historia Mario Sotillo me obsequió como recuerdo de despedida *Memorias para la historia de Arequipa*, del mercedario Víctor M. Barriga, en el cual se daba cuenta acerca de la vida de los pueblos del sur, de los deberes y obligaciones de sus gentes y de sus gobernantes, en las postrimerías de la Colonia, registrados por un acucioso visitador de la oficialía, con aparente propósito de enmendar las injusticias que cometían los gobernantes. Si me fijaba bien, continuaba de algún modo hablando con curas. Y tal vez quise ser cura para andar metido en archivos como ratón de viejas historias, o para confesar a las monjas, que venía a ser lo mismo, porque en los archivos o en el confesonario el cura anda hurgando en la vida de los demás.

Allí me encontré otra vez con un nuevo Nicolás Zamalvides. Un poco más al sur. Un poco más lejos en el tiempo.

Seguí la probable ruta del visitador Intendente y Vicepatrón Real Teniente Coronel de los Reales Ejércitos Don Antonio Álvarez y Jiménez. Camino de herradura año cristiano de 1793. Destino Pueblo y Doctrina de San Benedicto de Abad de Tarata.

Una ruta impresionante que abarcaba el desierto y los valles yungas, siguiendo la rivera del Salado y la del Agua Dulce hasta la cabecera de Sama, donde los ojos del Intendente y Vicepatrón Real se regocijaron con una cascada de terrazas en pleno florecimiento.

Tras el bando y providencia que precedió a su llegada, el Intendente convocó de primera intención al alcalde ordinario de españoles Nicolás Zamalvides. Con él estuvieron el Cabildo de indios, los Segundos Mandones y Alguaciles, el indio Agustín Luque, Alcalde Mayor de naturales.

Este Nicolás Zamalvides tenía graves acusaciones en su contra, pero la más grave era haber cometido abusos en perjuicio de los indios. Empleaba sin descanso a ayllus enteros de indios en el trabajo de sus tierras de cultivo y en la fábrica de su casa. Una gran casa en el pueblo. Como corresponde a un alcalde español la suya debía ser de dos plantas y con balcón a la plaza. A los muchachos los obligaba a llevar chala para su ganado, y leña para la cocina una vez por semana. Además, ocupaba a ocho personas en su servicio permanente para cubrir sus distintas necesidades: dos pongos, dos mitanis, tres pastores de ganado y un gualpacho, este último

encargado del pastoreo de gallinas. Debía tener una gran cantidad de estas aves para que un hombre se encargara exclusivamente de cuidarlas.

En su defensa, Nicolás Zamalvides dijo que no tenía más bienes que los que podía tener un español, en funciones de alcalde. En asunto de animales tenía especial predilección por las gallinas, sin que esa preferencia hiciese que descuidara vacunos, caballos, y en los bofedales de Maure, Tulipita y Viluyo ovejas y alpacas. En el pueblo y en sus alrededores cacareaban decenas de gallinas, y tras ellas corría un gualpacho. Razón tuvo el Intendente en llamarlo alcalde español de gallinas. Y no le faltaba razón, ¿cuántos españoles vivían en esa lejana villa del Señor? Aparte del propio don Nicolás Zamalvides estaba el Recaudador de Tributos; y nadie más. Otros tres que no eran indios ni españoles eran mestizos que, como todos los mestizos, no pagaban tributos.

Demás está decir que los días que estuvo el Intendente como huésped del alcalde Nicolás Zamalvides desayunaba ponche de huevo rociado con polvo de habas y tortillas de huevo, almorzaba caldo de gallina en plato hondo con tupo de plata y estofado de gallina en plato extendido, cenaba asado de gallina con papas sancochadas. La mañana que el Intendente se retiró de Tarata, el alcalde Nicolás Zamalvides ordenó a sus cocineras que llenaran las alforjas del Intendente con asados de gallina y tortillas de huevo.

Años después cuando el Intendente Antonio Álvarez y Jiménez, anciano ya y próximo a morir, quiso saber acerca de la suerte de aquél singular alcalde español de gallinas llamado Nicolás Zamalvides que conociera en la villa de San Benedicto de Abad, le avisaron que había fallecido de un ataque al corazón, un mediodía de otoño cuando regresaba de supervisar sus corrales de gallinas en los altos del ayllu Hanan Lupaja.

Ahora vivo o sobrevivo en una habitación del segundo piso a la que llego por una delgada escalera. Al girar la puerta encuentro en el piso un sobre manila en el que leo mi nombre, y de momento pienso que es un cumplido del padre Gilmer Cervantes invitándome a jugar

un partido de ajedrez en su casa parroquia de Espíritu Santo. Iré de todas maneras. Aparte de tabaco, jugar ajedrez es otro vicio que he contraído desde los años de mi adolescencia.

El padre Gilmer prefiere invitarme por escrito y no por teléfono. Lo hace por seguridad. Cuando suena el teléfono se levanta en la casa de al lado un alboroto de gallinas que imposibilitan cualquier conversación. Digo que se levanta un gran alboroto como si las gallinas quisieran responder el teléfono. Porque el resto del día oigo su incesante cacareo y sus gritos lastimeros hacia el crepúsculo cuando el matarife selecciona una veintena y las levanta por las patas una a una para cortarles la cabeza y las condena sin piedad al caldero con agua caliente para desplumarlas. En más de una oportunidad he pensado enfrentar al propietario del criadero para evitar que las sigan torturando, pero luego me aquieto temeroso de que me trate como a un gallo o quizá algo peor. El tipo no tiene entrañas cuando exhibe la navaja o cuando avanza hacia el caldero humeante. Que las pobres asuman su destino, me conformo, y yo el mío. En las noches sueño, como quizás les ocurría a los otros Nicolás Zamalvides, con gallinas. No podía ser de otra manera. Cuando es tarde y hay bruma que se desenvuelve en las colinas de arena no puedo evitar asomarme a la ventana para contemplar, sin importarme el paso del tiempo, el criadero de mi vecino donde decenas de gallinas sobrevivientes se espulgan las alas.

Alguna vez he pensado poner mi propio criadero, tener una selecta clase de ponedoras como en el solar de mi infancia, pero he renunciado a esta tentación, no sé si a tiempo y vaya uno a saber si para bien o para mal. No pude ser cura, pero juego ajedrez con un cura en una casa parroquia; no crío gallinas pero vivo envuelto por su interminable cacareo. Y confieso que me siento muy bien. Un placer exquisito inunda mi alma cuando pongo en apuros al padre Gilmer con un gambito de dama, y nunca será tan grato para mis oídos que vivir rodeado, aunque no sean de mi propiedad, por esas aves que atravesaron el tiempo íntimamente ligadas a mi nombre y apellido, como si fueran parte de mi cuerpo y de mi espíritu.

## **Mi tío primo Heráclides Roldán<sup>4</sup>**

Me habían dicho que mi tío Heráclides sería mi padrino de bautizo y no Apolinario Malpartida, el alcalde del pueblo, y que mi prima Lastenia sería mi madrina y no Agilita Sifuentes de Malpartida; pero las cosas han salido al revés y son Apolinario Malpartida y su mujer Agilita Sifuentes mis padrinos. El cambio no me hubiera importado en lo mínimo de no ser porque me habían hecho creer que mi tío Heráclides era mejor que el Hualaycho, el hombre que hacía las cosas imposibles como escupir fuego en las noches de San Juan o meterse en la nariz clavos de varios centímetros sin que le perforasen el tabique en la fiesta de Pentecostés, y yo me pasaba pensando que de grande podía ser incluso mejor que mi tío Heráclides y el tal Hualaycho, pues eso es lo que siempre dice mi mamá, que el hijo resulta mejor que el padre y el ahijado mejor que el padrino. Y ya que me habían cambiado de padrino, andaba preguntando cuál era la estrella de Apolinario Malpartida, de quien no sabía nada salvo que era el alcalde del pueblo y un acaballado, porque siempre estaba montado a caballo así sea solo para ir de su casa a la alcaldía. Su estrella no me gustaba. Me quedé con las ganas de ser mejor que mi tío Heráclides. Pero el día de mi bautizo fue una sorpresa que al final no sirvió para nada; alguien dijo que un extraño acababa de desmontar en la puerta de la iglesia justo en el momento en que el cura me echaba agua bendita a la cabeza y trazaba sobre mi frente una cruz de ceniza.

Lo conocí poco después, ya en mi fiesta. En la confusión de quienes se disputaban para llegar donde yo me encontraba en medio de mis padrinos Apolinario Malpartida y Agilita Sifuentes, lo vi por primera vez si bien muy rápido; apenas tocó mi cabeza sentí el humor de un viejo árbol, dijo algo que no entendí y enseguida desapareció arrastrado por el gentío; recordaba el borde de su bigote negro y el oro que brillaba en su sonrisa. Yo me encontraba casi asustado pero feliz

---

<sup>4</sup>Publicado en Yupay, 2019. Tacna.

de ver tanta gente, algunos acabados de llegar de los confines de la comarca, que me decían sobrino, nieto, primo, según nuestro parentesco, y venían abriéndose paso a codazos para darme un abrazo, un beso en la frente o en la mejilla y luego se iban en busca de un asiento o se quedaban parados en el gran toldo extendido en el patio de la casa a esperar que les pongan al alcance de la mano una copa de pisco o un vaso de cerveza; por último un apretón de manos o una palmada en la espalda. Por un momento creí verlo de nuevo a mi tío Heráclides esta vez detrás del pecoso Uriel Dueñas que se acomodaba la guitarra a la altura del pecho, pero no era mi tío Heráclides Roldán sino el muerto Isaías Castillo que alzaba el cuello de su violín y se la encajaba al mentón, y el otro que también alzaba la mandolina era Juan Velasque, el mujeriego relámpago, quien juraba que donde ponía el ojo ponía la bala. Hasta pensé que mi tío Heráclides se había marchado a su pueblo molesto porque no lo esperaron para que sea mi padrino, y por más que lo buscaba mirando todas partes no lograba ubicarlo, aunque me convencía otra vez que debía andar por ahí nomás, y ya me parecía que podía ser ese de terno marrón o aquél otro de saco negro sobre camisa blanca, pero resulta que eran invitados distintos y no el que yo buscaba. Y cuando los músicos encendieron fuego en la sangre pensé que no volvería a verlo.

De haber sido el engréido de la iglesia y después en la plaza a la hora del cebopadrino, en que me había arrojado al piso las veces que echaban monedas y caramelos para coger unos cuantos en el aire, pronto me hicieron a un lado y cada quien se dedicó a pescar la cerveza que ahora circulaba en cajas, o el arroz con pato o las papas doradas al horno que las chaperas llevaban en bandejas de latón, y los hombres ansiosos se abalanzaban sobre las mujeres para bailar a punta de zapateo como diablos acabados de salir en su noche libre. Quienes más llamaban la atención eran el cura pendejo Inocencio Centeno, que de inocencio solo tenía el nombre y de centeno a veces daba muestras de ser un pan de Dios, y su fiel cocinera Pasión de María, apetecible como un dulce de calabaza, andaba siempre al lado de la sotana del cura como adherida con engrudo de pegar madera, sentados o bailando como dos pericos sin perderse una pieza, él levantando la sotana para no tropezar mientras zapateaba hasta sacarle polvo al piso de tierra, y ella sacudiéndose las polleras arriba

de unas piernas rosadas. Pasión de María había venido a mi casa en la mañana para ayudar en la cocina y pasada la ceremonia de la iglesia se dedicaba a su amo, accediendo solamente a su voluntad a todas horas y a todas luces hasta que le salía por los poros agua de airampo y el cura se rendía de cansancio y entonces desaparecía de la fiesta entre cantos de sirena abrazado a Pasión de María en busca de su alcoba exorcizada con aroma de romero. Pasión de María era una mujer joven y agraciada, y la seriedad que le había impuesto el cura solo resaltaba la dulzura de sus ojos, y las prohibiciones a que estaba obligada como no sonreír a nadie que no fuera su amo ni bailar con mozo o caballero que no sea el cura, solo despertaban la codicia de los jóvenes y el apetito de los viejos a más no poder. Mi tío Esteban se carcajeaba viéndolos juntitos sea que estaban bailando agarrados de la mano o sentados como dos tortolitos en el banco de madera en los entrebailes, y decía con la solemnidad de quien conoce un secreto público que la tal Pasión de María era la mujer que le hacía los huevos fritos al cura. Pero este comentario tenía sin cuidado al cura Inocencio, porque no solo sabía el pueblo entero que él vivía amancebado con Pasión de María sino que el pueblo entero lo miraba de la manera más natural como a la lluvia que moja los eucaliptos o al río que corre pendiente abajo.

Por ahí andaba mi prima Lastenia con algún caballero de mayor edad que ella bailando sin ganas como si estuviera cansada y de lejitos por un caso quisiera proponerse en las medias vueltas, con la cara más seria que la cocinera del cura, pero por mandato de sus vísceras y no porque alguien se lo haya impuesto, pues a sus treinta años no tenía novio ni había tenido antes y por eso le decían Santa Lastenia. Según decía mi mamá no había conocido en toda su sacrificada vida a varón alguno. Como no entendí eso de que no había conocido a un hombre, y mi mamá estaba en aprietos para explicármelo, de pronto escuché la voz de aquél hombre, grave y burlona, que había aparecido otra vez y ahora me miraba con sus ojitos que echaban chispas maliciosas y una sonrisa de oreja a oreja, que hizo ruborizar a mi mamá. “Es que la santa no se ha acostado todavía con un hombre, cuando lo haga dejará de ser santa y tendrá hijos como cualquier mujer”.

El hombre era alto y grueso como un tronco de eucalipto que ha cumplido doscientos años, blancón (no blanco), de ojos negros y

pícaros, con un diente de oro al medio de la boca que alumbraba su sonrisa.

—Es tu tío Heráclides— se sonrojó mi mamá y se fue de prisa.

El hombre estiró la mano y yo sentí otra vez en el hombro el humor de un árbol viejo. Me levantó en brazos y desde arriba lo miré a los ojos. Luego, sin soltarme, avanzó por en medio del salón. Se detuvo delante de don Apolinario Malpartida a quien le dijo “su ahijado es muy hombrecito”. Volvió a tocarme el hombro y se fue tras una dama abrazándola por la cintura y a pasitos de un huayno. Me di cuenta que las mujeres lo miraban con admiración y los hombres le envidiaban con respeto. Vestía bien y andaba con la suficiencia de un hombre próspero. Quizá por eso mi mamá había pensado que él fuera mi padrino, para que me enseñe el camino de la prosperidad, y había pensado en mi prima Lastenia para que sea mi madrina por ser una mujer sacrificada. Lo único malo era que mi tío Heráclides vivía en el pueblo de Vito que está a muchos kilómetros del nuestro y el correo anda tan mal que las cartas llegan al año siguiente y el telégrafo está oxidado desde el día que la instalaron, y mi prima Lastenia se hacía de rogar pensando que podía poner las manos al fuego acercándose a un hombre de pueblo extraño, y a uno que no conocía ni por el nombre. Y así me cambiaron de padrinos a última hora. No se me olvida que don Apolinario Malpartida también es mi tío por el lado de la mamá de mi papá, y su mujer Agilita Sifuentes también es mi tía por parte del medio hermano de mi mamá.

Es por eso que todo el pueblo se ha venido a mi fiesta como un huayco turbio después de la buena lluvia.

Cuando la fiesta había avanzado, cerca de la media noche, y los músicos tocaban sus instrumentos ya casi medio dormidos, el cura había desaparecido con su cocinera jurando que al día siguiente tenía que celebrar misa temprano y era día de trabajo para los cristianos. Yo me fui a la cama vencido por el sueño. Me cubrí del frío con las frazadas contento de que me habían convertido en un cristiano. Debajo de mi almohada puse la bolsa con los caramelos de bautizo y pensé que eran tan parecidos al agua de gracia que el cura me echó a la cabeza, y esos caramelos serían también de gracia. Sin embargo, mientras escuchaba crepitar la mandolina de Juan Velasque y chirriar el violín del muerto,

se me quitó el sueño. La verdad es que se me había quedado prendido en la memoria lo bien que se entendieron mi tío Heráclides y mi prima Lastenia y estaba pensando en lo bueno que hubiera sido que ellos fueran mis padrinos. Cuando mi madre, nerviosa pero contenta, los presentó, mi prima Lastenia había honrado su fama de soltera y señorita, al saludarlo había estirado una mano fría, con formalidad y con los ojos inexpresivos. “Mucho gusto”, fue todo lo que dijo. Y a su vez mi tío Heráclides se portó como todo un caballero, estrechó la mano de santa Lastenia con el respeto que se merece una mano de santa, hizo una venia mientras decía, “Heráclides Roldán gentileza de Vito para servirla en lo que usted mande, señorita”.

Después la invitó a bailar y conforme pasaba la noche descubrí lo bonita que en verdad era mi prima Lastenia, y lo bizco que se estaba volviendo el pecosó Uriel Dueñas que se derretía en secreto como el opa que era. Si antes parecía tiesa como un tronco seco con dos piernas de carrizo debajo de sus faldas ahora me sorprendía su cadencia, la gracia con que tomaba su falda por los costados y pasaba delante de mi tío Heráclides como una verónica de torero, sus ojos se habían iluminado y sus labios mostraban una dulce sonrisa. No sólo me había sorprendido a mí, sino a mi mamá que ocultó un par de lágrimas del gusto que le daba verla con mi tío Heráclides, y también a mis tías y tíos que intercambiaban miradas de curiosidad; a ver, fíjense, parecían decirse, la santa queriendo dejar la santidad.

Mi prima Lastenia es la hija mayor de la hermana de mi madre que murió dando a luz a su tercer hijo, su padre se fugó del pueblo con una peregrina de armas tomar, y fue mi prima Lastenia la que cuidó a sus hermanitos hasta que se hicieron grandes y cada quien se marchó en busca de su destino. Nunca más supimos nada de ellos, salvo que estaban en Lima trabajando o estudiando. En cambio mi prima Lastenia se quedó en el pueblo, sin futuro, como dijo mi mamá. No tenía pretendiente, y a los que tuvo los corrió diciendo que ella estaba dedicando su vida a sus hermanitos a quienes no quería verlos pasar sufrimiento. Y después que ellos se fueron del pueblo ni siquiera tuvo un tropiezo con algún descaminado del que resultase un hijito para que le acompañe en su soltería.

Por su parte mi tío Heráclides era hermano de Leocadio Roldán primo por madre de mi papá, vivía en el pueblo de Vito hasta

que le salieron las muelas del juicio y supo que de allí en adelante se haría hombre de bien andando por distintos pueblos convertido en ganadero. Juntaba toros en Vito y los invernaba en Lambrama para embarcarlos después a los mataderos de Lima. Para qué, el hombre había hecho dinero con ese oficio. Tuvo mujeres en cada pueblo y como era arisco no sentó cabeza con ninguna, ni con la más bonita ni con la más enterrada —de tener muchas tierras—, pues pensaba que podía arruinar la buena estrella de su destino.

Pero ellos no eran parientes. Quizá también por eso mi prima Lastenia se ha puesto bonita y ha sonreído mientras bailaba alzando su vestido para hacerle la verónica a mi tío Heráclides. Y mi tío Heráclides iba y venía de un lado a otro y tomaba en el aire las manos de mi prima Lastenia para hacerla girar, y mientras ella se daba la vuelta su sonrisa pasaba cerquita de los bigotes del hombre y su vestido rozaba los pantalones de él, y cuando le tocaba girar a mi tío Heráclides este le aprisionaba los dedos sin lastimarla y tocaba con delicadeza y sabrosura la espalda y las ancas de ella. Así es como los he dejado, en el centro del salón, bailando y girando como dos trompos.

Han pasado diez años desde mi bautizo y mi terno está viejo como el canto de una cigarra. Nada he sabido de mi tío Heráclides hasta que se hizo tarde en la orilla del río Chili a muchas lunas de camino y varios soles de sudor del pueblo de Vito. Me costaba pensar que mi tío Heráclides fuese capaz de dar tremendo salto desde su pueblo hasta el puente Grau sobre el río Chili. Cuando lo vi me quedé con la boca abierta, igual que todos los que habían venido al peñón del Chili para cortar la yunza del carnaval. Mi tío Heráclides llegaba abrazando por el hombro a mi prima Lastenia que, como dijo mi madre, el día día que me bautizaron, había dejado la santidad y venía feliz de la vida arrimada al pecho de mi tío Heráclides. Atrás venían sus gorriones Heráclides Junior, Paula Lastenia, Lastenia de la Luz, uno que gateaba y el último que venía empujando la barriga de mi prima Lastenia. La yunza fue fulminada por el relámpago de esa numerosa presencia. Saliendo de su asombro los carnavaleros fueron a abrazarlo, “¡Pero don Heráclides Roldán!”, exclamaban “¡Cómo se nota que temes a la muerte!”. Mi tío Heráclides mostró su segundo diente engarzado en oro, prueba de que le iba bien en los negocios. Ya no invernaba ganado en Lambrama ni vivía en Vito. Se había hecho

de unos terrenos y construido una casa en El Alto, un lugar que le sentaba muy bien a la mujer que se había puesto a darle hijos como para armar un equipo de fútbol. Y para no perder el gusto de ver el río desde arriba del pueblo de Vito, se había comprado con un sencillo ese peñón a un costado del puente Grau.

Yo estaba emocionado. Lo abracé como a un resucitado, lo que no sabía era si seguir llamándole prima a Lastenia o decirle tía, y lo mismo si decirle primo a mi tío Heráclides. Mi tío Heráclides mostró sus dos dientes de oro y me miró con sus ojitos chispeantes como la noche de mi bautizo cuando dijo que mi prima Lastenia era santa porque no se había acostado con un hombre. Y ahora esos mismos ojitos echaban un vistazo a los cuatro gorriones que salieron de la santa y a ese último que llevaba en el vientre.

Volví a abrazarlo cinco meses después, corriendo río abajo del Chili, esta vez al otro lado del puente Bolognesi y andando en la ciudad por la calle Ejercicios. Me detuve ante una puerta grande, delante del San Cristóbal, esa empresa que descargaba serranos a las cuatro de la mañana casi en la misma puerta del bar donde pedían a gritos té macho con ardiente pisco para cortar el frío. De adentro salía el huayno de una victrola, mezclada con las querencias de un borracho, *chuquibambinita mándame una carta y dentro la carta mándame tu retrato*, recuerdo que sufrían Los Errantes, mientras que el borracho con su bolsillo arruinado la arreglaba *chuquibambinita mándame una carta y dentro la carta mándame cien soles*. Allí mismo apareció mi tío Heráclides, saliendo de la oscuridad del fondo del bar. Se paró en la puerta y miró a los costados de Ejercicios agarrándose con los pulgares de ambas manos la correa de su ancho vientre. Cuando me vio los dientes de oro brillaron en su boca. Entonces volví a decirle tío. Miré adentro. Mesas y unos cuantos parroquianos, algunos levantaban una cuchara, otro alzaba un vaso. *Mándame cien soles chuquibambinita*, seguía llorando el borracho.

—Entra— invitó mi tío Heráclides.

Seguí sus pasos por un costado del mostrador. Al fondo del salón la victrola se batía con el huayno. Sobre una pequeña mesa se marchitaba una hortensia. La miraba una mujer bonita y pensativa, todavía joven, que no parecía estar allí para pedir una cerveza ni esperaba que le sirvan el almuerzo. Era la dueña o me pareció que era

la dueña del bar, y entonces pensé que quien estaba de visita era mi tío Heráclides, y yo que venía o iba de pasada. Pero recordando que mi tío Heráclides salió del fondo del bar supe que no estaba de visita. Y otra vez miré a la mujer que ahora había entrado al mostrador y por una pequeña ventana que daba a la cocina acababa de dar una orden. Era una morena de ademanes encendidos y no tenía ningún parecido con mi prima Lastenia, aunque podría tener la misma edad que ella pero no era Lastenia.

—Lucilda —habló mi tío Heráclides—, te presento a mi sobrino.

Entonces ella vino hacia mí con los brazos abiertos y yo me dejé abrazar alzando apenas las manos pero sin tocarla, sentí el olor a mimbre de sus cabellos negros y me quedé parado como un árbol. Me apretó a su cuerpo con tal entusiasmo que algo se movió en mis pantalones. Cuando me recuperé de aquél abrazo la miré de un modo extraño pensando en mi prima Lastenia y en sus gorriónes que conocí aquella vez del Peñón.

—Tío... —recuerdo que dije, confundido.

Creía darme cuenta aunque pensaba que no podía ser.

—Sírrete un caldo—, me interrumpió ella, la que se llamaba Lucilda.

Todavía pensaba que era la cocinera o la moza del bar, jamás sospechaba que podía estar en lugar de mi prima Lastenia, que ya no era mi prima solamente, sino mi prima tía. Enseguida aparecieron como una exhalación del bar unos muchachos parecidos a mi tío Heráclides. Uno se llamaba Gabriel, conforme los iba señalando el emocionado padre, el otro se nombraba Heráclides Gabino, otro Manuel Heráclides, y la que venía por el suelo se llamaba Lucilda Paula.

—Abracen a vuestro primo—, ordenó mi tío Heráclides.

Y como además llamaron mamá a la tal Lucilda, supe la verdad de una buena vez que me cayó como un puño en la boca del estómago, mientras sentía los bracitos de los muchachos y me invadía la nariz el olor a orín de los más chicos. Pese a todo yo seguía pensando que no podía ser y de lo único que estaba seguro era que esta mujer que se llamaba Lucilda no tenía ningún parecido con mi prima Lastenia.

Sentí que me había fulminado un rayo. Dónde estoy, quienes son estos muchachos que huelen a orín, quien es esta mujer que me quiere ablandar el corazón con un caldo de gallina, quien es este hombre, quizá el doble de mi tío Heráclides. Pero no era ningún doble, era demasiado verdadero para que sea un doble. Muy cerca de donde me extraviaba en las tinieblas de mi cerebro los ojos de mi tío Heráclides seguían disparando extraños relámpagos, dos dientes de oro continuaban brillando en su boca. Yo quería preguntarle por mi prima Lastenia y por los gorriones que tenía con ella, o los tuvo, pero un nudo de aire me cerró la garganta. Mi corazón galopaba como un potrillo salvaje. Los ojos se me nublaron. Al frotármelos miré de nuevo, esa Lucilda no era mi prima Lastenia, y esos gorriones no se parecían en nada a los que conocí en el Peñón del Puente Grau.

Presumí que estaba apurado y me golpeé la cabeza con el puño.

—Tío —le dije—, me vas a disculpar pero se me olvidó que...

Y antes que me dijera algo salí del bar disparado como una bala.

Corrí como un loco sin importarme que pudiera chocar contra un poste o atropellar a un anciano, ciego a las cosas que tenía por delante, sordo a las voces que me llamaban, fugaba como si aquél bar fuera mi culpa. Cuando llegué al puente Grau me detuve sólo para contener la arcada que me produjo la vista del Peñón, mudo en la tarde. Seguí corriendo por la avenida Ejército, y pasando Juan Pablo Segundo, el puente que antes se llamaba El Diablo, ciego de rabia, me quedé a mitad de camino. Yo quería llegar a El Alto donde pensaba encontrar a mi prima Lastenia si es que ella seguía llamándose Lastenia. Pero me fui a mi casa, lastimado en lo más profundo de mi corazón.

Me tendí en la cama para dejarme pudrir en mi odio.

Entonces fue otra vez que volvió el verano. Ese verano de aguas sufridas en que no puede faltar la yunza. El baile y las serpentinatas son un pretexto para sufrir. Y otra vez estuve en el Peñón a un costado del Grau. Se me hace que todo vuelve y volverá. Así como volvió el árbol marica con aretes y collares y los carnavales quieren tumbar el árbol con un hacha, volvió mi tío Heráclides con mi prima tía

Lastenia y los gorriones que ya estaban grandes; mi prima tía más vieja que alegre, y mi tío Heráclides con sus dos dientes de oro que ya no brillaban tanto. Los abracé uno a uno entrecortado por los ahogos de mi corazón, y cuando abracé a mi prima tía dejé escapar de mi alma unas palomas blancas que se fueron aleteando por arriba del Chili. Al acercarme a la oreja de mi tío Heráclides no me aguanté las ganas de decirle pendejo, y se lo repetí tres veces tres, ¡pendejo!, para estar seguro que me había escuchado.

—¡No! —me respondió—, ¡te equivocas!

Me cogió del brazo y llevó a un extremo del Peñón donde el mundo se acababa en ese puño de piedra que cae al río como cortado por una navaja. Allí hablamos a solas.

Mirando la corriente del río habló, como si el río trajera la verdad corriendo sus aguas.

—Tu prima Lastenia lo sabe.

Luego sentí en mis ojos la fuerza de su mirada, mientras brotaba en mi corazón un viajero sin destino, ¿lo sabía?, quise decir ¿y no dice nada?, recordando a los huérfanos que dejó Juan Velasque, el relámpago, el día que su mujer lo encontró en otros brazos, o a la misma Pasión de María que abandonó al cura cuando se enteró que le expurgaba los pecados a otra en su sillón de mimbre. ¿Y no decía nada mi tía prima Lastenia?

—Lucilda también lo sabe.

Este segundo golpe me dejó sin habla y sin alma, y sentí que no era el Chili el río que estaba viendo sino el Amazonas y que no estaba sentado en el Peñón del Grau sino en la cima del volcán. Yo estaba demasiado cerca para comprender las cosas que estaban lejos. Mi tío Heráclides sostenía en la mano un canto rodado y apuntaba a un costado de la corriente donde el remanso de agua dejaba ver una cabecita asustada. Tras el golpe el pez desapareció haciendo un remolino.

Nos alcanzó el ruido del árbol derribado y la algarabía de la gente disputándose los aretes que pendían de sus ramas, arrebatándoles botellas y las pequeñas cajas con sorpresas, o reventando los globos con los pies.

Hasta el pez del remanso se había espantado.

—A Lastenia le hice una casa en El Alto —siguió hablando mi tío Heráclides—, le puse un par de vacas Holstein y una tienda para que no pase hambre, cinco hijos para su felicidad.

Seguramente satisfecho de que había cumplido como hombre, cogió otro guijarro que lanzó al río buscando en vano la cabeza del pez.

—A Lucilda le hice una casa en Ejercicios, un bar para ganarse la vida, cinco hijos para su porvenir. No se pueden quejar.

Apretó los párpados con fuerza y levantó la quijada para mostrarse al cielo; vi cómo se llenaba los pulmones de aire y luego soltaba un largo suspiro.

—Yo no tengo nada —volví a escuchar su voz como la de un ahogado—. Todo lo que tengo es Lastenia y Lucilda.

Vivía con las dos. Envejecía y moría feliz una semana con cada una, de lunes a domingo. Al amanecer del lunes mi tío Heráclides abrazaba a la mujer de su vida, besaba a sus cinco hijos y subía a su caballo para mandarse mudar hasta la siguiente semana.

Se marchaba triste y contento, al mismo tiempo, sin llevar nada, aparte del tordillo. Partiendo de Ejercicios descendía unos andenes por la orilla del río sin bajarse del caballo y cruzaba como un gusano el Puente Fierro, alto y tendido como un hilo sobre el Chili. Salía a la otra banda y avanzaba por los andenes de alfalfa como quien sube una vieja escalera.

Hacía un alto en Challapampa en la tienda de Melchorita Riobaldo. Mi tío Heráclides se apeaba del caballo para tomar su vaso madrugador con agua tibia de los lunes, infaltable brebaje de su hombría, en el que exprimía un par de limones y lo mezclaba con dos huevos moriscos, los revolvía despacio relamiéndose los labios del regusto y después de embrocarse un largo trago soltaba un eructo de toro arador. Y volvía renovado, invicto, altisonante, a cabalgar el tordillo.

Melchorita Riobaldo juraba que en las bondades de esa limonada hallaban fuerza las gónadas de mi tío Heráclides.

Yo le escuchaba el galopar del tordillo. Sabiendo que era lunes abría temprano la persiana de mi dormitorio que daba a la calle Túpac Amaru.

No tenía que esperar mucho tiempo para escuchar el trote pausado sobre el empedrado de la calle.

Sin perder el ritmo en la subida, el tordillo se mostraba sudoroso y el movimiento le alzaba sus largas crines.

Jinete de abrigo cerrado por el cuello y sombrero de paja de alas voladas cuyo estilo se lo había robado a la lonquería, mi tío Heráclides iba muy orondo, con la rienda dormida en la mano derecha y los talones quietos a los lados del tordillo. Iba de Lucilda a Lastenia.

Y el lunes siguiente el tordillo era un reloj, trotaba pendiente abajo llevando al cumplido jinete de Lastenia a Lucilda.



*la presente obra de  
termino de imprimir  
en **Imprenta Reynoso S.A.C.**  
en mayo del 2022*